

N O S O T R O S

EL HOMBRE DEL PRONUNCIAMIENTO, DE LA LIBERACION Y DE LA ORGANIZACION

PERFILES ESENCIALES

A Folco Testena, a propósito de su bello libro *Il Gaucho*.

EL inspirado, generoso y vibrátil poeta ítalo-criollo a quien van endilgadas estas reflexiones, ha consagrado a Urquiza uno de los cantos de su poema, bajo el epígrafe de "Il Gaucho Magnífico"; y, descontada la libertad con que, siempre, la imaginación y la fantasía del liróforo tejen la veste y distribuyen la luz de sus creaciones, sólo cabrían con un "cordiale stretta di mano" por el justiciero homenaje, algunas observaciones sobre el título asignado al prócer y sobre algunas hipérboles apresuradas.

Pues Don Justo — no Don Juan, como dice Testena — no era un gaucho, aunque comprendió, amó, sirvió y elevó, como el que más, a ese tipo característico de la vida rioplatense. Y no lo fué por razón de su estirpe y por el espíritu del hogar que condicionó su personalidad, plenamente europeos, nobiliarios; por la índole de sus estudios y de sus tareas juveniles; por su ilustrada consagración, como legislador, gobernador y presidente, a los más serios y trascendentales problemas de gobierno bajo los aspectos de la cultura, de la economía, de la diplomacia; por el amplísimo espíritu de tolerancia con que preparó, realizó y cimentó su obra de organizador; y por el fino y señorial trato que reveló siempre en el hogar y en la vida pública.

Es notorio, desde hace mucho tiempo, que el Vencedor de Caseros descendía, por línea paterna, de una de las más antiguas y acreditadas casas nobles de Vizcaya, y por parte de madre de una familia "de limpia sangre e ilustre nacimiento" (Véase Anzarola Gil: *Veinte Linajes del siglo XVIII*, pág. 173 y siguientes).

El joven Urquiza hizo estudios secundarios en un Colegio de esta Capital, lo bastantes, sin duda, para esa preparación general para la vida que, como función primordial, se asigna a la enseñanza media; desempeñó después, como Sarmiento y otros argentinos ilustres, las tareas — entonces muy apreciadas — del comercio, en la Villa del Arroyo de la China o Concepción del Uruguay donde actuó, desde temprano, en forma destacada, política y socialmente; fué diputado al Congreso del Entre Ríos; Comandante General de Armas, Gobernador; Director General y Presidente de la Confederación Argentina; Mediador Internacional; y en ninguna de esas actuaciones pudieron acusarse los rasgos que Azara, Cossio, Leguizamón, Lugones, Lehman Nitsche atribuyen al "Gauderio", o al "Guacho", o al "Gaucho."

Quien haya visitado, con inteligente curiosidad, el Palacio de San José donde Urquiza vivió gobernando y donde, por su lealtad nacionalista, murió trágicamente, se habrá dado cuenta que su morador pudo ser tildado de "señor feudal", dictador y hasta "tirano", según el concepto con que cada cual estudie al hombre situándolo en su medio y en su hora, pero nunca podrá evocarse allí la la figura de un "gaucho." Numerosas, coherentes e inconfundibles son allí las señales de un "gran señor", desde los jardines donde las más finas y delicadas plantas y flores están como custodiadas por artísticos mármoles que representan consagradas figuras de la historia Universal, a la quinta con los frutales más variados, exquisitos y exóticos; desde su parque magnífico con lago artificial y su barca de recreo, hasta la distribución, artesonado y decorado de las habitaciones, todo hecho, bajo su dirección, con severidad y buen gusto; desde las muestras artísticas en telas y cuadros murales, hasta el orden irreprochable de su administración — pública y privada — cuyos testimonios aun se conservan.

Naturalmente, no involucramos aquí ningún prenotado gau-

chista o antigauchista, si bien no parece mal evocar de cuando en cuando esa épica figura criolla que con su coraje, su altivez y su abnegación libertó la tierra de los argentinos, apoyó — por instinto — instituciones a cuyo amparo edifican y reedifican su vida libre los argentinos y los que no lo son; pues al esfumarse sus perfiles excesivos en la lejanía, se ennoblece su recuerdo, se aviva el sentido de nuestra deuda. No sea que un día, por olvidar ambas cosas, demasiado, una rebelión de muertos indignados nos quiera expulsar del terruño, como en *La Ville Enchantée* de Oliphant...

El mismo poeta demuestra, a ratos, una mejor comprensión del héroe de su canto y así, en el soneto III dice:

Con il volto che sembra di medaglia
Coniata in oro all'epoca d'Augusto,
Con quel profilo di quacquero, adusto,
temprato al fuoco e al sol d'ogni battaglia.

o en el soneto IV:

Uomo d'evi lontani, il Generale
— forse marchese fu nell'anno mille —
raccogliea nelle fulgide pupille
gli orizzonti di tutto il litorale.

Repubblican signore feudale,
scaltrito e valoroso, Ulise e Achille,
ora dall'occhio suo spandea scintille
l'odio, ed ora mirava patriarcale.

y más adelante agrega que “elevaba a templo el aula de la escuela; honra el culto de la religión y favorece las luchas del espíritu. Del cuartel al Cielo de Platon, a menudo vuela el pensamiento de este gaucho” (V). Este personaje así pintado y a quien el poeta ve, también, como un Duque del Renacimiento (VII) era, cabalmente, un tipo de criollo magnífico, penetrado el plasma hidalgo de la raza por el espíritu nuevo de América; era el criollo o el acriollado a lo Balcarce, Arenales, Las Heras, Mitre; militares, paisanos, estudiosos, gobernantes, todo a un tiempo mismo, y que, antes de apagarse el último fogón del campamento, estaban ya echando las bases de alguna trascendente construcción civil: criollos no gauchos; así era Urquiza: amo y conductor de gauchos a los que disciplinaba formidables para el

combate, pero también eficaces para la vida progresista y pacífica del trabajador, pues al regreso de cada campaña bélica, los licenciados solían llevar, con los avíos y sus pagas al día, una orden para que el jefe o comandante de su departamento les diera una "suerte de chacra" o un "retazo de campo" con animales, enseres y habilitación "para poblar", amén de una advertencia, que nadie echaba en saco roto, de mandar sus hijos a la escuela o al colegio del Uruguay, al que llamó "Su Heredero."

Y todo esto programado en forma orgánica, con una perfecta correlación y adecuación de medios a fines, que explican el estado admirable y la eficiencia insuperada de las fuerzas económicas, militares, políticas y culturales, que todos los que se han ocupado seriamente de estos asuntos reconocen en el Entre Ríos de Urquiza, mereciendo particular mención, entre los contemporáneos, los Quesada y los Cárcano, padres e hijos, por su insospechable filiación histórica y política y su acreditado saber y ecuanimidad interpretativa.

El gaucho puede tener la intuición, el sentimiento, el coraje, la perseverancia tesonera, como factores de realización de muchas obras buenas, pero — por serlo — carece de la disciplina y de la técnica que dan el estudio, el ambiente, la observación y la experiencia de esta prosa diaria de los menesteres humanos, gracias a cuya coordinación se arquitecta el poema soberbio de las grandezas humanas.

Unas cuantas referencias de actitudes de Urquiza, en distintas épocas y posiciones de su vida pública, definirán como rasgos o perfiles esenciales, porque son claros, homogéneos y consecuentes, la personalidad original y vigorosa de este prócer militar y civil de la República:

a) El año 1827, en las horas inciertas y bravías de nuestra crisis interna, el diputado Urquiza, en el Congreso del Entre Ríos, es el espíritu valiente y elocuente que proclama el dogma de la unidad nacional y de la tolerancia para los errores de los hermanos, al oponerse a las medidas de rigor y venganza que, contra los porteños residentes en Entre Ríos, pedía un señor Sola, consecutivamente a un motín promovido por un tal Cores.

b) El año 1826, sesión de 19 de diciembre, el mismo dipu-

tado prestigiaba, en unión de su colega Pedro Manuel Funes, en un medular informe, la Ley de 28 de enero del mismo año, del Congreso Nacional Rivadaviano, por la que se estableció el Banco Nacional y se daba, a los billetes que autorizó, el curso forzoso. Hay en ese informe, conceptos económicos, financieros y nacionalistas que honrarían a cualquier legislador de nuestros días y a cualquier cátedra de la materia; no fué simplemente una firma de compromiso, la suya, pues fué él quien afrontó el debate que le promovieron varios opositores (1).

c) El mismo año de 1826 Urquiza proyecta y consigue aprobación para una ley creando dos escuelas normales de maestros, tipo Lancaster, coincidiendo así en el pensamiento trascendental de preparar los docentes capacitados para la educación del pueblo argentino, con San Martín en Lima y con Rivadavia en Buenos Aires.

d) Entre 1848 y 1850, Urquiza funda un colegio en Paraná; oficializa, y en realidad, funda sobre bases estables, el colegio del Uruguay, tan justamente llamado Histórico; crea la Inspección General de Escuelas Primarias, que confía al ilustre don Marcos Sastre, autor del delicioso *Tempe Argentino*; funda escuelas primarias; más tarde crea cursos universitarios en el Colegio del Uruguay; y en 1864 funda, en la misma ciudad, una escuela de Artes y Oficios bajo la dirección del artista grabador don Pablo Cataldi.

e) Influye en las provincias, después del Acuerdo de San Nicolás, como es notorio, directamente o por intermedio de comisionados como don Bernardo Irigoyen, en la orientación de aquéllas para designar diputados al Congreso General Constituyente; y el resultado de aquella influencia de un Capitán Victorioso, dueño del poder y obedecido en trece de los Estados de la Confederación, es que se constituye una de las Asambleas más calificadamente civiles, ilustradas, liberales y austeras que ha tenido el país. Un solo militar tomó asiento en su seno y ese fué el benemérito General don Pedro Ferré, cruzado de la libertad, uno de los primeros, con don Manuel Leiva, el eminente santafecino, en levantar la voz de alarma, protesta y rebeldía con-

(1) ANTONIO SAGARNA: *Urquiza*. Año 1920. Apéndice, pág. 32 y siguientes.

tra las transgresiones al Pacto del Litoral y los desorbitados excesos de Rosas. En cambio, estuvieron Gorostiaga, Del Carril, Zavallía, Leiva, Zuviría, Lavaisse, Seguí, Zapata, Gutiérrez, Derqui y otros semejantes, que eran la flor y nata de la intelectualidad y el noble civismo argentino, testimonios irrefutables de la sinceridad y grandeza de alma del libertador y organizador.

f) El Congreso, tanto en su función de Constituyente como en la de Legislativo, actuó con una independencia y una altura que nadie, jamás, ha discutido, y su obra fué tan sabia, que Víctor Manuel Orlando dice de ella que sus autores tuvieron, como los Cardenales, la inspiración del Espíritu Santo (1); y Adolfo Posada manifestó que el Preámbulo y Declaraciones de Derechos y Garantías de la Constitución Argentina pueden servir de norma para la Carta Fundamental de las Naciones. (2)

g) En la lucha con el Estado de Buenos Aires, a raíz del pronunciamiento del 11 de Setiembre, demostró insuperable espíritu de concordia en homenaje a la unión de la Patria y su organización constitucional, pidiendo el olvido del pasado, lleno de compromisos para todos. Aun después de la batalla de Cepeda, sobre las trincheras mismas de Buenos Aires, se manifiesta dispuesto a sacrificar todo amor propio, toda ventaja y toda vanagloria en aras de la reconstitución fraternal del hogar argentino, mientras el adversario, vencido y todo, bajo la influencia terca y prevenida de Alsina y Vélez Sársfield, parece empeñado en herirle, menospreciarle e irritarle, poniendo dificultades a la acción conciliadora del mediador paraguayo López; desde la recusación curialesca de los comisionados Luis José de la Peña, Manuel Leiva y Benjamín Victorica y la negativa al canje de prisioneros de similar graduación e importancia (Santa Cruz por Murature), a la suspensión de hostilidades de las escuadras en inminente combate frente a Martín García, etc., etc., etc. (Es de un gran valor ilustrativo el folleto intitulado *Documentos Oficiales de la Mediación Pacífica de la República del Paraguay entre la Confederación Argentina y Buenos Aires*, publicación oficial. Asunción, 1860).

(1) ORLANDO: *La Personalidad del Estado*, pág. 307.

(2) POSADA: *Hacia la paz. Los derechos de las naciones*. Febrero de 1917. Carta a *La Nación*.

h) Fué mediador tan sabio y eficaz en el grave conflicto de Estados Unidos con el Paraguay (1858-1859), que ambos países le testimoniaron gratitud perenne; y procedió con similar sabiduría en los conflictos que el Imperio del Brasil promoviera a la República Oriental, a propósito de los Tratados de Lamas, haciendo colaborar en su obra de justicia pacificadora y de armonía internacional a eminencias como de la Peña, Guido, Pico y otros.

i) Su acción, su influencia o su consejo en las cuestiones internas en la República Oriental del Uruguay estuvieron, indeclinablemente, imperturbablemente, informadas e inspiradas por un sabio, promisor y fraternal concepto y sentimiento de respeto a la independencia, paz y progreso de ese pueblo, que él había libertado contra las amenazas de Rosas y Oribe. Así lo revela su famoso pregón frente a Montevideo en 1851: "Ni vencedores ni vencidos"; así lo revela la carta a don Francisco Araucho (Mayo 7 de 1852) recordándole el deber perentorio de unión, olvido y abnegación de los orientales para cimentar la independencia y libertad del noble pueblo hermano; así se revela en su actitud — desgraciadamente ineficaz — durante la revuelta colorada y la invasión Díaz, que terminó en la terrible batalla y hecatombe de Quinteros (1858); y así lo evidencia, junto con un altísimo respeto para su adversario de la víspera, general Mitre, en las cartas a don Antonio de las Carreras, de 21 y 25 de Diciembre de 1864, referentes a la revolución colorada, invasión de Flores e intervención del Brasil en el Uruguay, prolegómenos de la guerra del Paraguay. (1)

j) Urquiza, católico insospechable y practicante, tuvo tan firme devoción al espíritu liberal de la Constitución Argentina, tan claramente comprendió la trascendencia civilizadora de la libertad de cultos que nuestra Carta consagró, siguiendo los sabios dictados de Alberdi, con elocuente voto de un sacerdote, Lavaisse, y el no menos elocuente pregón desde el púlpito sagrado, de otro sacerdote, Esquiú, que se alzó — casi iracundo — contra todo conato reaccionario. En 1860, un sacerdote, Cott, con funciones atingentes al fomento de la inmigración, había sostenido la exigencia de pertenecer al credo Católico Apostólico Ro-

(1) Archivo General de la Nación. Correspondencia entre Urquiza y de las Carreras. Donación de Juan Mitchel de las Carreras.

mano, como requisito esencial, para que un extranjero gozara de los beneficios de la inmigración; y al saberlo Urquiza, le hace escribir a don Alejo Peyret, por intermedio de su secretario M. Navarro, para que rectifique en los periódicos esa falsa inteligencia y aplicación de la Carta Fundamental que "lo desacreditaba como Jefe de la Nación que organizó, y, lo que es peor, desnaturalizaba con la elocuencia de los hechos, los brillantes principios de que, con especialidad, hace alarde nuestro magnífico código fundamental, del que nos enorgullecemos los argentinos. Su excelencia me ha encargado, terminantemente, pedir a usted se sirva ocuparse en producir algunos artículos para el periódico del Uruguay, en que se reivindique su juicio político en materia de inmigración y acredite el culto que, como individuo argentino, rinde al liberalísimo Código que él, más que hombre alguno, contribuyó a que se diera." (1)

k) El doctor Ramón J. Cárcano ha hecho conocer en uno de sus últimos libros, muy interesante por cierto, intitulado *En el camino*, la sugestión de Alberdi, en 1859, para que Urquiza, mediante una maniobra que consistiría en hacer elegir un ciudadano amorfo cualquiera, para sucederle en la presidencia y luego, a pesar del artículo 30 de la Constitución del 53 que exigía el transcurso mínimo de diez años para su reforma, hacerla reformar con el mismo imperio de la fuerza desorbitada y hacerse elegir de nuevo, es decir, reelegirse. ¿Cómo respondió el libertador y organizador? dejemos la palabra al ilustre autor citado: "El sostenedor de la Constitución del 53, a cuyo amparo e iniciativa surgió, no la salvaría violándola. En la presidencia o fuera de ella, el libertador sería guardián de la propia obra."

"Los peligros de la nacionalidad en formación ofuscaron el espíritu luminoso de Alberdi. Buscó al presidente instrumento y la maniobra inconfesable. Urquiza rechazó la sugestión, y cuando alguien se atrevió a insinuarla en el país, la condenó enérgica y públicamente, como un agravio personal y una conspiración contra la República."

Estas sugestiones, de tiempo en tiempo renovadas, son los mayores peligros que amenazan a la democracia y sobre todo a

(1) Copiador de correspondencia de Urquiza, en San José.

estas democracias jóvenes de América, y son la piedra de toque para probar el temple de los mandatarios del pueblo, el valor, en función, de las instituciones y la consolidación de la conciencia pública. Los que temieron que Urquiza fuera un simple émulo de Rosas, vieron desvanecer sus dudas con sólo este acto de sinceridad republicana. ¡Ojalá las generaciones argentinas tengan siempre mandatarios tan austeros, que sepan rechazar, con igual serenidad, sugerencias tan peligrosas!

1) Acató con lealtad los adversos acontecimientos políticos; comprendió claramente la necesidad de dar satisfacción a otras aspiraciones y modos de ver; retiró íntegra la formidable caballería entrerriana, que el Conde Paulino exaltara en el Parlamento Brasileño, del campo de Pavón, para no perturbar la renovación que veía llegar; sirvió con lealtad y abnegación a sus adversarios Mitre y Sarmiento, y por esa lealtad, mal apreciada por el localismo provinciano, sufrió desmedro su prestigio y su autoridad, soportó la dolorosa sublevación de Basualdo cuando todo su patriótico empeño acompañaba a la causa nacional, y fué asesinado en su palacio de San José por que le creían "vendido a los porteños."

*

Esta es la verdad plena, que define una personalidad extraordinaria, más grande y hermosa por lo constructiva y trascendente que la que puede surgir al solo trasluz de los triunfos guerreros del invencible Capitán entrerriano. Por eso, el pronunciamiento del 1º de mayo de 1851 no fué, como tuve la oportunidad de sostenerlo muchas veces en muchos sitios, en Buenos Aires, Uruguay, Paraná y Lima, el vulgar alzamiento de un lugarteniente ambicioso contra su principal para sustituirlo en prepotencia y beneficio; fué el principio de realización de un programa bien y largamente madurado, que abortó en la hora de "Alcaraz", por indiscreciones unitarias y que se cumplió, sin un desvío, en Montevideo, Caseros, Santa Fe, Cepeda y San José de Flores. No es la improvisación ni el impulso instintivo de un gaucho, por bueno e inteligente que fuera, sino la obra de un estadista superior. Colaboró con Rosas como colaboraron muchos que le lanzaron ana-

temas desde la Sala de Representantes, las calles y los periódicos de Buenos Aires, porque creyó, como ellos, que la obra del dictador era indispensable para la defensa de la integridad nacional y el aniquilamiento de la discordia interna; pero cuando ese dictador, olvidado de su programa y de las necesidades del país, prolongó su despotismo, Urquiza tomó en sus manos, con devoción, la bandera institucional por aquél olvidada.

Dejó a su provincia una excelente organización económica administrativa y educacional; dejó a la patria la Constitución única del tipo humanitario, que dijera Zeballos en Williamstown, liberal, justiciera, democrática, que el mundo entero reconoce como insuperable; y dejó — y esto vale tanto o más que aquello, para la formación de las costumbres civiles de un pueblo — el ejemplo de su espada puesta al servicio de la democracia en su más sustantivo significado.

No es éste el personaje que pinta Testena:

*Ma insofferente d'emuli o maggiori,
pria que gli altri lo eleggano, s'elegge;
e con il genio dei dominatori,*

*se schiaccia le coscienze, infiamma i cuori,
fa del volere suo l'unica legge
e spilla sangue ad irrorar gli allori.*

Los compromisos del consonante y las licencias literarias no excusan tales demasías en el juicio sobre un Gobernante que, aun en el crudo período Rosista, dió asilo seguro a los Unitarios, garantizó la libertad de prensa, en términos tales, que provocó la queja de algún devoto federal de entonces, luego exaltado libertario como tantos otros convertidos de Damasco; fomentó la enseñanza en todos los órdenes y el cultivo de las ciencias y las artes, organizó el mejor núcleo de colonias que, aun hoy, conoce la Argentina, en el departamento de Colón, a base de la chacra-granja; obtuvo el reconocimiento de nuestra independencia por España y las más amplia cooperación de la Iglesia, que comprendió el espíritu cristiano de la Constitución y de su Adalid; y tantas y tantas otras obras perdurables que garanten e incrementan el progreso creciente de nuestro país.

¿Se quiere conocer el pensamiento autorizado e imparcial de un diplomático, en la hora en que se retiraba del Río de la

Plata y ningún interés, compromiso o sugestión extraños podían malear su juicio? Helo aquí: el Encargado de Negocios de Estados Unidos, al retirarse de su cargo, en marzo 9 de 1854, le escribe al General Urquiza, Presidente de la Confederación Argentina, desde Montevideo, la siguiente carta de despedida:

Montevideo, marzo 9 de 1854.

Mi querido señor:

He determinado finalmente retirarme a los EE. UU. sin esperar por más tiempo la llegada de mi sucesor — con el cual era mi intención, si hubiese llegado oportunamente, haberle visitado en el Paraná, donde, o allí en San José, me hubiese despedido personalmente de vos.

Mis intereses particulares exigen mi presencia en mi país, habiendo dejado los asuntos de esta Legación a cargo del Cónsul Americano en Buenos Aires (a quien he nombrado, también interinamente, encargado de Negocios cerca de la Confederación Argentina) hasta que llegue la persona que me ha de suceder. Debe de esperársele de un momento a otro — a menos que, como es muy probable, se halle detenido, hasta que a mi arribo a Wáshington, haga yo una relación detallada y completa de las circunstancias y condición de estos países.

Al dirigiros este último adiós, como lo será probablemente, es mi deseo, señor, expresar mis agradecimientos por vuestra constante benevolencia y urbanidad — mi respeto por la lealtad, franqueza y liberalidad de vuestra conducta pública, y de vuestros proceder, hacia los poderes extranjeros, y mi profunda convicción del patriotismo, desinterés y elevación de vuestros sentimientos personales y públicas miras, en medio de las desgraciadas agitaciones y contiendas, que en los dos últimos años, han tan penosa y rudamente conmovido algunos de los Estados de la última Confederación Argentina.

No es mi objeto hacer o mencionar directa ni indirectamente ninguna denuncia de los actos o motivos de los que se han resistido y opuesto a vuestra política.

Ni a ello estoy dispuesto, ni me corresponde el hacerlo — porque en todas partes he recibido pruebas de civilidad, hospitalidad y justicia en las Provincias Argentinas — pero de ello debo con especialidad dar testimonio en vuestro favor — lo que estoy seguro será confirmado, por todos aquellos que habiendo permanecido en el país durante estos últimos dos años, hayan tenido oportunidad de conocer por sí mismos las ventajas de lo que avanzo.

No soy inclinado a confiar en la verdad o la justicia de la historia en ningún país, ni en ningún siglo — y especialmente en la historia contemporánea. Al propio tiempo, como testigo imparcial y observador diligente de la administración y política interna y externa de los Estados Argentinos, desde la caída de aquel terrible despotismo que derrocó vuestro brazo, hasta la actualidad, soy llevado a declarar, que no tengo conocimiento de ningún país en donde, tomándose en debida consideración las circunstancias presentes, se hayan hecho más útiles reformas en tan poco espacio de tiempo.

El 1º de febrero de 1852 los Estados Argentinos continuaban a existir bajo una forma de Gobierno, que puede de una palabra definirse como un puro, absoluto e inflexible despotismo; — el país, en lo que respecta a la Iglesia y a su gobierno en su administración civil y en su poder militar —

en todo cuanto concierne a la propiedad y la vida, se hallaban bajo el pie y vivía y respiraba, por la voluntad de un amo.

Y dos años después, ¿qué es lo que no se ha realizado?

Constituciones escritas han sido hechas y adoptadas — se han instituido tribunales responsables — se han proclamado amnistias políticas, restaurado propiedades confiscadas — establecido el libre sufragio — los templos han sido reparados, la ley, la libertad y la religión levantan conjuntamente la cabeza después de una común degradación, y para conocer los hechos de una nueva y sabia política, el gran Río de la Plata, con sus magníficos e innumerables tributarios que atraviesan regiones más extensas que otros continentes, ha sido de repente abierto, promoviéndose, así, la inmigración, el comercio y la comunicación con todo el mundo.

Esta historia, señor, de que acabo de hablar, no será enmudecida ni aún por la influencia de las pasiones y las preocupaciones contemporáneas, a punto de que se os deje de señalar al recordar aquellos acontecimientos, una reputación que colocan para siempre vuestro nombre en el panteón de los hombres ilustres.

Será una dicha para mí el tener noticias vuestras en cualquier tiempo, así como el que me encarguéis de cualquiera comisión que podáis desear para los Estados Unidos.

Soy muy respetuoso y sinceramente vuestro amigo.

J. PENDLETON.

Tal el Hombre del Pronunciamento que “desafía, soberbio, las dudas de la Historia y señorea ya en la Leyenda.”

Tal el Hombre de la Organización a quien Víctor Manuel Orlando enfrenta a Víctor Manuel III por su alto espíritu de justicia, tolerancia y pacificación. (2).

No, no era un gaucho; pero tenía del gaucho las mejores condiciones.

ANTONIO SAGARNA.

(1) Ministerio de Relaciones Exteriores de la Rep. Argentina. Archivo.

(2) ORLANDO, op. cit., págs. 156 - 157.

EL SECRETO DEL TANGO (1)

TANGO:
sos el acriollador;

Tango:
sos un patriota;
y un cartel de aclimatación.

Tango:
yo te declaro
un artículo vivo de la constitución.

Sos un conquistador:
llegan los hombres rubios a estas tierras
con la Europa metida muy en el corazón,
pero vos les ponés en seguida a sus hijos
la marca de tu ritmo compadrón,
haciéndoles ver que es lindo
y que es mejor
ser todo de la tierra en que se nace,
oriental o argentino
desde el pelo al talón.

Tango:
vos hacés que los hijos del gringo
se le rian al padre con gesto cachador
cuando éste les dice que por ley de su tierra
italianos, o rusos, o ingleses ellos son.
Vos hacés que los nuevos criollos
se sientan rioplatenses con fervor,
y quieran a su tierra
desde las puntas de su tradición.

(1) Del libro *Intemperie*, próximo a aparecer.

*Vos hacés que los hijos del inmigrante
se vistan al estilo del criollo decidor,
se expresen en el verbo del Río de la Plata,
que no es propiamente el español;
que se quiebren un gacho como nadie
en el mundo es capás de quebrarseló;
que se sientan criollos y patriotas
en el blanco y celeste y en el sol;
y hablen de las glorias rioplatenses,
de San Martín, de Artigas, de Sarmiento y Rodó.*

*Crece el hijo del pobre — yuyo de los baldíos —
y al par que el himno patrio aprende tu canción;
vos sos para estos pueblos principiantes
escalón hacia el arte y expresión del amor;
vos les ponés un baile trágico entre los pies
y subís a sus bocas
la primera palabra mojada en corazón.*

Tango:

*yo por algo te quería
así, a ojos cerrados; así, por intuición;
he dado en el secreto, que no era milonguero;
era racial, señor. . .*

*He dado en el secreto de mi amor por tus cortes,
tus estrofas lunfardas, tu gacho compadrón.*

Tango: vos sos el pueblo en estado de arte.

Tango: vos sos el pueblo en estado de amor.

FERNÁN SILVA VALDÉS.

Montevideo, 1930.

LA LITERATURA DE VANGUARDIA (1)

A medida que la capacidad receptiva evoluciona en el espectador, cada fase del arte concebido como expresión palidece y necesita ser sustituida por otra más intensa. Mas lo que no decae ni palidece son las cualidades específicas en que el arte se basa, son las cualidades "netas"; lo que es musical en la música, aquello por lo cual es música y no otra cosa, del mismo modo que lo "pictórico" en pintura, lo intrínsecamente "poético" en poesía; el germen *sine qua non*, vivificador radical de ese arte, ha escrito Adolfo Salazar.

No intentaremos aquí un análisis de las nuevas formas de expresión que vienen conmoviendo desde hace algunos años el espíritu de los jóvenes escritores.

Lo cierto es que, así como un rótulo no basta para garantizar el contenido del envase, de todos estos movimientos renovadores perduran únicamente las personalidades de fuerte expresión intelectual, y los que tienen una fisonomía propia. Aquellos que tengan algo que decirnos. Los "ismos", son la exteriorización del *gusto*, constituyen una parte del juicio personal, indiscutible. Nadie puede discutir ciertas preferencias de uso interno y personal. Para muchos escritores de vanguardia, el uso de un estilo a veces ininteligible a fuerza de ser tan *personal*, tiene la misma importancia que la elección del color de su próximo traje. Ambos constituyen los elementos integrantes de su personalidad.

Lo importante en la expresión intelectual, no son las *posturas*, sino las obras. Y ésta es ya una cuestión objetiva; como lo ha dicho el crítico aludido, todo puede hacerse y todo puede ser

(1) Capítulo del libro *Algunos aspectos de la Literatura Argentina*, de próxima publicación.

moderno si el artista posee una sensibilidad moderna; pero para que sea valadero es menester que posea reales valores específicos: es decir, que posea reales valores pictóricos si de pintura se trata; reales valores poéticos, si de poesía se trata.

Los gustos, ideas, preferencias, los aspectos formales de la personalidad, están comprendidos como cualidades, y pertenecen por lo tanto al juicio personal, y es una cuestión de afinidad simpática con el espectador; pero la obra intelectual es pura materia crítica, y sobre ésta operan el discernimiento y la discusión.

Nuestros escritores de vanguardia, no se caracterizan por una orientación estética diversa de la que profesan los escritores españoles o franceses. De modo que las observaciones de carácter general que se han venido haciendo sobre estos movimientos vanguardistas, pueden aplicarse al nuestro, con la única diferencia de separar en el juicio valorativo la calidad de la obra realizada.

Estos florecimientos afortunados de expresiones artísticas nuevas, a veces preparan el camino a la reacción; esa renovación de imágenes recuerda a esos fabricantes de abalorios que ofrecen a las gentes de escaso peculio, la adquisición de magníficas joyas, con las cuales poder adornar su cuerpo, para admiración de todos los incautos; bajo apariencias de mayor libertad, no hacen otra cosa que preparar el regreso a las puras tradiciones.

Hace trescientos sesenta años que Mauricio Sceve asombraba a los pacíficos burgueses de su pueblo con los versos de *Delie*, donde las metáforas más oscuras hacían las mismas piruetas que los africanos que inventaron el *shimmy*.

Hace menos tiempo aún que una nueva generación desalojó a los herederos de aquel oscuro y modesto poeta francés del *si-XVI*. Y gracias a esta nueva sensibilidad que ha surgido entre los años 19 y 26, para mayor esplendor y gloria de la literatura universal, Saint Poul Roux y Lautréamont, vuelven a ocupar su trono, de donde presidirán esta nueva cruzada de la metáfora.

Es que el espíritu humano, con su inconstancia y su fácil disposición al olvido, fabrica con frecuencia sus propias locuras. La guerra agotó toda la reserva de esperanzas que había atesorado el espíritu humano, en su ilusorio ensueño de belleza, de bondad y de justicia. Después de la hecatombe, su conciencia huér-

fana de ideales, sin norte, sin medios para reponer la ilusión perdida, quedó como el protagonista del cuento, aullando al vacío. Sin embargo, — como los hombres que al igual de los niños que cuando rompen un juguete lloran hasta reemplazar el perdido por otro más novedoso —, fabricaron para su gusto este arsenal de imágenes y de ripios, para abastecer con ellos a esta nueva conciencia colectiva, muy de nuevos ricos.

¿Qué se ha intentado para encauzar, para orientar tanta energía y buena disposición, como la que a diario nos ofrece el artista y el escritor con el esfuerzo de su obra? El arte ha evolucionado tanto, como las formas exteriores de nuestra vida individual, tanto como nuestra sensibilidad y nuestros hábitos sociales. A todas estas transformaciones ¿cómo hemos respondido con nuestro eco espiritual? La literatura como la pintura han procurado acomodarse a estas modalidades exteriores de nuestra vida, a este desplazamiento de nuestra personalidad espiritual, y han querido ser fiel reflejo de nuestras inquietudes y de nuestros afanes transitorios. Si nos vemos mal interpretados la culpa no es sólo del artista a quien podremos censurar su falta de habilidad técnica, pero no por la imagen reflejada en su obra, que no es otra cosa que el retrato de esa trágica ansiedad en que vivimos.

No es romántica esta generación, como ha querido llamarla Paul Morand, sino más bien intelectualista, puesto que ha hecho de los problemas del corazón problemas del espíritu. El síntoma más curioso de la desorientación de estos grupos, lo revela ese equilibrio de trapecista frente a la realidad del ensueño que conmueve su yo interior, y lo que expresa su personalidad exterior. La lucha de dos fuerzas antagónicas es la que da ese carácter arbitrario a las obras literarias de la post guerra. La necesidad de replegar su sensibilidad más íntima, para dar paso a la otra, la destinada al espectador.

Y no es que yo pretenda volver a las formas viejas, ni mucho menos. Intentar la vuelta al pasado, es como tomar un fusil para ir a la guerra de los treinta años, según la expresión de Ortega y Gasset. Ya hemos dicho que no nos interesan las *posturas*, sino la obra realizada. ¿Cuál ha sido, pues, el aporte de este grupo, que con vehemencia tan simpática ha puesto sobre sus hombros débiles la gravedad de un rótulo?

En esta debatida cuestión de la "sensibilidad", atropelladamente se ha hecho un debate innecesario. Hay viejas y nuevas culturas, hay viejas y nuevas formas de expresión de la inteligencia, como hay viejas y nuevas formas de tratar un oficio, como hay viejos y nuevos gustos para elegir un traje. Esto de la nueva sensibilidad no es otra cosa que un problema de cultura, de acomodación de la inteligencia a las conquistas del espíritu moderno. ¿Sería acaso posible que escribiéramos hoy el castellano de Gonzalo de Berceo, que nuestras mujeres fueran tocadas con las grandes pelucas ensortijadas de la época de María Antonieta? Pero en los caracteres específicos de la inteligencia, tan neosensible era en su época Góngora como hoy Guillén en España. Ben Jonson como Joyce en Inglaterra, Louise Labé como la Condesa de Noailles, o Maurice Sceve como Apollinaire en Francia; tan nueva sensibilidad fué en su momento Sor Juana Inés de la Cruz en Méjico, como nuestro admirado Alfonso Reyes.

Es que a medida que vamos remontándonos sobre esta curva ondulante de la vida, los nuevos serán siempre los últimos en el orden histórico, pero no así en el orden valorativo. No es sólo la cantidad de años el signo de la juventud, me refiero, claro está, a la juventud espiritual; bastaría ver que los maestros acatados y respetados por las nuevas generaciones intelectuales, han dejado de serlo hace rato. No nos interesa la tabla aritmética para saber la importancia de la obra de Valéry, de Joyce, de Pirandello, como de Figari, para citar a un vecino nuestro. Por otra parte es curioso este fervor por las cosas, paisajes, autores, hombres de una época tan diversa de la nuestra, como lo revela el encendido entusiasmo de Borges por Quevedo o por Carriego y los barrios que conservan aún el recuerdo del matonismo y de la procacidad. Esta observación puede generalizarse a significativas figuras de la literatura actual.

En Francia, como en España, los jóvenes escritores se dedican con ahincado interés así a la dilucidación de los más áridos problemas filológicos, como a la exaltación de un héroe de la pantalla. Creo que falta en la obra de estas vanguardias un poco de sinceridad.

Vamos acercándonos a un momento en que debemos apaciguar nuestra afanosa búsqueda de originalidad, y perfilar en

el horizonte en que se diseñan nuestras ideas y nuestros sentimientos, cual es la línea precisa que pueda dar nuestro esfuerzo, para que el que siga esa línea pueda tener el reflejo de una luz clara, como tiene el de su sombra cuando se asoma a las aguas del lago.

*
* *

Las comparaciones son siempre enojosas, pero suelen ser necesarias en algunos casos como éste en que se impone el examen comparativo.

¿Qué novedad encierran en sus páginas *El Imaginero* de Molinari, *Alcándara* de Bernardes o *El Violín del Diablo* de González Tuñón, que no la contengan en sus valores específicos *El Cascabel de Halcón* y *El Libro de los elogios* de Banchs, o *Intermedio Provinciano* y *Ciudad* de Fernández Moreno? Sería muy útil conocer el concepto estético en que se funda el vanguardismo, para saber qué distancia existe entre la inteligencia sensible, la riqueza imaginativa, la poderosa facultad de expresión artística de estos dos últimos poetas, confrontados con los tres primeros. Ni aun se puede alegar la innovación métrica como lo pretenden algunos jóvenes poetas, puesto que la arquitectura de algunos poemas de Darío y Jaimes Freire, — cito a dos pasatistas — no digo que haya sido superada en audacia por la forma y la expresión tan fuera del lugar común, sino que ni aun ha sido alcanzada.

Sin embargo hay que reconocer una novedad en este movimiento en nuestro país, y es esa intercalación de imágenes de dudoso buen gusto, tanto que se podría escribir un ensayo titulado: *El mal gusto en la nueva literatura argentina*. Mal gusto, tanto para la elección de algunos títulos de libros, como en las palabras que se utilizan para asociar el recuerdo con una cosa, imágenes no prosaicas — éstas podrían ser el único recurso de su sensibilidad —, sino imágenes sucias, dignas del estercolero. ¿Cómo se explica esta manifestación de espíritu sin sentido artístico, sin cultura, en hombres de buen gusto, de sensibilidad fina, sino como el propósito de espantar al burgués? Tómese un libro de los nuevos escritores españoles, franceses y americanos; en nin-

guno será fácil encontrar esta persistencia en la nota vulgar, en el adjetivo soez. Claro está que éste no es un fenómeno muy generalizado, pero persiste en algunos escritores, que no advierten que lo raro no es lo mismo que lo trivial.

Me parecen muy útiles y necesarias estas renovaciones de la visión que suelen traer con sus inquietudes expresivas las tendencias avanzadas tanto en arte como en literatura. Pero ya lo hemos dicho en estas notas, que las escuelas no interesan para el juicio valorativo, sino las obras, hayan o no surgido por inspiración de escuelas.

Veamos, pues, cuál ha sido el aporte de este grupo de escritores de vanguardia a la vida literaria del país. Después de Darío, que ahuyentó el recuerdo de los románticos que persistía en el círculo de escritores del Ateneo, Lugones fué el más enérgico demolidor de la poesía *hecha*, como que hasta este momento ningún poeta de esta nueva generación ha escrito nada parecido en arrojó verbal a *Lunario Sentimental* en verso, ni a *La Guerra Gaucha* en prosa; después de Lugones, aparece Banchs a quien mucho le deben espíritus tan finos como Molinari y Bernárdes, al extremo que algunos de los más bellos poemas de *El Imaginero* y de *Alcándara*, parecen dictados por el poeta de *La Urna*. No quiero decir con esto que estos poetas carezcan de personalidad, muy al contrario, me limito a señalar la poderosa vinculación espiritual que guardan estos poetas con la obra de Banchs.

Cuando el silencio de Banchs se prolongaba en un intermedio que nos parecía de siglos a los que admirábamos la obra del poeta, surge Fernández Moreno. En el año 1915, cuando se publicaron las *Iniciales del Misal*, todavía el grupo izquierdista si existía no daba señales de vida, pues se manifestó mucho más tarde con la publicación de las revistas *Proa*, *Inicial*, *Martín Fierro*, etc. Sin embargo, Fernández Moreno es algo más que un poeta martínfierrista. Es algo más porque nadie en nuestras letras produjo una transformación tan radical de modos de ver y sentir como este poeta, si exceptuamos a Lugones y a Banchs. ¿Qué poeta en la Argentina le ha superado en esa su poderosa facultad expresiva, en ese sintetismo ágil y exacto para aprisionar una emoción o un cuadro que no sólo lo sugiere, sino que lo

pasea, lo hace destacar ante nuestra sensibilidad con fuerza viva y potente?

Después, mucho tiempo después, aparece Gironde con sus *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía*, inferior en riqueza de ritmo, en riqueza plástica, y en la originalidad de visión a *Calcomanías*. ¿Pero qué espíritu algo agudo no percibirá en este poema, en aquella descripción de un cuadro de costumbres, en la sugestión del paisaje, la fuerte presencia del poeta de *Campo Argentino*?

¿Cuál es la calidad, la orientación, el valor estético de esta renovación literaria que nos ha traído esta nueva generación, surgida con tanto ímpetu avasallador, que muchos llegaron a afirmar que nada se había hecho literariamente en el país hasta que ellos llegaron? Dejemos de lado las buenas intenciones y los anuncios apocalípticos, ajustémonos un poco a la realidad, que es la única que en este caso tiene valor estimativo.

La calidad intelectual de Bernardes, de Molinari, de Borges, no radica en su posición personal en un círculo determinado, sino en la calidad de sus obras.

Algunos de los poetas nombrados han confesado en la conversación amistosa la necesidad de reclamar mayor equilibrio para juzgar, y hasta han llegado en momentos de sinceridad a declarar la influencia ya visible en sus obras, de poetas cuyos nombres no se atrevían a nombrar públicamente.

Hemos visto en nuestros círculos intelectuales, como un afán inmoderado de querer ser *joven*, lleva a muchos espíritus serios de cultura tradicional a esos equilibrios de trapecista para que los últimos les otorguen un carácter que ya no puede darles la vida.

No he escrito estas notas con el ánimo prevenido. Por temperamento prefiero un temblor de tierra, si es necesario, para agitar, renovar, sembrar sugestiones útiles para la inteligencia; pero lo que puede ser útil y necesario en países de larga tradición intelectual donde la tradición y la costumbre anquilosan la visión y la sensibilidad, no se explica sino con fundamentos de gran fuerza estética en países como el nuestro en que nuestra evolución literaria se inicia en momentos en que el simbolismo había abierto en Francia un horizonte nuevo para la literatura

universal, como que la filiación espiritual de esta nueva generación revela la herencia de aquel movimiento literario. La trascendencia de esa fuerza renovadora fué tan intensa que alcanzó por igual a todos los pueblos cultos, y ese nuevo campo de visión si no arraigó profundamente en nuestra vida literaria, su paso fué tan eficaz que al herir nuestra sensibilidad, dió un sentido nuevo a nuestras aspiraciones estéticas. Desde entonces vivimos escrutando con mirada segura los aspectos en que se descompone ese prisma de la cultura universal. Todas las nuevas inquietudes de la inteligencia deben ser bienvenidas, a condición de que realicen algo. Porque no es el caso de que este maremoto que pudo presagiar la aparición de un continente desconocido, se convierta en un truco cinematográfico.

Pocas veces un país en nuestra América puede ofrecer en el transcurso de veinte años, un movimiento de renovación tan profundo y serio como el que inicia Lugones con *Lunario Sentimental*, Banchs con *El libro de los Elogios* y Fernández Moreno con *Ciudad*.

No se puede contemplar sin cierta piedad el gesto del hombre impaciente que arroja una piedra al estanque por el soio gusto de ver agitar el agua, quebrando su serena quietud. El agua vuelve al instante a tomar su aspecto sereno, porque no es la piedra del inconsciente la que puede remover su fondo, sino los elementos ajenos a ella que la fuerzan y la transforman.

Después de Oliverio Girondo, a quien aludimos en otro lugar, los poetas más importantes de este grupo son Bernardes con su libro *Alcándara* y Molinari con *El Imaginero*; en ambos es visible cierto parentesco con Banchs, y en el segundo algo también de gongorista y mallarmeano. Para mí estos dos libros, de un lirismo exuberante y rico en Bernardes, contenido en Molinari, constituyen las mejores expresiones artísticas de nuestra poesía de vanguardia. Molinari, que es un temperamento puramente intelectualista, carece de la espontaneidad y de esa gracia ligera que tienen muchos versos de *Alcándara*; sin embargo, con esto no se disminuye el valor estético de *El Imaginero*. En *El violín del Diablo* de González Tuñón, aparece un poeta de espíritu realista, de cierta fuerza expresiva. Es numerosa la lista de poetas nuevos, aunque no todos interesan. Sin embargo merece

destacarse del grupo de estos poetas a Leopoldo Marechal, que viene realizando una obra seria por la calidad de su lirismo y el profundo sentido artístico que revelan todos sus libros. ¿Y Borges? me preguntará el lector que haya seguido estas notas. Borges es, para mí, más crítico y ensayista, que poeta. *Fervor de Buenos Aires* o *Luna de Enfrente*, me parecen de calidad estética inferior a *Inquisiciones* o *El tamaño de mi esperanza*. La poesía de Borges parece la poesía de un licenciado de filosofía en trance de escribir versos por puro ejercicio retórico. Carece de emoción lírica toda la obra poética de este espíritu tan valioso. Un solo poema de *Luna de Enfrente*, denuncia la presencia lírica de un poeta y es el que se refiere al asesinato de Quiroga. La visión de sus paisajes urbanos tiene el mismo carácter de algunos paisajes de Berni, en que las casas se precipitan sobre el espectador. Carece de perspectiva, de planos, de seguridad constructiva, de fuerza. Para que se pueda levantar una casa sobre un declive del terreno o al borde de un precipicio, todo dependerá de la calidad de los materiales empleados para asegurar su estabilidad. Esto es precisamente de lo que carece para mí la poesía de Borges: de fuerza, de seguridad lírica.

Otra cosa son sus ensayos. *Inquisiciones* o *El tamaño de mi esperanza* — sin entrar a juzgar la calidad del estilo churrigueresco que utiliza para decir cosas simples y bien pensadas —, son los mejores libros de crítica escritos en el país en los últimos años. Una visión original, una gran cultura y una seria disciplina intelectual, revelan todos los estudios que integran esos volúmenes. Pocas veces se han dicho cosas más certeras sobre Unamuno poeta, como las que ha escrito Borges. ¿Por qué sentirá Borges esa predilección por los barrios arrabalereros del Buenos Aires desaparecido por fortuna, como los que inspiran todos sus poemas? Hay en sus elegías una añoranza del compadre, de matón de esquina, que no se justifica en un espíritu de amplia cultura y de hábitos tan civilizados. ¿Será acaso una nueva forma de nacionalismo? Hay cierto aire de bravuconería, cierto aire de compadrito, en las expresiones y modismos que suelen emplear algunos escritores de talento. El empleo de estas expresiones, de estos modismos no dicen nada bueno como caracterización de la sensibilidad y de la cultura de una generación, si no contara

ella con otras muestras de su ingenio con las obras que hemos señalado en estas notas y algunas que omitimos.

Rojas Paz anunció en *Paisajes y Meditaciones*, las inclinaciones hacia la meditación que caracterizaban a su autor, su preferencia por el estudio de los grandes problemas de la cultura. Este libro, escrito en un estilo sobrio, conquistó rápidamente el sufragio de todos los lectores cultos. *La Metáfora y el Mundo*, acusaba un nuevo perfil en el autor, no en el cambio de su posición espiritual, sino en la calidad de su estilo. El estilo de Rojas Paz ha perdido la espontaneidad que tanto nos atraía en *Paisajes y Meditaciones*, y esa ampulosidad retórica que ostentan sus nuevos estudios, ha convertido ese instrumento precioso para la expresión del pensamiento, en un ejercicio difícil. Hay cierto barroquismo en la frase sentenciosa, que nos está alejando de la claridad de aquel escritor de inclinaciones intelectuales tan armoniosas. A esta apreciación un tanto formal si se quiere, debo agregar otra de aspecto valorativo porque se refiere al contenido de la obra realizada. Rojas Paz, que posee tan severas inclinaciones para discurrir sobre los más áridos problemas de la inteligencia, revela cierta inseguridad en el desarrollo de sus temas. Yo creo que el autor de *Paisajes y Meditaciones* está en condiciones de reanudar el diálogo interrumpido en aquellas páginas, si abandona esa facilidad que está adquiriendo en el ejercicio del periodismo. Una cosa muy diversa de un suelto o artículo de circunstancias, es el estudio atento de los hondos debates de la inteligencia.

Homero Guglielmini, director de revistas de vanguardia, crítico musical, es el temperamento de escritor más serio del país, y una de las mentalidades más ricas surgidas de ese grupo de escritores de vanguardia, con el cual, sin embargo, no ha tenido ningún punto de contacto espiritualmente sino en la manera de considerar ciertos hechos. Preocupado por los estudios filosóficos, ha dedicado a ellos buena parte de su actividad intelectual. En todos sus trabajos ha puesto de relieve sus positivas condiciones de escritor y de artista.

Después del estudio de Tilgher sobre el teatro de Pirandello, no se ha escrito un examen más serio desde el punto de vista filosófico, que es desde el único que conviene ver el intrincado

mundo del autor de *Sei personaggi in cerca di autore*, como el que le ha consagrado Guglielmini. Este estudio de carácter puramente especulativo, en que su joven autor ha querido desentrañar el conflicto de estas pobres almas torturadas por una loca ansia de verdad, nos ha puesto en presencia de un espíritu admirable por la claridad de sus ideas, por la honda seguridad de sus conceptos, y cosa rara en este género de libros, por la elegancia de su estilo.

El autor del *Teatro del Disconformismo*, ha dejado de ser una promesa, para convertirse en una espléndida realidad para la cultura del país.

Esta síntesis no intenta reflejar las diversas fases que han seguido en nuestras letras los últimos movimientos literarios. Me he limitado a trazar un bosquejo que como tal carece de una línea definitiva, aunque crea el autor que ha sorprendido la imagen lo suficiente como para fijar los contornos. Que otro procure dar a este apunte la solidez del retrato.

ANTONIO AITA.

CARLOS B. QUIROGA Y EL REGIONALISMO MONTAÑÉS

A PROPÓSITO DE "LA RAZA SUFRIDA"

"La mesure du roman, c'est la sincérité, dans la pensée comme dans le style."

LÉON DAUDET: *Le roman*.

I

LA obra literaria ya valiosa de este escritor argentino, cultor del regionalismo noroéstico, acaba de acrecentarse en síntesis y elevación con *La raza sufrida*, novela americana, según declara la advertencia subtítular. Media docena de volúmenes anteriormente publicados cimentan su prestigio, siendo placentero constatar que desde *Cerro nativo*, primer éxito, hasta *La imagen noroéstica* y el que ahora nos ocupa, no ha trabajado en vano. Adviértese en Quiroga el deseo de una superación constante, así en la forma como en la gravidez del contenido. El amplio vuelo castelariano de la prosa inicial vase gradualmente acomodando a la sobriedad e intención que en el día se gustan más. Y acaso sea sólo cuestión de tiempo y reposo el que logre hacer, como ambicionaba el poeta, sus mayúsculas dignas de cada página del breviarío.

Aparece en su obra, en primer término, lo inmediato, el Cerro en antonomástica designación — geográficamente el Ambato — como centro emotivo de una vasta zona de recuerdos y sugerencias de la más variada índole, aparte, se entiende, del color local, aspecto descriptivo y pintoresco de la región. A *Cerro nativo* siguió *Alma popular*, complementario de aquél, libro que según lo explica el autor, "abarca el total del que *Cerro nativo* es una parte, y observa la religión, el pensamiento, el arte, la vida

del fenómeno social, para descubrir la psicología de un pueblo." Vino después *La partícula ilusionada*, exornada de suave lirismo y meditación — recuérdese "Secreta luz", (pastoral en cinco jornadas), "El peladar de la tristeza", "El hijo de las plantas" — y donde, sin dejar de lado lo pintoresco, la captación directa de seres y panoramas, arríbese también al símbolo, transfiguración mítica del ambiente enfrentando las entidades Hombre y Naturaleza. *La montaña bárbara y misteriosa*, el más armonioso y bello de sus libros pre-novelísticos, auna la contemplación — contemplación, fantasía, mansa y feliz plenitud de amar, que es todo uno — a lo prolijamente observado, con visible predominio de leyendas o mitos, de alto merecimiento literario algunos. Los cuentos y fantasías, firmemente adheridos al suelo por detalles locales — como "Los coyuyos", "El ánima perversa del río", La tragedia del tajamar", "La quena" — se ramifican y florecen a veces, como ocurre en "Locura cósmica" y en "La flauta-cóndor" en pura y trascendente idealidad. La prosa alcanza caracteres de pulimento y decantación, y sin perder la inquietud metafórica, el aletazo lírico, tan usual en Quiroga, se remansa y equilibra con el contrapeso de lo objetivo.

Creemos, en virtud de lo dicho, que no es exagerado el señalar una línea ascendente en la obra de este escritor, tesonero en la búsqueda del concepto grávido y de la esquiva belleza formal. Sus varios libros publicados, salvo algunos altibajos de detalle, son como sucesivas mesetas en pos de una conquista de alturas. Sólo que el avance es acá inverso a cualquier escalonamiento de nubes, siendo en cabal significado, acercamiento a la realidad, objetiva y concreta en cuanto cabe. Realidad es, en efecto, lo que persigue el escritor Carlos B. Quiroga. Y fuerte anhelo de realidad lo que lo ha llevado al trabajo ingente de una difícil y extensa novela.

El título, *La raza sufrida*, no expresa en totalidad de extensión el contenido. La raza dueña de arduas empresas de aguante en el medio hostil — los Chanampa, Cicharro, Huaytima, Churpay — con ser importantes elementos del libro, no lo constituyen todo. Hay una realidad física mucho más perfilada y decisiva que los tipos, no obstante ser admirables de justeza y color muchos de ellos; realidad que desde las primeras páginas adquiere

incontrastable presencia para llegar en el cuerpo y el final del libro a imponerse avasalladora y fatal: es la montaña, la Cordillera andina. Y siendo la montaña como la divinidad bajo cuyo signo se han elaborado todos los libros del autor, pienso que es el suyo un regionalismo montañés, asido con la firme garra del cóndor tutelar al rocoso macizo catamarqueño. Sin la montaña no se explica esta raza sufrida de puesteros, guías, arrieros, cazadores furtivos y aun simples bandidos que en ella moran y de ella viven. No se explicaría un Quipildor, suerte de Facundo redivivo, hombre de presa y sin escrúpulos cuya vida en la llanura hubiera sido imposible en los tiempos que corren. ¿Y qué decir de los chinchilleros que tantas páginas emocionadas, rebosantes de masculina admiración, han sugerido al autor?

Temperamento tan vibrador como el de Joaquín V. González, más artista acaso en la expresión escrita, siente con intensidad pareja la poesía de las cumbres, la enorme grandiosidad de las montañas. Sólo una sensibilidad similar, una especie de hermandad del espíritu en las serenas visiones del arte, puede haberle llevado a comprender y definir, a través del prisma ásperamente facetado de la peña, el *substratum* espiritual del autor de *La tradición nacional*, tal como lo hace en interpretación reciente: González... "nace en la montaña, y lleva impreso en su alma el carácter montañés durante toda su existencia. Es en la vida nacional el gran hombre de la montaña. Es el montañés, por antonomasia." Podría Quiroga hacer suyo el sentimiento de los conocidos versos de Rojas sobre el tema, pero con el agregado de que su montañesa obsesión se nutre también de raciocinio y severo argumentar. A la montaña, generadora de lirismo, vincula indisoluble su otro tema predilecto: influencia de la montaña en la formación espiritual argentina. El convencimiento que como estudioso ha llegado a adquirir de tal acción le ha hecho rectificar por excluyentes las conclusiones que acerca del influjo de la llanura y la pampa — siguiendo la conocida tesis de Taine sobre el medio físico — formula don Ricardo Rojas en *Los gauchescos*. "Se equivoca Rojas cuando habla de la Pampa como el crisol de nuestra raza", expresa en *Alma popular* (nota de la pág. 107). "Crisol de nuestra raza es toda la República Argentina, el llano y la montaña, como también, fuente en función de medio

físico, de nuestra poesía." Y siempre convencido, esgrimiendo nuevos argumentos, vuelve sobre el tema en artículo reciente ("Función estética de la montaña en la literatura argentina") no ya circunscrito a las manifestaciones del arte y lirismo anónimos, sino a las obras y a los autores más calificados de nuestro regionalismo literario.

No es lícito poner en duda la autenticidad de una idea, — influjo espiritual de la montaña —, ni la verdad de un sentimiento — amor por el medio físico generador de aquella conciencia colectiva —, ya que tanto arraigo tienen y con tan probada constancia afloran a su literatura. Hasta sería imposible comprender al autor y valorar su obra si se pretendiese descuajarlo de la base telúrica en que reposa. En múltiples pasajes de sus libros exalta líricamente a la deidad tutelar, o sobre la cumbre montañosa se empuja para pronunciar de más cerca sus interrogaciones al infinito sidéreo. Escuchémoslo en este pasaje de *La montaña bárbara y misteriosa* en el que, ocupando un vértice del triángulo Hombre-Montaña-Infinito, escribe: "La piedra bruna, callada eternamente para la frágil criatura humana, ¿qué le indagará a ese espacio cuando hunde en él como una proa la arista que rompe los cristalinos aires? ¿Qué secreto incommunicable devela en la alta noche la peña aguda bajo el luminoso parpadeo de las estrellas? ¿Qué diálogo sostiene con las indecisas sombras del crepúsculo el pico rocoso, entre el apagado rumor de la tarde que muere? ¡Oh, pico basáltico, suspenso en los altos niveles de la tierra, tú cobras a mi vista un sentido humano: eres el eterno anhelo con que el hombre quiere ahondar en el corazón de las cosas para descubrir la primera razón de las razones todas!"

El culto de la montaña condúcele a soñar en una total identificación con el Todo, donde la partícula humana diluiría en el océano de lo eterno su inquieta individualidad pasajera. En Hamlet González, del cuento "Locura cósmica", personifica ese ensueño torturador y devorante que acaba desplomando la razón del héroe. "¡Quiero difundirme en el todo, sin necesidad de la muerte, — exclama Hamlet — por un soberano y supremo acto de voluntad!" Y más adelante, invocando a la tierra que pisa, en lo alto del cerro de sus devaneos, dice: "¡Quiero ser y desapare-

cer en tí como el perfume diluido en el océano atmosférico, como el grito difuso en la extensión inmensa! ¡Quiero diluirme en tí; dilatarme, sin abandonar la conciencia, en tí; morar en tí íntimamente, ser y pensar en tí!”

Tal identificación con las cosas y seres de la naturaleza, es como el *leit-motiv* de la literatura del autor. Su panteísmo — Dios en todo lo creado, o condición divina de la materia —, o monismo pansiquista, como él mismo lo define, se patentiza casi en cada página de sus libros. Pero son las grandes manifestaciones del mundo físico — léase el significativo capítulo “La montaña y el mar” —, y en particular las montañas nativas las generadoras de ese estado de cósmica religiosidad. Como todo espíritu verdaderamente superior siente el torcedor de la duda y la angustia del enorme misterio. Pero en vez de arribar al misticismo heterodoxo de un Unamuno, que es sed de un dios difícil de definir pero dios al fin, ve en la criatura humana nada más que un ínfimo polvillo de la vasta psique universal. Ventura Quinteros, protagonista de *La raza sufrida*, al declarar su amor a Alicia, en las sierras, exprésase así: “Nuestras almas son como dos endebles columnitas de un humo azul que se levantan de entre las peñas. Aquí siente uno la inmensa soledad, la soledad del Hombre en el Universo. ¡Cuán infinitamente débiles, temblorosos, indecisos, susceptibles de disolverse al menor viento, serían esos leves alientos azules si, siquiera, no se uniesen en su tímido ascenso...”

En otro lugar — tema “El éter desnudo” de *La partícula ilusionada* — se lee: “La cumbre tiene la virtud de hacer olvidar a la mente atraída por la infinita variedad de las cosas, el sentido de las relatividades humanas, pues sumerge el espíritu en el resplandor purísimo del espacio, donde no hay más que luminosa inmensidad.” Pero esta constatación que podría decirse de filosofía práctica — la cumbre favorece el estado contemplativo al que no alcanzan los rigores de la acción, que es dolor en su esencia, — cede pronto lugar a la pura especulación trascendente. En el éter desnudo “se lanza el alma, llena los valles claros, los rebosa y se derrama por sobre las cumbres al espacio, al ámbito abierto, libertada totalmente al fin, soberana y feliz. Palpita ella en el tiempo, ya desmayado en lo eterno, sin pasado y sin futuro,

continuamente presente y refundido en su unidad inalterable." El alma no es ahora sino una ínfima partícula del Todo infinito. La afirmación de fe panteísta es derivado forzoso: "Todo es uno. No hay más que la energía universal difundida diversamente, diseminada en varia forma. Alma y Universo son la misma cosa."

II

Como Benito Lynch en *Romance de un gaucho*, ofrece Quiroga en *La raza sufrida* su obra síntesis, vertebrada, compendio de su labor regionalista y a la vez exponente y cifra de anhelos que exceden el estricto marco literario. "Novela americana" la subtítulo, y no como mera apuntación de género. Resume la advertencia — que más explícitamente pudo decir: "novela americanista" — un amplio concepto político de inteligencia y colaboración, de concordia y reciprocidad de apoyo como normas a seguir por las naciones sudamericanas surgidas de la misma matriz libertaria. Propósito éste en que está también contenido el escritor, cuya inquietud mental rebasa con frecuencia los moldes del puro arte. Por eso escribimos de él, juzgando su exitosa obra anterior, *Cerro nativo*: "Carlos B. Quiroga es un escritor completo, de su tierra pero también de América y de la humanidad; poeta pero sociólogo cuando hay que serlo..."

La raza sufrida es libro regional por su contorno geográfico y la emoción terruñera, pero imbuído de nacionalismo, de argentinidad. Y aun más que eso. Escalada por segunda vez la Cordillera, el protagonista advierte, en tierra chilena, cuanta es la semejanza, identidad casi, de los montañeses de una y otra falda andina a quienes sólo leyes distintas separan ya que para sus almas recias la gran montaña no constituye barrera insalvable. "En las gentes — anota — el mismo espíritu cordillerano, resistente, aguantador: era la "raza sufrida" de uno y otro lado de la sierra madre." En ocasiones varias el autor alude, por boca de Quinteros, a la semejanza de ambos pueblos hermanos, capaz de generar amistad inalterable a poco que los recíprocos sentimientos de confianza y mutua ayuda fueran fomentados por los respectivos gobiernos. Cierta vez en Saujil, Justo Pedra-

za, hacendado y caudillo del lugar, gran amigo de Quinteros, dialoga con su huésped acerca del comercio cordillerano y las arrias de ganado a Chile. Como los dos interlocutores manejan con destreza ideas generales, tras de culpar a los poderes públicos del difícil y oneroso intercambio, llevan la conversación al tema americanista: "Los ideales de nuestros mayores han fracasado, exclama Pedraza. Y después agrega: "Sólo hay estados hispano-americanos egoístas, enemigos a veces hasta de sí mismos. No deberían de existir aduanas entre las naciones de Hispano-América." Tampoco falta la visión del cóndor emblemático: "El cóndor, en vuelo amplio y sereno, es la cruz de América. Es una cruz viril y alada que anhela espacio y clama libertad. La rebelión contra toda tiranía es su íntimo sentido, y la expansión del alma, en el espacio y en la vida, su prédica constante. Heraldo de un mundo nuevo, sugiere también nueva alma, nueva civilización."

Dijimos antes, que aun más que la raza sufrida, se perfila incontrastable, como evidencia de primer plano, el medio físico, la Cordillera andina. También las figuras, las más características y ricas de color, son las del medio cordillerano. Y, finalmente, la Cordillera plasma el alma del bandido Quipildor, y algo de la atracción de sus abismos parece haberse refugiado en la mirada seductora de su bien plantada masculinidad. Quipildor seduce a Alicia, la amada de Quinteros, y en la casi fatalidad del suceso hay mucho del influjo de misteriosas fuerzas naturales. ("Mujer que lo mira con cariño, está perdida. Donde la encuentra, le clava sus ojazos azules. Y la seduce, sin remedio."). Poco menos que contra su voluntad le amaba Alicia, pero la prestancia, el renombre donjuanesco y sobre todo la mirada del aventurero la subyugaban. Su innata debilidad de mujer se diluía en aquella fuerza, o la seguía llevando sobre los ojos velo de predestinación. Satélite era del rústico astro en quien las buenas gentes de cerros y poblados empezaban a ver al caudillo, al conductor. Considerábanlo desde ya un reivindicador de sus derechos, pues Quipildor no respetaba las leyes prohibicionistas o restrictivas de la caza que quitaban a los montañeses el ingente recurso de las pieles.

Y toda esa realidad física regional con sus tipos, paisajes, costumbres, hasta con su fauna y flora, va desfilando a través del

emotivo protagonista, vista por el prisma de su aguda sensibilidad. Quinteros es cual reflector que iluminara a su paso los distintos aspectos de la vida lugareña — recuérdese la descripción de la “minga”, de la riña de gallos, entre otras escenas de ambiente, — primero, y de la vida cordillerana, después. La acción novelesca es como halo que lo circundara; él es el dínamo, la energía movilizadora. Y, ciertamente, el eje. Pero tomemos en orden el asunto, comenzando por exponer el argumento.

Ventura Quinteros, hombre joven — 38 años —, intelectual agudo y algo neurasténico ha ido a pasar una temporada de campo en una villa catamarqueña: Fiambalá. El paisaje, de concentrada sequedad serrana, las personas y la primavera empiezan a conquistar su esquivo espíritu y acaba enamorándose de una linda criollita, Alicia, hija de la patrona — doña Petrona Cativa — en cuya casa se hospeda. No es amor, empero, lo que siente en ese momento inicial. Es más bien cobardía de hombre cansado por el ajetreo del mundo, que, sintiéndose un tanto gastado, padece la ilusión de todos los asténicos: creer en los milagros de lo que se estima vida nueva, matrimonio en este caso. Pero tal amor-debilidad vase modificando al correr de los días hasta convertirse en algo totalmente nuevo. Y desde acá arranca el influjo de la montaña, lo que un observador racionalista llamaría: el misticismo de la montaña. Nada de la brusquedad del milagro, sin embargo. Penetración suave pero potente, se la respira como natural efluvio en el ambiente de la región.

En estas villas recogidas al pie de la precordillera andina — Fiambalá, Saujil — flota una atmósfera de tácita aventura. Las gentes hablan de la Cordillera y de las mil proezas de que ha sido teatro. Sabe así Quinteros que “lo primero que aprende el hombre de Tinogasta es a resistir largos viajes a mula, a trepar montañas, a afrontar la Cordillera y a comerciar.” Y por sobre todo que: “aquí no es hombre el que no ha soportado una tempestad de nieve en la Cordillera de los Andes.” Ocurre algo muy semejante, en dispar elemento, a lo que Loti observa en *Pescador de Islandia*. En Paimpol y otros pueblos costeros de Bretaña todos siéntense marinos. Los niños crecen oyendo contar hazañas de pesca y antes de ser hombres son ya fuertes pescadores. ¿Cómo concebir un hombre — en la prístina acepción

del *vir* latino: macho, genitor por riqueza de reservas vitales — un hombre cabal, en fin, sin haber cumplido proezas en el mar? ¿Qué mujer se colgaría orgullosa de un brazo que nunca empuñó remos? ¿Quién le llamaría ufanamente camarada?

En *La raza sufrida* la cordillera ocupa el lugar del océano en *Pescador de Islandia*. Y Quinteros, acariciando primero la idea, acaba por resolverse. Sí, también él escalará la Cordillera para ser en todo digno de Alicia. Siéntese ahora aliviado de su mal crónico y considerablemente fuerte. Paladea, respira, absorbe por todos los poros esta vida que se le entra al alma en raudales de vigor. Su amor, transformado también, adquiere temple de verdadero amor: amor-fuerza, amor de hombre que se siente con energía para cobijar un nido bajo sus alas. (Y lo de alas queda bien acá pues la más fuerte de las aves, el cóndor, cerniéndose sobre el cielo de estas villas enseña que con alas y audacia es posible alcanzar la serena majestad de la altura). Desde ese momento el autor nos saca de los valles y acompañando a Quinteros terminamos por intimar con la enorme deidad pétrea y con sus esforzados hijos: la raza sufrida. Muchos días y aun muchas más emociones abren largo paréntesis entre los amantes, pero no es justo hablar de olvido. En la decisión de Ventura entraba por mucho cierta velada insinuación de Alicia, y en su viaje más largo, cuando ya se adentra en plena Cordillera, lo mueve un definido propósito comercial. Busca dinero y negocia en pieles para obtenerlo. Comprende que un pequeño capital le es indispensable para establecerse en Fiambalá, vale decir, para poder razonablemente, desposarse con Alicia.

El regreso fué el derrumbe. Quipildor que a fuer de instintivo era más certero psicólogo, no había perdido el tiempo. Al cabo de citas frecuentes llegó a dominar completamente a la muchacha, persuadiéndola a fugarse con él. Sugestionada, fascinada, la mujer lo seguiría dócil aunque consciente respecto a las consecuencias de su acción. Sabía que al obrar así alejándose para siempre de la felicidad mansa y duradera que Ventura le ofreciera, la primera y sin duda la única de su vida. Para Quinteros el suceso significó, naturalmente, el derrumbe, pero, hombre fuerte, no se dejó anonadar. Sus planes de amor se desba-

rataban, pero en algún sentido, el principal en último balance, salía beneficiado. Terminada la aventura cordillerana, equilibrados sus nervios y recuperada la salud, aun le restaba el pequeño capital ganado que emplearía en ulteriores empresas. Sorprende, eso sí, la fácil resignación al adverso sino amoroso, si bien en el primer momento el golpe lo conmovió hasta en las más íntimas fibras. Pero no olvidemos que en su amor había fuerte dosis de montaña y otra no menor dosis de literatura, ingredientes éstos susceptibles de desaparecer al solo cambio de clima... El razonamiento schopenhaueriano lo consoló pronto: "Mi "destino" me había engañado con un falso amor con el objeto de preparar mi personalidad para empresas dignas de ella." Nada tenía que hacer allí, en lo sucesivo. A Córdoba lo llamaban y siendo aquel su "medio" debía hacia él partir. Y como recuerdo a la buena vieja doña Petrona — Marcelina Orma de ésta, también ficción — que durante algún tiempo mirara como a propia madre, dejóle el extenso manuscrito conteniendo narrado el girón de vida que el actor mismo había ya incorporado al recuerdo.

Quiroga no corta en ningún momento el hilo de la intriga. Aunque con sinuosidades, hasta con trechos de subterráneo curso, la novela palpita siempre bajo la recamada descripción. En lo cual consiste, a nuestro entender, la habilidad y consiguiente triunfo del autor. Ha hecho un libro sobre la raza sufrida y la gran madre Cordillera diestramente injertado en una trama novelesca. Porque el fondo del cuadro y el máximo interés del autor lo constituyen la raza sufrida, no la ficción. El mismo título del libro lo prueba; como para que no caigamos en el grueso error de suponer que tal título se le haya escapado por inadvertencia... El propósito primario y a la vez cumplido de manera más perdurable, es la raza sufrida, no otro. ¿Pero cómo ensartar, conferir unidad, a las múltiples piezas en que se descompone para el observador tan variado panorama? Surgió de acá la idea de la novela. El hecho de ser la figura principal una transposición bastante fiel del autor, es un argumento más. Y si todavía eso no bastara, el tono y las características generales de la obra disipan cualquier duda respecto a la tesis que sostenemos. Quiroga escoge la forma de diario — el desuso de fe-

chas o de la cortada exposición de un Amiel o de una Bashkirtseff no bastan para negarlo — a fin de poder hablar por propia cuenta, y hasta los datos de introspección y la erudición que consigna, salvo indispensables variantes o discretos disfraces, trasuntan su auto-análisis, el suyo intransferible, y sus vinculaciones librescas. El todo visto, indudablemente, a través de un personalísimo temperamento.

Toda *La raza sufrida* es un sostenido y emotivo monólogo — internamente diálogo — que el escritor Carlos B. Quiroga musita y declama frente a la Cordillera andina. En el protagonista encarna al hombre, al creyente, al artista, al enamorado. En la montaña madre al dios — la diosa —, a la energía elemental y a la porción cósmica de que el hombre es aun más ínfima partícula. La fuerza pensante hace de la expresión instrumento para insinuarse en pos de los secretos de aquella gran mudéz. Viento de epopeya desmelenada algunos capítulos.

Pero se dirá ¿y la trama amorosa? ¿Son símbolos o superiores encarnaciones Ventura y Alicia? — Son seres reales. La trama amorosa es, precisamente, lo que el lector tiene por delante, el cuento que página a página lo va incitando a seguir. Y note cómo el autor, desde el comienzo y siempre, lo desvía hacia otra emoción, la gran emoción de la tierra, en cuya conmovida pintura su voz alcanza las más bien timbradas notas de sinceridad y de arte.

En cuanto a lo novelesco en sí no son pocos los aciertos. Caracteres estudiados u observados con prolijidad, dilatan su presencia orgánicamente, en natural y no contradictorio desenvolvimiento. Desdeña las truculencias de folletín, que buenos novelistas argentinos no siempre supieron orillar. El drama que amenaza — capítulo "Transfixión" — se resuelve en acto de voluntad, firme, que enfrena el destructor instinto. Quinteros no haría correr la sangre de Quipildor. Allá ellos, el bandido y su prenda, así el despecho lacerara su corazón. Seguro que en esos instantes de agonía para el enamorado, cuando en la noche siguiente a su regreso combinaban los arteros la huida, querría Quinteros hallarse bien lejos, en los ásperos roquedales, donde evocando su imagen "comprendía que a la distancia amaba más a Alicia que en su presencia." Y en tales momentos de naufragio

para sus ilusiones seguía amándola aún. Hay una situación reveladora que por contraste muestra hasta dónde el amor era motor de sus andanzas. Es la que sigue a la huída de Alicia con el bandido. Quinteros repasa la Cordillera y llega hasta Chile, pero ¡cuán otro el panorama que se ofrece ahora a su vista! Todo yerto, mustio, desolado. Ni la Cordillera ni los hombres le interesan más, y sin embargo, ante su vista se desenvuelve la misma cinta variada y policroma. “Creí — escribe — que la tierra libre y sola tendría para mí un eco amigable y un consuelo; pero ningún alivio brotó, para mi espíritu, de las interminables soledades... Y yo las cruzaba sin hablar por los ojos con el paisaje, como solía, sino en mudez de alma, en mudez de encantamiento, en mudez de regocijo, en mudez hasta de lágrimas.”

Ni el resquemor de la pasión defraudada, ni la sed de vengarse del usurpador estaban totalmente desarraigados en él. Volviendo de Chile tiene un momento de viril desesperación: es cuando deja al guía, que lo abandona apenado, y se lanza solo ante la inminente descarga del temporal. Su tumulto interno es tan grande que apenas repara en el trágico furor del viento blanco. Y allá va por las laderas y cuestas, azotado por las rachas, casi enceguecido por la nieve, sin más baqueano que la mula de seguro casco. He aquí sus palabras: “La nieve se espesa. El aire, es blanco; es una masa blanca, aventada por el huracán. El viento es blanco. Y blanco es mi infortunio. Blanca será (pienso) en breves minutos más, mi muerte, como son ahora mi desamparo, mi desolación: blancos.” Llega al fin a una casa de piedra, y ¡oh coincidencia! los fugitivos que busca se ocultan allí. ¿No son los de Quipildor esos dos ojos que fosforecen a la entrada? Con esfuerzo sumo empuña con la mano entumecida su revólver. Sobre la nieve sin mancha correrá la sangre aleve del bandido. Se vengará por fin. Pero le falta tiempo para hacer fuego. El par de ojos, con impulso de bolido, desaparece entre la nieve. Y recae Ventura a la realidad. Su imaginación le ha puesto por delante a Quipildor. Los ojos magnéticos no pertenecen al “dueño de los Andes”, son simplemente los de un zorro colorado que la tormenta ha hecho refugiarse en la casa de piedra. Esta escena en la que no se nombra a Quipildor, como lo

hemos hecho nosotros interpretándola, es por su calidad sintética y sugestiva, un trazo realmente feliz entre los muchos que cuenta el libro.

Detengámonos en Alicia. Que hay una línea psicológica inquebrantable en su carácter se comprueba en varios pasajes de la novela. Los homenajes de Quinteros la conmovían, la anegaban de agradecida ternura, pero por quien de veras latía su corazón era por Inocencio, sólo por él. Ceguera de amor, se dirá, pero lo cierto es eso: que el amor es ciego. Ha ocurrido un homicidio en los cerros, que Ventura, de vuelta de uno de sus primeros viajes, relata a la familia:

“Mientras anduvimos por la cumbre han muerto a Amafindo Chaile — refiere —.

Alicia palideció y con gran esfuerzo, contuvo su palabra. Dió tiempo a doña Petrona para que preguntase.

—¿Y quién lo ha muerto, señor?

—Tomás Pucheta.

Con disimulo observé a Alicia. Lanzó un pequeño suspiro de alivio.

—¿Usted creía — le dije no sin maldad — que era Quipildor el asesino?

El golpe fué certero. Le subió la sangre a la cara; y contestó titubeando:

—No... doctor... ¿por qué?... ¡Dios mío!

“Lo quiere, lo quiere” — pensé yo con despecho.”

Lo quería, efectivamente, como demostró al seguirlo.

Hemos insistido en la intriga amorosa para demostrar de qué modo, en los distintos capítulos del libro, el sentimiento de la tierra vase bordando sobre aquélla — suerte de cañamazo lírico —, y cómo el autor exhibe todos los matices de su pensamiento al exaltar la comarca montañesa, cuna y solar de su inspiración. Y repetimos, la raza sufrida y la montaña andina son los fuertes elementos de originalidad y vigor de la obra, pues aplicando estrictos cánones la novela no es, acaso, todo lo artísticamente construída que pudo ser. Pero a cambio de vigilada eurytmia ¡cuánta fuerza, color, relieve y verdad! Frescos, bajo-relieves, estatuas, bocetos, columnas truncas para mejor simbolizar. Hombres, animales, piedras, por plástica; nieve, nubes, luz

solar con los infinitos matices de la vegetación y las rocas, por color. El trazado, sucesivo, por episodios, es más de epopeya que de novela. Hay variedad y justa, inolvidable caracterización en muchos tipos. Quipildor es figura prócer de esta novela. "Épico símbolo de bandolero legendario de nuestra raza" lo llama con razón Salvador Rueda, en carta-crítica remitida al autor (reproducida por *La Prensa*). "Tal vigor emanaba de su persona — anota Quinteros, cierta vez que tropezara con él en los cerros — que la fuerte y hermosa mula que llevaba antojóseme humillada entre sus muslos". Figura de briosa concisión — Baroja no hubiera, tal vez, agotado sus posibilidades de aventura en media docena de volúmenes — recuerda otros felices tipos de hombres — símbolos del autor: Amadeo Granado de *Cerro nativo*; Don Creciente; Ramón, el Montaraz; la Rebeca, de *La montaña bárbara y misteriosa*. *La raza sufrida* resume una rica pinacoteca: los acordáis del viejecito Daniel Muñoz, uno de los más sabrosos episodios del libro; de Tadeo Chumbita y sus perros; del chinchillero Churpay; del puestero Cicharro, el de la casa sin techo; de los baqueanos Chanampa, Chamijo y el más sugestivo de todos los guías, el viejo Huaytima? Sorprende, en verdad, que alguna pluma diestra buceadora de valores, como la de Lugones, no haya puesto el índice consagradorio sobre esta pujante y argentinísima obra, que habrá que colocar desde ahora en el mismo anaquel que *Don Segundo Sombra* y *Martín Fierro*.

Nada falta dentro del vasto panorama montañés que abarca. Cada accidente del suelo está representado: la flora esmirriada que calcinan soleados arenales; las lagunas remansadas, como pensantes, al pie de los colosos de piedra; hombres y animales en fúnebre estatuaría de hielo; vuelo melancólico de parimas... También leyendas, con la parquedad que el autor acostumbra, figuran en su relato: tales, la de "la mula del muerto" y la leyenda del tesoro escondido.

En el capítulo "La ruda soledad" aparece, entre los filos rocosos, un pastor, un pastorcillo cordillerano de ovejas. "Tenía la cara quemada, inexpresiva, oscura, rasa de emoción, de fantasía y de pensamiento, como si por dentro no hubiese sino un retoño de alma. En sus ojos grandes, ingenuamente abiertos, no se veía ni el rastro de un dolor, ni mucho menos la sombra flo-

rida de un contento..." A este retrato tiernamente conmovido podría oponerse, como contraste, la energía cincelaria del boceto de Huaytíma que recuerda grandemente, por el acierto y firmeza de los rasgos, el Segundo Sombra de Güiraldes. Baqueano y augur — el pájaro "chocoy" advertíale los cambios de tiempo y la inminencia de las tempestades —, para él la Cordillera no tenía secretos: "Ostentaba dos colores al año el viejo Huaytíma. En verano era bronceado y en invierno netamente oscuro. Miraba desde muy adentro con unos ojos pequeños que atisbaban escondidos bajo la maraña blanca de las cejas... El sombrero aludo sujeto por un barbijo le cubría toda la frente y parecía, sobre la barba y el bigote desgredados, un guiñapo tendido al sol encima de un matorral. La nariz alta y recta semejaba uno de los filos regulares de los Andes, de laderas lisas, como figuras geométricas. Sus manazas recias como un bronce bruto parecían forjadas en el oficio de empuñar espacios y de sofrenar borrascas."

Carlos B. Quiroga es un pensador, y, paralelamente, un recio colorista; tal se muestra en este libro. Dejemos, ahora, de lado a Quinteros y no veamos en la obra sino al autor, al autor que vuelca incontenibles sus hondas emociones de la tierra. En la naturaleza catamarqueña, ante sus montañas, este hombre no es más un autor. Es una pasión, un amor, una inmensa llamada de afecto. Con sus descripciones prolijas de la Cordillera parece palpar cada tipo, acariciarlo con una ternura tan viril que no retrocede ni ante las lágrimas. Ama a su tierra, profundamente la ama, ¿cómo desconocerlo? Por eso no ha podido crear un personaje central que no fuera transposición de su mismo yo. Todos los que acaso imaginó le habrán parecido pálidos, descoloridos, indignos de su afecto. Intimamente no toleraba que otro hablara en primera persona; no podría ni sabría decir lo mucho, lo férvido en emoción e ideas que él guardaba en cerebro y corazón.

Por eso a *La raza sufrida* hay que ponerla en la misma serie de los vigorosos libros descriptivos del autor, en la de *Cerro nativo* y *La montaña bárbara y misteriosa*. Acá tenemos otra vez la montaña y el hombre, la montaña en figuración de deidad, de mito, hasta de persona. Obsérvese a Quipildor, ¿de dónde le vienen la entereza, la fuerza, el aplomo sin nociones

éticas y su dominador magnetismo? Le vienen de la montaña. Es la montaña hecha hombre. ¿Y Alicia? Alicia, aunque hija del valle forma parte también de la raza sufrida, de la raza que la montaña domina, ante quien tiembla y se siente subyugada. ¿Cómo extrañar que los ojos del bandolero anularan en ella todo intento de rebeldía, y que lo siguiera, ciega, aun sabiendo que la conducía al dolor o a la muerte? Raza sufrida, montaña dominadora y una conciencia culta que interroga los arcanos, mudos en la piedra, vocingleros pero sin idioma en los pájaros y en los vientos: tal es *La raza sufrida*, epopeya en prosa de la Cordillera, como también la ha llamado un crítico.

Completa el cuadro de nuestra mejor prosa narrativa del noroeste: con *Mis montañas* de J. V. González, *El país de la selva* de Rojas, *El viento blanco* y *Los buscadores de oro* de Dávalos, y pocos libros más. Pero aporta algo realmente nuevo como tema y realización: con *La raza sufrida*, el mayor accidente físico de nuestro suelo y de América, la Cordillera de los Andes, adquiere ciudadanía estética en la literatura argentina.

JUAN B. GONZÁLEZ.

EL HOMBRE A LA OFENSIVA

PARECE que el estudio dedicado por Ortega y Gasset a la psicología de los argentinos en el último número de *El Espectador*, no ha sido del agrado de la mayoría de mis compatriotas. He oído al respecto frases airadas y anuncios de venganza, que son desgraciadamente una nueva prueba de la poca firmeza de nuestra cultura.

Aquello me dió ganas de leerlo y no he encontrado en él, motivo alguno para indignarse. En ese su estilo, a veces oscuro por lo alambicado, Ortega hace un análisis de lo que ha creído ver, equivocándose a veces y dando en el clavo en otras. Y como él mismo lo dice: "No es fácil que un extraño acierte con los secretos de un terruño." Admite de antemano que puede equivocarse.

"No se ha ejecutado aún el más ligero intento de definir el alma argentina" afirma, ignorando sin duda lo que a ese respecto han escrito Sarmiento, Ingenieros o Bunge. De todos modos el alma argentina ha cambiado tanto en los últimos veinte años, que lo observado por estos autores no es hoy verdad y puede servir a lo más de antecedente retrospectivo. Y quienes la han hecho cambiar, han sido las nuevas generaciones posteriores al 90 y provenientes del torrente inmigratorio. Hay un abismo entre la Argentina del 900 y la de 1930.

Los filósofos extranjeros que nos han visitado, no salieron del círculo de oyentes de sus conferencias y creyeron que con tratar a éstos, ya conocían el pensar argentino. Están en esto profundamente equivocados. Ninguno de ellos se ha acercado al bajo pueblo de Buenos Aires o a su clase media, para conocer sus modalidades. Y ese es el gran depósito de donde van saliendo los individuos de las futuras minorías selectas. Conociendo el alma del bajo

pueblo, que no la oculta, no teniendo porque, hay grandes probabilidades de conocer también el alma de los que han salido ha poco de él y más duchos ya, saben disimular sus verdaderos sentimientos.

Como por otra parte, hoy es Buenos Aires quien dá la pauta de la vida material y espiritual en toda la República, aquí es donde debe estudiarse la psicología argentina, pues el avance porteño es arrollador y será entre muy poco la de todo el país. Día a día las provincias van perdiendo su personalidad, abdicando vergonzosamente de los atributos que las distinguían las unas de las otras. Se copia todo, en todo y por todo a Buenos Aires, desde el uniforme de sus agentes de policía hasta la arquitectura de sus casas y aquella deliciosa tonada provinciana que desde el correntino hasta el salteño escalaba todos los matices, se va perdiendo reemplazada por el hablar porteño, mechado con términos del "lunfardo" arrabalero. Así como en lo político, el federalismo ya no existe más que en el papel, pues las provincias han abdicado mansamente de su soberanía, así en la vida espiritual argentina, es Buenos Aires quien reina despóticamente sobre catorce provincias.

*

* *

Ahora bien; ¿a qué "argentino" se ha referido Ortega y Gasset? ¿al porteño? ¿al provinciano? ¿al de la ciudad o al del campo? ¿al del bajo pueblo o al de las clases cultas? ¿al de 20 años o al de 50? Lo cierto es que hay en la psicología de los enunciados, diferencias enormes que no permiten abarcarlos en una sola sentencia como lo ha hecho Ortega. La diferencia que él mismo indica ser necesario hacer, entre la psicología masculina y la femenina, debió aplicarla a cada uno de esos tipos sociales. ¿Y cómo es posible que hayan escapado a sus ojos de filósofo experto, los abismos que existen entre las clases que acabo de mencionar? Por otra parte, es verdad que en todos los países existen esas diferencias entre clases, regiones y generaciones, pero dificulto que en país alguno del mundo alcancen la intensidad que aquí tienen, ni que se sucedan los cambios con la misma rapidez.

*
* *

No me explico como Ortega y Gasset, puede haber visto en la Argentina al Estado omnipotente, un excesivo adelanto de la idea estatal, demasiado orden, el Estado absorbiendo todo el orden respirable y aplastando individuos y la valoración hipertrófica del Estado. Este sí que es yerro y de los más grandecitos.

Parece ser que es la abundancia de policía en Buenos Aires (1), la que ha originado en la mente del filósofo esta equivocada idea. Ante ese enorme despliegue de fuerzas Ortega y Gasset debió pensar que esa numerosa policía indicaba la existencia de un pueblo indisciplinado, que necesita lo dirijan *manu militari*. Y así no más es, pues de no haber tanta policía aquello sería un caos, por cuanto en cuestiones de tráfico o de orden público como en todo lo demás, cada porteño quiere ser siempre el primero, e imponer a los demás su voluntad o sea su comodidad.

Si hubiera ese respeto por la autoridad que existe en Europa, con la cuarta parte de policía tendríamos bastante, pero es que aquí — al contrario de lo que piensa Ortega — el Estado no infunde ni respeto ni temor y se le engaña o defrauda con desvergüenza sin igual (2).

Si Ortega hubiera visto el Estado-Providencia, sí que habría estado acertado, pues la mitad por lo menos de los argentinos, tienen el concepto de que el Estado debe ser una Sociedad de Beneficencia, que acuerde puestos bien rentados en razón de necesidades y no de capacidad. Además, se cumple bien poca cosa de lo que el Estado manda, unas veces por desidia y otras porque con comprar a los funcionarios encargados de la fiscalización, está todo arreglado (3).

(1) Conozco varias ciudades europeas y en ninguna parte he visto la cantidad de agentes de policía que existe en Buenos Aires. En Río de Janeiro, sin ir más lejos, hay que caminar mucho para encontrar un vigilante.

(2) Los desfalcos en la Administración son tan corrientes, que raro es el día en que en algún punto del país no se cometa uno. Y la impunidad es casi siempre el premio de estos delitos.

(3) ¿Habrá visto Ortega y Gasset esas rayas blancas en la Avenida de Mayo, trazadas para que los vehículos se detengan al llegar a ellas y den paso a los transeúntes ¿Ha visto el filósofo algún motorista que las

*

* *

“El argentino actual es un hombre a la defensiva, en constante peligro por la presión de apetitos en torno”, dice Ortega. Muy cierto, pero es raro que el filósofo español nos haya caracterizado por la acción pasiva, descuidando la activa que es la ofensiva.

Unos argentinos tienen que estar a la defensiva, no por placer, sino porque otros están a la ofensiva, sea por la fuerza des-
embozada o por la astucia disimulada.

Triste honor para nosotros, pero no creo que exista en el mundo ciudad con mayor cantidad de pillos que Buenos Aires. El refrán tan en boga: “El vivo vive del zonzo y el zonzo de su trabajo”, acusa un estado de ánimo colectivo, concretado en cantidad de hechos que demuestran su difusión.

El *chantage* es entre nosotros toda una institución. ¿A que en Europa no se ha visto nunca que a las puertas de un Banco respetable, se vocean diarios desconocidos, con gritos de esta laya: “Los escándalos del Banco X, sus depósitos en peligro?” En el Viejo Mundo, los directores de esas hojas irían *ipso facto* a la cárcel, aquí... el gerente del Banco se vé obligado a hacerlos pasar a su despacho y entregarles el precio de su silencio.

Ni en Europa, ni en los Estados Unidos, existe la cantidad enorme de comerciantes que hacen de la quiebra fraudulenta un medio de vida, tolerada por una legislación deficiente, al extremo que Buenos Aires con dos y medio millones de habitantes, tiene cuatro veces más quiebras que Londres con seis millones. En la Argentina no existen, ni existirán — en este siglo por lo menos — las sociedades anónimas de suscripción popular tan difundidas en Europa y E.E. UU., pues unos cuantos antecedentes de estafas bien organizadas han muerto un sistema tan útil de financiación.

Engañar al prójimo es para una buena parte de los porteños, no un acto censurable, sino una viveza digna de admiración. Dí-

respete o algún agente de policía que las haga respetar? Los ómnibus pasan haciendo un ruido infernal bajo las ventanas del despacho del Intendente Municipal, violando descaradamente la ordenanza que prescribe el amortiguador.

galo sino un cajero que defraudó en \$ 500.000 a la firma donde estaba empleado y que al ser trasladado a Buenos Aires, una vez preso por la policía, fué recibido en la estación del ferrocarril por una manifestación entusiasta a los gritos de: ¡Viva Rou-ra! (4).

Un escritor y periodista argentino, que ha revelado ser un observador sagaz, Roberto Arlt, se admiraba no hace mucho, de que en Río de Janeiro, se podía ver cada mañana en la puerta de cada casa, una botella de leche y un envoltorio de pan. "Pasaba gente humilde — dice — pasaban negros descalzos para su trabajo... y yo miraba perplejo... y nadie se alzaba con la botella de leche o el envoltorio de pan." Aquí, en la segunda ciudad latina, se habrían alzado unos con la botella de leche y el envoltorio de pan, otros los habrían destruido por el placer de hacer daño.

Otro caso de admiración para Arlt, es el de que en los tranvías de Río de Janeiro no se despachen boletos, no habiendo otra prueba de haber abonado el pasaje, que la buena fe del público. Aquí, en Buenos Aires, implante Vd. ese sistema... la mitad del público se aprovecharía de él para viajar gratis! Otro ejemplo, aunque de distinto carácter. En los cinematógrafos de Río, los puestos de acomodadores son desempeñados por mujeres, y asombrado Arlt, le pregunta a un amigo: "¿Y a estas muchachas no les pasa nada en la oscuridad?" "No — contesta el amigo — las veces que ocurrió algo fué cuando algún argentino les faltó al respeto." ¡*Tableau!*

*

* *

Ortega y Gasset aplica el calificativo de "áspera" a Buenos Aires, y éste es uno de sus aciertos. No sólo Buenos Aires es áspera, sino que el carácter porteño va siéndolo cada vez más

(4) Comentando esta manifestación de aprecio colectivo, decía el prestigioso diario *La Nación* del 9 de octubre 1928: "Se está asistiendo a un espectáculo desconcertante. El autor confeso de una sustracción considerable de dinero, con todas las agravantes de la premeditación y el abuso de confianza, se exhibe ufano ante el público, una parte del cual parece alentarle con el calor de una adhesión que define un extraño estado de conciencia colectiva. ¿Por qué esa simpatía hacia el delincuente? ¿A qué se debe el deseo de que quede impune el grave delito que ha cometido?"

y esto se aprecia comparando el carácter de nuestro pueblo con el europeo.

En mi reciente viaje a Europa, he quedado admirado de la cordialidad que reina allí entre las gentes, especialmente en España. Allí no hay defensiva, no habiendo ofensiva. La afabilidad, la simpatía en el trato, el deseo de ser útil o agradable al prójimo encantan al argentino, acostumbrado a la grosería del pueblo porteño.

No es pues extraño que le haya llamado la atención a Ortega y Gasset la guaranguería porteña y su definición es justa: "el guarango fingirá tácitamente no reconocer miramientos, ni distancias, ni rangos, ni reglas de trato." Y eso que me sospecho que el filósofo español no ha asistido a un partido de fútbol (5), o presenciado el regreso de los *pic-nics* dominicales o viajado en ómnibus, pues entonces ¿qué habría dicho de nosotros, ante no ya la grosería, sino la brutalidad porteña?

*

* *

Una parte de los argentinos tiene que estar a la defensiva, por cuanto la otra parte pretende imponerse por la fuerza.

La violencia para imponerse, es cosa que en los últimos años ha tomado en todos los órdenes caracteres temibles. La cantidad de gente que anda armada en la Argentina, es algo que asombraría en Europa o Estados Unidos, y así se explica que la crónica roja de nuestra prensa, alcance un volumen desconocido en otros países.

La portación de armas llega a extremos inconcebibles para una mentalidad europea. Recientemente, en el Concejo Deliberante de la ciudad de San Martín, suburbio de Buenos Aires, un concejal pide la palabra, pone el revólver sobre su pupitre y hace moción para que los demás concejales se desarmen igualmente! En Europa, un político que hiciera esto, quedaría descalificado para toda la vida; aquí... eso ya no llama la atención de nadie.

(5) El Jefe de policía de Rosario acaba de prohibir la venta de bebidas envasadas en los locales destinados al fútbol, aduciendo "que los envases son usados posteriormente por los consumidores como armas o proyectiles para agredir a los jugadores o golpearse entre ellos mismos."

Otro caso. Hace pocos días, un alumno reprobado en un examen de medicina, dispara dos balazos sobre uno de los profesores al conocer su calificación. ¿Qué pensar de un estudiante que concurre armado a una prueba de suficiencia? (6).

En el campo obrero las huelgas se solucionan a tiros o bombas; los obreros que quieren trabajar son cazados como bestias salvajes y ultimados a balazos, y la tiranía sindical llega a extremos semejantes a la de Barcelona, cuando el Sindicato Unico. Y esto a la vista y paciencia de un Estado que cierra los ojos para no ver, pues todos estos criminales son futuros votantes que hay que cuidar.

*

* *

Lo que caracteriza a la masa porteña de hoy es una absoluta falta de respeto por los derechos ajenos. Por esto cada uno se cuida de sí propio sin importársele un ardite de lesionar los derechos del prójimo. Y esto se ve en una cantidad de hechos, al parecer nimios, pero que son el exponente de la mentalidad de un pueblo. Es el último llegado que se coloca en primera fila en la boletería del teatro; es el chófer que pasa a escape con su auto sobre un charco de agua inundando de barro al transeúnte; es el pegador de carteles que ensucia todos los frentes de las casas. Cada uno busca su propia comodidad, los demás que reventen!

Hay, además, entre nosotros, una gran cantidad de envenenados o anormales que gozan con el daño que pueden hacer, sienten el placer del daño, sin que éste les reporte beneficio al-

(6) Sobre este drama escribía lo siguiente *La Razón* de fecha 13 de Abril último: "¿Quién no lleva en tierra argentina, como en tierras del Far West su revólver? Es regla. Un hombre sin revólver empieza a ser entre nosotros, como una mujer sin *rouge*. Lo puede adquirir un niño o un criminal con la misma facilidad con que se adquiere la cantidad de cienuro necesaria para matar a un regimiento. Y como con el revólver se va a todas partes, lo mismo al baile, que al foot-ball, a la Cámara o a la exposición de pintura, no nos extraña que este alumno reprobado fuera al examen llevando en el bolsillo el instrumento de su delito."

Otra consecuencia inesperada ha tenido el drama y ha sido el retiro de un distinguido profesor español contratado por la Universidad de Córdoba para dictar la cátedra de Anatomía. Se dice que el profesional español ha manifestado "que no estaba dispuesto a enseñar a bárbaros."

guno. Son los que destruyen los asientos de los coches de ferrocarril o tranvías a tajos de cortaplumas; son los que echan un fósforo prendido dentro de los buzones para que se quemé la correspondencia; son los que destruyen a tiros de revólver los carteles o faroles indicadores en las rutas de campaña. Sería un error atribuir a una ascendencia india estos hechos, pues en las provincias donde la inmigración todavía no ha penetrado, estos actos de salvajismo son desconocidos. Son exclusivos de la descendencia inmigratoria que se complace en este *sabotage* social con una perversidad desconocida para la Europa de donde vinieron sus abuelos.

El criollo es mil veces más respetuoso de los derechos ajenos que el hijo del inmigrante y es incapaz de la perversidad refinada de este último. Entre el argentino de ascendencia hispánica colonial y el argentino de reciente origen inmigratorio, hay un mundo moral de por medio. El primero es muy semejante al español, es holgazán, desinteresado, hospitalario, despreocupado, franco y respetuoso de las jerarquías. El otro es su antítesis.

*
* *

“¿Era menester tan largo y difícil rodeo para acabar en el descubrimiento de que el argentino es un hombre egoísta?” dice Ortega. Pues claro que lo es, y en grado superlativo, y esto explica su falta de respeto por los derechos ajenos y su propensión a imponerse por la violencia.

No sé si será por endulzar la medicina, que el filósofo dice que el egoísta es un hombre sin ideal, y sin embargo el argentino es un frenético idealista, “tiene puesta su vida a una cosa que no es él mismo, a un ideal, a la idea o ideal que él mismo tiene de sí mismo.” Esto confieso que no lo entiendo, pero sí sé que el porteño-masa tiene un ideal que es él mismo, ante todo y contra todos. Gozar más, aunque los demás perezcan: ese es su único ideal. Y a esto, ni yo ni nadie aquí, creo que se atrevería a calificarlo de idealismo.

Me resulta sencillamente cómico, ver a la mayoría de nuestros escritores disparar flechas envenenadas sobre los norteamericanos, enrostrándoles su materialismo. Pero estos escritores,

¿dónde tienen los ojos? ¿Es que no ven que nosotros, los argentinos, batimos todos los records en ese campo?

¿Dónde está aquí la beneficencia a cargo del público como en los EE. UU.? ¿Dónde está la obra social de nuestros ricos? ¿Dónde están los museos de arte, los espléndidos "auditorium" que se encuentran en los EE. UU. hasta en ciudades de 50.000 habitantes? Norte América tiene 800.000 estudiantes "voluntarios" de latín y griego, y por la proporción de población deberíamos tener nosotros 50.000, siendo que no llegan a 500! (7).

¿Cuándo como en los EE. UU. se venderían en un año ediciones populares de *La introducción a la filosofía de Kant* de 24.000 ejemplares o 39.000 de *La introducción a la filosofía de Platón* (8). Proporciones guardadas deberían venderse en la Argentina 2.000 y 3.500, respectivamente, y seguro estoy que en el mejor de los casos no se llegaría a dos centenares.

*
* *

Las nuevas generaciones de origen inmigratorio se caracterizan por falta de respeto por todo lo respetable, es la generación de las "irreverencias despiadadas", como dijera un reformista universitario, y con el idealismo en la boca van haciendo brutalmente a un lado a todos los que puedan estorbarles su camino hacia el bienestar material. Y para inutilizar al estorbo todos los medios son buenos.

El padre inmigrante no ocultaba que su ambición era la de hacer dinero, salir de la miseria que en Europa le perseguía como atroz pesadilla. Unos pocos lo consiguieron ampliamente, otros alcanzaron un modesto pasar y los menos siguieron tan pobres como antes. El hijo heredó esa ambición desenfrenada de sus padres, pero más educado que sus progenitores, pensó que para "hacer la América" había muchos medios, unos más

(7) Dice el distinguido pensador español don Américo Castro: "Los Estados Unidos no han dejado nunca de cultivar esas técnicas que desdibujan los países del Sur. Las humanidades, que en el Brasil o en Méjico se desestiman como antigualla eclesiástica, son objeto de amoroso cuidado por parte de los estado unidenses. Suplemento de *La Nación*, 16 de febrero 1930.

(8) *Mercure de France*, 15 de febrero 1930.

difíciles que otros. Y son muchos los que eligen el camino más corto, aquel sembrado de menores escrúpulos, comprendiendo también que es necesario disimular su ambición de riqueza bajo un ropaje desinteresado. Por esto es, que aquí en la Argentina se presencian asaltos organizados de posiciones, al son de las más puras marchas idealistas, con un cinismo que en Europa provocaría una tempestad de reprobación, mientras que aquí nadie repara en ello por ser frecuente.

Y ha de ser grato a Ortega y Gasset, el saber que es en la descendencia de la inmigración hispánica donde se observa ese espíritu utilitario con menor intensidad o donde siquiera menos se cubre de ropaje idealista.

El filósofo español no ha podido menos de ver que el egoísmo argentino provenía de las masas inmigratorias. "Miles y miles de hombres nuevos llegan a su costa atlántica sin otro contenido que un feroz apetito individual... es un ser abstracto que ha reducido su personalidad a la exclusiva mira de hacer fortuna... esta exorbitación del apetito económico es característica e inevitable en todo pueblo nutrido por el torrente inmigratorio."

Pero ¿por qué los E.E. UU., a pesar de su enorme masa inmigratoria no son tan materialistas como nosotros? ¿Por qué el yanqui es mucho menos egoísta que el argentino? El yanqui será egoísta para ganar dinero, pero es altruista para gastarlo. Cuando ha llegado a la fortuna distribuye con generosidad sus excedentes en obras de utilidad social. En cambio, el argentino que llega al bienestar, sigue siendo tan egoísta como antes, es decir, que somos doblemente egoístas, para ganar el dinero y para gastarlo.

El argentino que se ha enriquecido o que ha nacido rico, no piensa más que en gozar de su fortuna, él solo y los suyos. Ni asilos, ni hospitales, ni universidades, ni becas, ni escuelas, conocen la generosidad de nuestros ricos, que sólo están ocupados en agotar todos los placeres imaginables. Ni siquiera nuestro rico es capaz, no digo de dar dinero, sino de dar algo de su persona o de su tiempo para obras desinteresadas, y por esto es que las asociaciones científicas o culturales viven de una vida anémica, pues en sus reuniones, cuando se tratan asuntos de interés general, casi nadie asiste a ellas.

*
* *

Más de una vez he elogiado lo que la Argentina debe a la inmigración en el orden material y espiritual, y que es justo reconocerle, pero forzoso es convenir también que nos ha traído un egoísmo y una amoralidad sorprendentes.

Bien ha visto Ortega y Gasset que el progreso argentino no tiene por causa la riqueza del suelo, sino la ambición de sus habitantes. Y no hay duda de que la Argentina será cada vez más fuerte y más rica, su progreso material crecerá y el espiritual también, pero yo quisiera que el argentino del futuro pensara un poco menos en sí mismo y algo más en los demás. Al progreso material y espiritual quisiera yo que también correspondiera un progreso moral. ¿Será mucho pedir?

EMILIO A. CONI.

Buenos Aires, abril de 1930.

POESIAS

Trasatlántico.

(Anoche, 2 de la madrugada).

LEGABA *un frío de adioses*
de la noche de los puertos.
Aires vírgenes llevaban
a enterrar planetas muertos.

Y yo en el puente alto,
en el puente de mando,
sin mando,
quieta,
inquieta
—creo que el mar tenía
el alma violeta—

Y yo en el puente alto
del trasatlántico.

(No me conocía nadie).

Malva y Rosa.

DE *este sueño malva y rosa*
que sueña el agua del río,
se van rosando en la tarde
las velas de mi navío.

*De las lejanías vengo.
Cruzo frente al espigón.
Una canción marinera
se rosa en mi corazón...*

*Atardecer. En el Plata.
Sueño, frente a la ciudad.
Izadas llevo las velas,
velas de mi soledad...*

*Y se me van con el día
—no se adónde se me irán—
las luces de mi alegría.*

Al nacer cada mañana.

AL nacer cada mañana,
me pongo un corazón nuevo
que me entra por la ventana.
Un arcángel me lo trae
engarzado en una espada,
entre lluvias de luceros
y de rosas incendiadas
y de peces voladores,
de cristal, picos y alas.

*Me prendo mi corazón
nuevo de cada mañana
y al arcángel doy el viejo
en una carta lacrada.*

CONCHA MÉNDEZ.

FERNANDO COLON, EL P. LAS CASAS, UN SEÑOR CADDEO Y YO

VIVE en Italia — ignoro si en la montaña o junto al mar — un señor Rinaldo Caddeo, que suele emplear sus ocios en tareas editoriales, y en una que otra tentativa de penetración intrascendente en el campo del americanismo (1). El señor Caddeo es un espíritu descuidado y bonancible, cuyo razonamiento, sin complicaciones, tiene la encantadora simplicidad de la primera de las tablas pitagóricas: *¡uno por uno, es uno...!*. Y como tal, y porque es simple y diáfano, el señor Caddeo huye de toda cavilosidad. Gusta del sueño tranquilo y de las digestiones apacibles, y tiene horror a discutir lo consagrado. Si hasta ahora se ha venido creyendo eso ¿a qué vamos a inquietarnos hurgando en ciertas afirmaciones historiográficas que tienen siglos de estabilidad? Nó, no es prudente discutir, ni discriminar, ni ejercitar la duda metódica. Hay que tomar las cosas como vienen, porque cuantos no lo hacen y se echan al mar embravecido de las disquisiciones críticas, sólo cosechan enemistades agrias, siendo incuestionable que lo único que alcanzan es el peligro cierto de un derrame cerebral. Por eso, pues, no hay que complicarse la vida. Así se la vive en comodidad segura y sin mayores riesgos. Con tal modo de ver, claro resulta que el señor Caddeo, al editar los textos a que me he referido, con notas e ilustraciones, se avenga a lo tradicional y se resista a la incorporación de cualquiera de las más serias conquistas de la pesquisa erudita, cuando ellas modifican lo tenido por clásico. Cada vez que tropieza con esos *atrevimientos*, salta por sobre ellos,

(1) El señor Caddeo es una especie de *enfant gâté* de la casa "Alpes" de Milán y el comentador obligado de los textos clásicos, nuevamente dados a luz, y relacionados con la historia de la geografía.

despreciándolos: no quiere dificultar su digestión ni inquietar su sueño de la tarde. Y tal era su invariable modo de ver las cosas, cuando preparó la nueva edición de *Le Historie della vita e dei fatti di Cristoforo Colombo*, libro aparecido por primera vez en 1571, como obra de Fernando Colón, y cuyo texto italiano era ya una rareza bibliográfica (2). Al realizar este empeño, el señor Caddeo se ha hecho acreedor al agradecimiento de los americanistas; pero, también, a una justa censura. Ya se verá por qué.

Al tiempo que apareció la edición de *Le Historie*, en Milán, en enero de este año — 1930 — comenzaba a circular en Italia mi comunicación preliminar: *La supercheria en la historia del descubrimiento de América*, impresa en Buenos Aires en noviembre de 1929, y como por lo que allí se dice, es evidente que su trabajo queda un poco al descubierto, el bueno y pacífico Caddeo acaba de alborotarse. ¡Le he interrumpido el sueño, y a una hora cenestésica! Y ha resuelto no perdonármelo. Gruñendo su enfado de hombre a quien los ruidos molestos obligan a abandonar una siesta que se le brindaba tibia y placentera, véolo salir, con la cabeza desgreñada y los puños en alto, rugiendo palabrotas desde el fondo de un periódico genovés. Me lo imagino coloradote y obeso, a medio vestir, y apretando los maxilares de puro disgusto. La publicación se llama *Le opere e i giorni*, y el número en que sopla el vendaval de marras, corresponde al 1º de marzo de 1930 (págs. 47 a 56). ¡Hay que leer aquello! A mis pruebas opone palabras, y como no es propiamente un hispanista, cree pillarme en la ignorancia del verdadero valor de algunos términos que empleo. Tal, por ejemplo, en el caso (pág. 15 de mi *comunicación*) donde, para dar idea concreta del tipo de trabajo que realizo, digo que cuanto tengo hecho con el libro de Fernando, constituye un *verdadero análisis histológico*. Cualquiera que no sea Caddeo, advierte el sentido metafórico de la expresión. Sin embargo mi hombre, enfadado como está, se me despacha con una lección de dómine. Y me enseña que en mate-

(2) El texto español de González Barcia es pésimo, pues hay capítulos enteros que no son una traducción sino una mala síntesis del original.

ria historiográfica no se hace histología, sino diplomática, paleografía, etc. El magister, pues, se desahoga. Por eso lo miro sonriente y sigo. Pero no me alejo mucho, porque a poco de andar por el pintoresco engendro, tropiezo con actitudes que me obligan, no por el señor Caddeo, sino por la Universidad de La Plata que acogió mi trabajo, a señalar las falacias de sus afirmaciones. Y como no quiero imitarlo en su destemplada actitud antiacadémica, voy a presentar, objetivamente, ambos alegatos: el de mi contradictor y el mío. Antes de hacerlo, sin embargo, quiero advertir a los desprevenidos sobre el tono de socarronería protectora con que el señor Caddeo se despacha. Parece ser éste uno de aquellos europeos que nos imaginan a todos los americanos del sur, armados de lanza y vestidos de plumas. El señor Caddeo ignora que hace rato que hemos llegado a la mayoría de edad, que pisamos fuerte en muchísimos sectores de la cultura y que, en materia de historia propia, por ejemplo, estamos bastante por encima de los que aún viven la ilusión de creerse maestros. El *professore americano* de que el señor Caddeo intenta en vano mofarse, se vá a permitir documentarle que esos diez y siete años que ha empleado en hurgar en las fuentes colombinas, no han sido tan estériles como él sospecha, y que la *scoperta* de la que sonríe, ha de valer, por lo menos, en cuanto a la evidencia de que el más flamante de los editores de Fernando Colón, presuntuosamente desconoce lo que sabe cualquier alumno mediano de nuestros cursos secundarios.

Y paso a documentar todos estos asertos.

I

El señor Caddeo inicia su tirada con cierto secreto agravio que deja entrever: yo no cito su reedición de *Le Historie*. Y voy a explicar por qué. Me cuesta poco esfuerzo. No la he citado porque mi comunicación, escrita en setiembre de 1929, se imprimió en el mes de noviembre y los dos volúmenes que ha anotado el señor Caddeo, aparecieron en enero de 1930 y llegaron a Buenos Aires veinte días después. Como se vé, — y el señor Caddeo que es un espíritu simple lo comprenderá — yo no podía conocer.

en noviembre de 1929, lo que apareció en enero de 1930 (3). El asunto en sí poco valdría, si el señor Caddeo no pareciera deducir cosas insospechadas de mi ignorancia de *su obra*, para hablar de la cual pide excusas a los lectores de *Le opere e i giorni*. Pero resulta que, al fin de cuentas, el señor Caddeo no es autor de nada serio en materia colombina, pues hasta su edición del libro de Fernando, con ser una cosa plausible, según ya lo he reconocido, carece de toda significación desde el punto de vista de las acotaciones que le ha puesto el editor. Pronto se verá como éste no ha sido en balde diagnosticado por mí como un espíritu simple y descuidado.

Después de su desahogo inicial, en el que, luego de autocitarse el señor Caddeo trata de advertir a sus lectores que *un professore americano* se acaba de dar un chasco sin disculpas, creyéndose descubridor de cosas viejas y por demás sabidas, el eminente magister avócase el estudio de las cuestiones que he planteado en mi comunicación preliminar: *La supercheria en la historia del descubrimiento de América*. Y se resuelve con algo que, ingenuamente, antójasole una estocada hábil del género regocijante que los italianos llaman: *prendere in giro*. Y regocijándose a sus anchas, se florea con este párrafo que tiene todo el alcance de un subrayado doctoral con lápiz rojo:

—“*Il primo di questi documenti* — alude a los que yo nombro en mi comunicación — *che il Carbia sospetta e condanna è “la carta llamada de 1498”, conservata in copia “de puño y letra del P. fray Bartolomé de las Casas, que tiene muchas irregularidades sorprendentes.” In primo luogo osserveremo che “la carta” del 1498... sono due e non una, ed entrambe sono relative al terzo viaggio di Colombo et entrambe trascritte dal Las Casas.*”

Pues bien: esta supuesta estocada no denuncia, propiamente, una ática picardía en el señor Caddeo, como él secretamente su-

(3) Lo dice él mismo al comenzar el párrafo segundo de su “studio”: “*Sui primi dello scorso gennaio io pubblicavo, in due volumi della collezione “Viaggi e Scoperte di Navigatori ed Esploratori Italiani”, della milanese casa editrice “Alpes”, le “Historie della vita e dei fatti di Cristoforo Colombo”, etc.*”

pone, sino que documenta su auténtica ignorancia. Porque es el caso que la carta es *una* contra lo que él afirma. Basta tomar el volumen II de la I parte de la *Raccolta* para comprobarlo. Allí se insertan, es verdad, los documentos de 1498, referentes al tercer viaje de Colón, y son: una *hystoria*, a la que precede la carta de que me he ocupado en mi trabajo, y que se conserva manuscrita de puño y letra de Las Casas, y un relato de los sucesos de ese viaje, que los colectores de la *Raccolta*, según lo dicen en la pág. 1 de dicho tomo, han entresacado de la *Historia de las Indias* del P. Las Casas, publicada en 1875, y donde no hay ninguna carta-relación colombina íntegra, y sólo trozos de ciertas epístolas — entre ellas, precisamente, la misma de 1498 de que me ocupó — todas las cuales aparecen con el texto alterado, cosa que es de fácil verificación. Los colectores declaran, a tal respecto y para que no se dude: “*noi lo abbiamo estratto dalla "Historia."*” ¿A qué decir, después de esto, que el señor Caddeo no se maneja con comodidad en materia de erudición colombina y que quien mejor puede *prendere in giro* este asunto no es cabalmente él? (4). Pero, continúo. Después de este tropezón, doblemente grave en mérito a que lo ha dado por afán de zaherir, el señor Caddeo entra a teorizar en materia de interpretación documental. En mi trabajo he dicho que la nombrada carta de 1498, de la cual sólo se conoce una copia hecha personalmente por Las Casas, contiene un párrafo que es una clara respuesta a la afirmación que Oviedo hizo en 1535, acerca de que, a su juicio, Colón, en su viaje de 1492, sólo habría redescubierto tierras ya poseídas por los reyes castellanos en épocas muy remotas. Y he demostrado que, esto delante, no puede lógicamente admitirse que en 1498 fuera dado a Colón contestar a un reparo que a su gloria le formularan en 1535. El texto discutido dice así:

—“*Ni valia decir que yo nunca habia leído que Príncipes de Castilla jamás hobiesen ganado tierra fuera della y que esta de*

(4) En mi trabajo digo, (pág. 7), de qué carta de 1498 se trata. Y, por si le apetece al señor Caddeo saber más, agregaré que hay otras tres cartas datadas en 1498, dos en el Archivo de Indias y una incorporada al texto de la *Historia* de Las Casas. (*Raccolta*, I, vol. I, págs. 297, 298 y 299). Pero en ninguna de ellas Colón habla del asunto a que se refiere la que he señalado como apócrifa.

acá es otro mundo en que se trabajaron romanos y Alexandre y griegos, para la haber, con grandes ejercicios. (5).

Cualquiera advierte en este trozo dos cosas: primero que quien escribe trata de demostrar el error de cierta afirmación contraria (6), y segundo que Colón, en 1498, no podía hablar de otro mundo, porque es harto sabido que murió ignorando que él era realmente descubridor de un continente distinto del asiático. Esto a pesar, el señor Caddeo se empeña en señalar la falacia de mi aserto y recurre a una pintoresca exégesis de los textos de Colón y Las Casas, para concluir afirmando que no he alcanzado el contenido de los documentos que cito, pues, en definitiva, lo único que hay en cuanto a Oviedo, es que *volle affermare che l'isola leggendaria alla quale nella notte dei tempi sarebberò approdati i Cartaginesi e i sudditi di un mitico re Espero fosse o la Spagnuola o Cuba.*

Y bien: basta leer a Oviedo con el necesario dominio del idioma en que escribió — cosa que es indispensable — para caer en cuenta de que el señor Caddeo no sabe lo que se pesca. A fin de probárselo voy a usar de ese mismo texto de *Le Historie* que él acaba de echar a los vientos, y del que parece que presume como de su belleza las niñas que se saben agraciadas. Abro el tomo I y me detengo en la pág. 80. Allí se lee: *Capitolo X. Si dimostra esser falso che gli Spagnuoli avessero anticamente il Dominio dell'India, secondo che Consalvo d'Oviedo si*

(5) Unas líneas atrás me he referido a las alteraciones que ofrecen los textos de las epístolas de Colón, en la transcripción de ellas que hace Las Casas en su *Historia*, y que insertan los colectores de la *Raccolta* en aquel extracto que el señor Caddeo ha confundido con una carta. Pues bien: cotejense las palabras transcriptas y que están tomadas de un documento de puño y letra de Las Casas, con este otro que figura en el tomo II. pág. 255 de su *Historia*, y que dice así: ...y que ningún Príncipe de Castilla se halla, o yo no he hallado por escrito ni por palabra, que haya ganado jamás tierra fuera de España. y Vuestras Altezas ganaron estas tierras que son otro mundo, y adonde habrá cristiandad, etc. El cotejo puede seguirse con todo el documento, y se advertirá que se trata de dos cosas iguales, desfiguradas intencionadamente. Todo lo cual prueba, en mi favor, que Las Casas teja y desteja textos a paladar, y según las conveniencias de cada caso.

(6) Oviedo, libro II, cap. III, dice que las tierras que descubrió, Colón *hallólas escritas*, agregando respecto de ellas: *no dudo averse sabido y poseydo antiguamente* por los reyes de España.

sforza di provar nelle sue istorie. Y luego, entrando en la lectura, doy con este párrafo: "Se quel c'habbiamo detto di sopra di tante Isole e terre imaginate da persone che furono quasi a nostri di consta esser favola e vanità, quanto più si dovrà stimar falso quello che Consalvo Fernandez di Oviedo nel terzo Capitolo della sua naturale istoria delle Indie s'imagina? A cui par con certo suo insogno ch'ei recita aver pienamente provato che già fu un altro autore di questa navigazione dell'Occidente, e che gli Spagnoli ebbero il dominio di quelle terre: adducendo per prova del suo proposito quel che Aristotele disse dell'isola di Atlante. e Seboso delle Esperedi. Il che egli asserisce, secondo il giudizio di alcuni i cui scritti abbiamo ben pesati ed esaminati, così senza ragione e fondamento che io avrei passato in silenzio il discorso di ciò, per non riprendere alcuno nè esser fastidioso a' lettori, s'io non avessi considerato che alcuni, per scemar l'onore e la gloria dell'Ammiraglio, fanno grande stima e capitale di cotai fantasie: e appresso acciocchè, nel voler dimostrar con ogni verità tutti gl'indicii e le autorità che mossero l'Ammiraglio a far questa impresa, non paia ch'io non soddisfaccia a quel di che son debitore, lasciando viva cotal bugia, la quale io só essere falsissima."

¿Cómo interpreta el señor Caddeo todo esto? No tengo para qué aguardar su respuesta, pues él la tiene dada ya en la nota 1 de la pág. 80 del tomo I de *Le Historie*. Allí ha escrito: "*Nella sua Historia, II, III, l'Oviedo appare convinto che le terre delle Indie erano semplicemente dimenticate...* etc.

No hay para qué continuar. Mi afirmación de que la carta de 1498 contiene un párrafo dirigido a Oviedo, que escribió en 1535, no ha sido destruída por el señor Caddeo, y está en pie, lozana y fuerte. Dije que antes de 1498 nadie había objetado a Colón la prioridad del hallazgo, y advertí que mal podía, entonces, el Almirante responder a ese reparo lanzado contra su gloria. Y lo que dije queda como lo dije. Para rebatirme el señor Caddeo ha querido negar que la intención de Oviedo fuera la que señalé, y le acabo de contestar con el texto mismo del libro que él ha reeditado, y hasta con sus propias palabras de anotador. No se necesita, pues, nada más concluyente.

II

El segundo documento, donde se hace referencia a la génesis del proyecto que remató en el hallazgo de 1492, es una carta que se halla incorporada al *Libro de las Profecías*. A tal respecto he dicho (págs. 9 y 10 de mi comunicación), que la imputación de fraude que le hago, descansa en que está visiblemente interpolada en el libro, que tiene retoques autógrafos de puño y letra de Las Casas, que no figura en el inventario que del conjunto documental en que se halla hizo Fernando Colón, y que es *de tinta, letra y papel diferentes a los empleados* en las otras piezas que, con ella, componen el célebre códice.

Ahora bien: el señor Caddeo no toma en cuenta, para nada, todo esto y me atribuye, en cambio, una peregrina afirmación. Yo, según él, (págs. 50 y 51), he tratado de demoler el *Libro de las Profecías*, porque tiene interpolaciones autógrafas de Las Casas. Y aquí ya protesto en serio. Porque una de dos: o el señor Caddeo no sabe castellano, y no sabiéndolo hace mal en meterse a americanista, o es un hombre de mala fe, y en tal caso sólo se hace acreedor a mi desprecio. Está a la vista que lo que reputo apócrifo es una carta que se encuentra interpolada en el *Libro de las Profecías*, pero nó el libro mismo. Lo que el señor Caddeo debió hacer, es destruir mi afirmación, y nó atribuirme declaraciones que no he formulado. Pero no lo hace, y pasa de largo deteniéndose sólo para impartirme una lección de paleografía española, y dar un nuevo y ruidoso tropezón. En efecto: después de recordar que una de las interpolaciones que señalo es la que dice *para dibujar esfera*, se despacha así: “Notiamo, *en passant*, che il Prof. Carbia, se può esser forte in *istologia* pare non lo sia altrettanto in *paleografia*, perchè egli non è riuscito a leggere bene la frase che riporta, la quale suona *recte: para debusar espera*.”

No necesito señalar el doble resbalón, constituido, en primer lugar, por la falta de sentido castellano que tendría la frase (7)

(7) La frase se encuentra en un párrafo que dice así: —“...en la marineria me fiso abondoso de astrologia. me dio lo que abastava. y asy de geometria y arismetica, y ingenio en el anima y manos para dibujar espera y en ella las çibdades ryos y montañas ysas y puertos todo en su propio sytio.”—

si fuera la que el señor Caddeo cree, y, en segundo, por la ignorancia de la peleografía española que revela. Lo digo en razón de que la grafía de las palabras cuestionadas es ésta: *p^a d-bujar es-pera* cuya versión no puede ser otra que aquella que he dado. El signo que el señor Caddeo cree una *s*, es una *j*, al modo en que se trazaba en el siglo XVI, y en cuanto a la *p*, es harto sabido que la palabra esfera, en la misma época, se escribía *sphera* o *esphera*. La ausencia de la *h*, pues, si es que existe, podría, a lo sumo, denunciar una falta de ortografía, pero nunca la intención de escribir una voz, que, por otra parte, tiene en castellano un significado tan parecido al verdadero que quiso expresar el documento, como lo tienen entre sí las voces italianas *sbaglio* y *sabaudo*, aunque ambas tengan iguales letras al comienzo y al fin... (8).

En el caso de la carta interpolada dentro del *Libro de las Profecías*, como en el anterior de la carta de 1498, mi afirmación queda en pie. El señor Caddeo ha quebrado su lanza contra un muro de piedra.

III

El tercer punto básico de la *comunicación preliminar*, lo constituye mi aseveración de que aportó nuevas luces al problema toscanelliano, y de que estoy en condiciones de afirmar que el texto español de la carta de Pablo del Pozo Toscanelli, que inserta Las Casas, está fraguado sobre la versión de Marco Polo que hiciera Fernández de Santaella en 1503. No me he contentado con aseverarlo, sino que, no obstante tratarse de una comunicación preliminar, he dado una prueba rotunda: cierto

(8) Aconsejo al señor Caddeo la consulta de alguna paleografía española: la de Muñoz y Rivero, la de García Villada o la excelente y última de Millares Carlo. De García Villada le recomiendo el facsímil 113, donde advertirá la forma en que aparece la *j* en un documento de 1492. Respecto de la grafía de *esfera*, invítolo a leer un texto cualquiera, anterior a 1600. Así sabrá cómo era habitual, entonces, escribir la discutida palabra. Si no quiere alejarse mucho, puede recurrir a la propia *Historia* de Las Casas, que suele servirle de muleta. En el tomo II, pág. 227, línea 4, de esa obra, tropezará con una *esphera*, a la que encontrará en la antepenúltima línea de la misma página. Y como para el señor Caddeo el P. Las Casas es autoridad indiscutible, no le hago nuevas citas probatorias. Basta con ésta.

trozo (pág. 13 de mi trabajo), en el que se vé cómo la carta de Toscanelli procede directamente de la traducción de Santaella. El señor Caddeo no toma eso en cuenta, afirma que cuanto digo no constituye novedad en el fondo, y que lo único que me pertenecería carece de valor, pues nadie usa traducciones cuando se puede echar mano del original. Tal sería el caso de Santaella. Pero detiénese ahí: no me desmiente y no destruye mi afirmación de que el trozo que transcribo, tomado de la carta aludida, procede del texto que señalo. Todo se reduce a decir una cosa que yo no he desconocido, como lo prueba la nota 1 de la pág. 13 de mi trabajo, esto es, que la semejanza que señalo *sono state già rivelate da tutti gli studiosi*, olvidando, sin embargo, que nadie jamás ha hecho el señalamiento exacto de las similitudes que he logrado realizar con el texto de la versión de Santaella. Y, lógicamente, no animándose a batirme con éxito, ha huído en derrota visible. Ella está, por igual, en evidencia en lo que dice acerca de mi prueba gráfica referente a que la carta de Toscanelli aparece redactada siguiendo el contenido del mapa de Martín de Behaim. He publicado un grabado a dos páginas, lo he acotado, he hecho todas las indicaciones precisas, pero a pesar de ello, el señor Caddeo no se le ha animado a la montaña. Agraviando a la verdad, declara que no lo hace porque yo he afirmado que me reservo para más adelante la prueba definitiva, cuando lo único que he dicho (pág. 14), a este respecto, va referido a que Las Casas debió conocer el mapa de Behaim a través de una proyección planisférica que fué propiedad del cosmógrafo Santa Cruz, cosa que es distinta. Nó: la prueba de que la carta de Toscanelli describe el mapa de Behaim, está a la vista, la he documentado, y el señor Caddeo, que presume de no ignorar nada, debió acribillarme a estocadas eruditas, si es que me tenía sorprendido en error. ¿Por qué no lo ha hecho? Yo voy a responder en su nombre: porque la prueba es imbatible, sin remedio.

IV

Y he llegado al asunto que verdaderamente ha malhumorado al señor Caddeo: mi afirmación de que el libro *Le Historie*,

aparecido en 1571 como escrito por Fernando Colón, y ahora reeditado por la "Alpes", es una superchería, y que su verdadero autor no fué otro que el P. Las Casas. Frente a mi tesis, el señor Caddeo toca los límites extremos de la iracundia. Se enceguece y atropella frenético (9). Pero sin éxito. Tan sin éxito que voy a demostrarle cómo, él mismo, precisamente y en sus acotaciones al libro de tan fresca reedición, me suministra, a manos llenas, las pruebas de lo que he aseverado. Veámoslo.

Según mis comprobaciones, el libro atribuido a Fernando denuncia la influencia de otros, escritos con posterioridad a 1500. El señor Caddeo (pág. 52), después de aspirar a hacer un chiste a cargo de mi declaración sobre que no es la oportunidad de

(9) Convengamos en que la cosa no es para menos, como que el señor Caddeo ha escrito esta declaración: "*Lo studio rigoroso e obbiettivo dell'appassionante problema mi ha condotto alla conclusione che le "Historie" sono autentiche, frutto genuino del figlio del grande Navigatore genovese, e per di più veridiche in tutte le loro parti, tranne in alcune che ci sono giunte deformate per l'ignoranza e per la faciloneria di Alfonso de Ulloa, che le tradusse del castigliano in italiano, e per la trascuratezza del tipografo veneziano che le impresse.* (Le opere e i giorni, marzo de 1930, p. 48.)

Ahora bien: lo *studio rigoroso e obbiettivo* lo ha expuesto Caddeo en su reedición de *Le Historie*, tomo I, págs. XIX a XL. Y allí, con excepción de lo que dedica a la hipótesis de Magnaghi, para quien el libro habría sido adulterado por Luis Colón, todo se reduce a repetir, ordinariamente mal, cuanto ya se tiene dicho, con encantadora inocencia, acerca de la no probada autenticidad de la obra. El gran argumento es el de Peragallo, que se concreta a esto: *Le Historie* es un libro auténtico porque lo cita y lo utiliza Las Casas. Lo de que lo cite como tal, nadie lo ha demostrado, y en cuanto a que lo use, es un hecho que puede interpretarse en un sentido contrario al que el señor Caddeo piensa. Sin ir demasiado lejos, todos estamos autorizados a dudar de que el argumento de Peragallo sea una prueba. Para serlo, fuera necesario: 1º demostrar que el libro existió antes de que Las Casas lo citara en la forma que lo hizo, y que, por cierto, no es propiamente citarlo; 2º probar que Las Casas merece siempre fe; y 3º poner en evidencia que los errores, dislates y anacronismos que el libro contiene, pueden proceder de Fernando Colón, de quien quedan otros trabajos que desautorizan, por su mérito, a esta singularísima biografía. Por lo demás, ¿cómo explica el señor Caddeo que nadie — ¡ni el propio P. Las Casas! — hagan memoria de la existencia del libro antes de su publicación en 1571? Las Casas, por de pronto, que se jacta a cada rato de conocer todos los originales colombinos, silencia, en el prólogo de su obra donde menciona otras, ésta que debió reputar básica, tal como ahora se la considera. Tales eran las cuestiones que estaba obligado el señor Caddeo a resolver en un *studio rigoroso e obbiettivo*. Y a la vista está que no lo ha hecho, seguramente por su simplicidad de criterio: ¡discutir a Peragallo!

un acto público, que duró una hora escasa, la más adecuada para ofrecer la prueba concluyente que exige cotejo y pareo de textos, me arroja una expresión de petulante desprecio. ¡Sólo Dios, exclama, puede saber dónde están las deformaciones y las influencias a que aquí se alude! Y luego agrega que, a falta de pruebas, me he dado a hacer imputaciones falsas.

Para que el señor Caddeo atempere sus nervios, voy a regalarlo con unas cuantas evidencias. Helas aquí.

He afirmado que en el libro atribuído a Fernando figuran trozos de trabajos posteriores a la muerte del que aparece como autor, y el mismo señor Caddeo me va a ayudar a documentarlo. Efectivamente, en su edición de *Le Historie*, tomo I, página 32, nota 14, mi destemplado contradictor anota el texto del libro y señala que la redacción de un párrafo que comienza en la página anterior, es igual al que figura en el extracto del *Diario de abordo del primer viaje*, que elaboró Las Casas, a tal extremo que las palabras "que dize, por yr al camino de septentríon que es Iglaterra", *per errata interpretazione o per cattiva stampa*, figuran mal en el texto, porque *sono una chiarificazione con la quale Las Casas spiega che cosa intende l'Amiraglio per "poniente."*

Conste que son palabras del propio señor Caddeo, quien, paladinamente, declara, reconoce y documenta que el libro atribuído a Fernando contiene, *per errata interpretazione o per cattiva stampa*, trozos escritos, cuando muy pronto, después de 1542, y que así aparecen anticipados en una obra redactada por un historiador que falleciera a mediados de 1539. La cosa no tiene vuelta, y sospecho que esta comprobación no le ha de dar pie al señor Caddeo para hacerle chiste alguno al *professore americano*. Ya vé, pues, el docto editor, cómo no solamente *lo sa Dio*... Aquí también, en América, con supuestas plumas y todo, barruntamos algo de estas cosas, aunque empleemos *diciassette anni* que, así, no resultan *per davvero perdere tempo e fatica*. Y no acierto a imaginar cómo podrá atribuir el señor Caddeo a *errata interpretazione* ese pasaje de *Le Historie*, en el que aparece un trozo de algo que el célebre obispo de Chiapa escribió ya muerto Fernando y con toda seguridad después de 1540,

cuando los papeles del difunto cosmógrafo se hallaban depositados en el convento de San Pablo de la ciudad de Sevilla.

Si el señor Caddeo apetece más, me hallo en condiciones de brindarle un verdadero banquete de cosas iguales a esta que lo habrá desolado, según me lo sospecho. Puedo probarle cómo abundan, en el supuesto libro de Fernando, las influencias de escritores que editaron sus obras después de 1550 — López de Gómara, por ejemplo — como así también que cierta "Memoria" *ch'ei fece, dimostrando che tutte cinque Zone sono abitabili*, no es tal memoria y no è andato perduta, como afirma el docto anotador de *Le Historie* (10). Y tan no è perduta que figura en las márgenes del libro de Pío II, *Historia rerum* (11) y en los blancos de *Imago Mundi* del cardenal Alliaco.

He citado a López de Gómara y he dicho que su *Historia general de las Indias*, aparecida en 1552, se nos brinda influenciando un libro que debió ser escrito antes de 1539, e invito a hallar la confirmación de ello cotejando el capítulo VI de *Le Historie* con los capítulos II y V de la obra que menciono. Sin esfuerzo se advertirá el parentesco. Si no basta, nótese que es Gómara el primero que, en el capítulo CCXIX de su *Historia*, recuerda los versos de la *Medea* de Lucio Anneo Séneca: *Venient annis*, los mismos que en *Le Historie* aparecen decorando al capítulo VII, con la idéntica disposición equivocada que tienen en el texto del cronista de Indias y con una versión interpretativa acoplada, que, para mayor confirmación de la hipótesis, es igual — dentro de lo que caracteriza a una traducción — a la que trae López de Gómara.

Claro está que podría decirse que éste plagió a Fernando, pero eso sería viable si no supiéramos que nadie, hasta que apareció el libro en Venecia de 1571, tuvo noticia jamás de que el hijo del Almirante hubiese escrito el engendro reivindicatorio que se le atribuye, y si ignoráramos que el mismo interesado no dejó rastro alguno de él entre sus papeles, ni lo mencionó nunca junto a sus otras producciones. Por otra parte, no hay referencia de que escritor alguno, con excepción de Las

(10) En efecto, esto dice el señor Caddeo. (*Historie*, tomo I, página 29, nota 7.)

(11) *Raccolta*, parte I, vol. II, págs. 291 y siguientes.

Casas que lo hace sin nombrarlo claramente, haya hablado de tal libro hasta la fecha que indiqué arriba. Para admitir que Gómara plagió a *Le Historie* habría que demostrar que este libro era ya conocido antes de 1552, y eso no se ha logrado evidenciar *fino a noi*. Agregaré, por último, que los versos de la *Medea* y la versión castellana que los acompañan — señalados en el ejemplar de las *Tragedias* que posee la Biblioteca Colombina — figuran manuscritos en una hoja del *Libro de las Profecías*, donde hay otros apuntes, en letra corriente del siglo XVI, y que es distinta de la típica que predomina en el citado códice. (Véase *Raccolta*, parte I, vol. II, pág. 141 y II, tav. CXXXVIII). Y lo grave es que el ms. que allí aparece tiene un trazo caligráfico que induce a pensar que sea de Las Casas...

En consecuencia, mi tesis es irrefutable: El libro atribuído a Fernando Colón y que se dice escrito entre 1535 y 1539, contiene cosas que pertenecen a una obra aparecida en 1552. Aquí doy al señor Caddeo materia para hacerme una tirada de las suyas, en prosa más o menos patibularia.

Y no insistiré más. Cuando se publique mi trabajo mayor sobre el punto, se verá cuán lejos está el señor Caddeo de alcanzarme con sus pullas.

V

El remate del *breve studio* que me ha consagrado, lo realiza el señor Caddeo adentrándose en mi aserto de que Las Casas es el autor de la superchería (12). Naturalmente lo hace con el prejuicio que todos tienen del "santo obispo de Chiapa." Estoy seguro de que si el señor Caddeo hubiese seguido, paso a paso, mi exposición, sin *empacarse* ante la evidencia, no podría negarme el derecho que tengo a creer que he levantado el telón de boca de una nueva historia colombina. Basta observar el *tono*

(12) Antes me invita a leer aquella parte de *Le Historie* donde se advierte que Fernando es el narrador directo. Pero todo ello es ingenuo. Fernando escribió, seguramente, una memoria sobre su expedición a Indias, y Las Casas la incorporó a su libro fraguado, como incorporó trozos ciertos de algunas epístolas y del propio *diario* del primer viaje. Deducir de eso, empero, que el autor es Fernando, porque hay trozos de una memoria suya, equivale a aseverar que la obra es de Cristóbal porque contiene muchas páginas por él escritas.

con que el autor de *Le Historie* trata a Oviedo, sabiendo de antemano cómo era Fernando y cómo las gastaba Las Casas, para no dudar de que la suposición no es absurda. Por de pronto, Fernando Colón jamás se despachó así contra nadie, en cambio tal modo de hacer fué habitual en Las Casas (13). Además, este último no sólo escribió en su *Historia* cosas semejantes a las que figuran en *Le Historie*, sino que hasta hizo gestiones para obtener que Oviedo modificara lo que sobre él tenía escrito. Tales gestiones están documentadas. El señor Caddeo logrará enterarse de algunas leyendo la introducción que lleva la *Historia* de Oviedo en su edición oficial completa, que es la que todos usamos. Puede estar seguro el distinguido anotador de Fernando, que el *professore americano*, que se le acaba de cruzar en el camino, no ha perdido en palabras sus diez y siete años de labor, y que cuando menos lo espere, le pondrá, de manos a boca, con una amarga sorpresa. Y esto, a pesar de escribir en un rincón del mundo, donde, contra lo que él deja sospechar que piensa, no se vive a la sombra de amables cocoteros, ni en la somnolencia enervadora de la tarde estival...

RÓMULO D. CARBIA.

Abril de 1930.

(13) Para penetrar en la psicología de Las Casas, cosa que es, sin disputa, condición necesaria, precisase conocer bien su producción libresca y su abundoso epistolario. Quien no se anime a ello, no tendrá nunca los elementos necesarios para percatarse de las posibilidades lógica y psicológica de que el fraude lo realizara el celeberrimo fraile. Mi tesis será *sotto ogni aspetto repulsiva*, como piensa Caddeo, pero es históricamente cierta.

TÆDIUM VITÆ

(Oscar Wilde)

A HOGAR mi juventud con los sollozos
De la desesperanza,
La librea vestir provocativa
De esta época menguada,
Permitir que me roben mi tesoro
Las manos más villanas,
Prisionero tener en los cabellos
De una mujer mi alma,
Y no ser más que un siervo mercenario
De la Fortuna insana:
Cosas son éstas todas, yo lo juro,
Por mi menospreciadas.
Son menos para mí que las espumas
Que sobre el agua danzan,
Que el vilano que el aire del estío
De los cardos separa.
Mejor es alejado mantenerme
De la calumnia ignara
Que se ríe y se burla de mi vida
Sin conocer mi alma;
Mejor es bajo el techo del humilde
Vivir, que a la nefasta
Caverna retornar de la ardua lucha,
Donde mi alma blanca
Por vez primera, con rubor la boca
Del pecado besara.

LUIS MARÍA DÍAZ CARVALHO.

LETRAS ARGENTINAS

“LOS CAMINOS DEL MUNDO”

I. — Fermín Estrella Gutiérrez es un ejemplo de laboriosidad. Cada año nos dá un libro. Calladamente, lejos de cenáculos, de *clanes*, elabora su obra, dice lo que tiene que decir y sigue.

Debutante en 1924 con *El cántaro de Plata*, publica, sucesivamente, *Canciones de la tarde* en 1925. *Desaparecidos* en 1926, *La Ofrenda* en 1927, *El Idolo* en 1928 y ahora *Los caminos del mundo*. Poesías y cuentos. En unas y otros lirismo hondo y personal, espontaneidad, frescura, y, sobre todo, seguridad constructiva.

Posesor de lo que Salamanca no presta, Estrella Gutiérrez no ha despreciado la lección de Salamanca. En sus libros anteriores a *Los caminos del mundo*, la expresión siempre es pulida, el estilo hecho de claridad y sencillez. (En *Los Caminos del Mundo* sobreviene una nueva faz expresiva, más al gusto de hoy y por consiguiente con tendencias al culteranismo, que no hallándose todavía completamente sintonizada con la sensibilidad del poeta origina los naturales desequilibrios de concepción y expresión). La aristocracia de sus ideas, la elevación de sus sentimientos, hermánanse a un buen decir adquirido en nobles frecuentaciones.

Por el sentido de la medida, del equilibrio expresivo y arquitectónico, Estrella Gutiérrez parece francés. A pesar de haber llegado a la literatura cuando hacían furor las escuelas de vanguardia, los *ismos* varios y precarios, Estrella Gutiérrez se libra del contagio. Es un emotivo y no un intelectualista. Ahí está el secreto. El canta por cantar, porque, como ha escrito:

y sin que nadie los llame
del pecho los versos brotan (1)

(Hemos dicho: *es un emotivo y no un intelectualista. Ahí está el secreto.* — Esto no quiere decir que todos los *istas* sean *intelectualistas*. ¡No! Pero sí que de los llegados en estos momentos a las letras, — y aún de muchos que ya estaban, por coque-tería — todos los intelectualistas, los que baten el hierro en frío, son *istas*. Ellos serán, sin embargo, los únicos que queden. Por que los otros *istas*, remedadores — a falta del ritmo, de la rima, de la idea y hasta de la forma, ello es fácil — o simuladores, desaparecerán — no han desaparecido ya casi todos? — víctimas de su propia insensatez. Puestos en la corriente, la diferencia de densidad intelectual los aleja en seguida de aquellos verdaderamente provistos de un bagaje real).

Pero de pronto — ¿no ha tenido su influencia en ello el viaje a Europa y su frecuentación reiterada de la literatura alemana contemporánea? — Estrella Gutiérrez declara comprender “la necesidad de componer con recursos nuevos un estilo nuevo” (2). Y esa comprensión es dicha, como una nueva fé, cuando aparece su último libro: *Los caminos del mundo*.

¿Tardío arrepentimiento por un pecado, — a los ojos de su generación, — viejo de seis libros y de tantos años como los del poeta?

(Alguien que siempre ha sido él mismo, D’Annunzio, gritaba el *rinnovarsi o morire* de su iconoclastismo. A los sesenta, sus páginas están tatuadas por la inevitable marca de su voluptuosidad exuberante, como lo estaban las que incendiaron en los años de su tumultuosa juventud los entusiasmos de quienes entonces llegaban a la vida literaria. Cuando se *es*, hasta no queriéndolo guárdase la fisonomía de ese ser.)

Estrella Gutiérrez, efectivamente, ha querido, al hacer *Los caminos del mundo*, crearse con recursos nuevos un estilo nuevo. Si esa era su única intención, la ha logrado, siempre que tomemos por estilo, expresión; pero si, además, quería acercarse

(1) *La ofrenda*, pág. 75.

(2) *A propósito de una historia de la literatura alemana*, por F. E. G. Nosotros, N° 248 (enero 1930).

a alguno de los *ismos* más o menos en boga — pongamos cualquiera, todos son uno y lo mismo, a la manera de la divinidad — equivocó el camino. En honor suyo sigue siendo siempre él, porque necesitaría una abjuración tan profunda de su yo, un cambio tan radical y contrario a su manera de ser, a lo que en él es producto de su propia naturaleza, que dudamos pudiera llegar a realizarlo y, de realizado, si tendría éxito, como para significar algo.

Los recursos, para el poeta, son las palabras. Recursos nuevos = palabras nuevas. Para el pintor, los colores. Etcétera. Viejas verdades del filósofo.

El léxico de Estrella Gutiérrez se ha renovado y al entrar en él la terminología más o menos en boga, con ella han venido las imágenes al uso. ¡Cuidado! Ya el huraño Condestable D'Aureilly decía: *L'image, qui presque partout (et même en philosophie) a culbuté l'idée...* (3).

Aquella aspiración de Rayner María Rilke de traer al poema las palabras humildes, que cita Estrella Gutiérrez (4), no es precisamente la que ahora renueva sus valores expresivos en *Los caminos del mundo*. Rilke, buceador de altura, penetraba en las almas — en la suya, en las de todos — buscando de preferencia las humildes porque eran las más auténticas. Y la expresión de un humilde es siempre la que está más cerca de la precisión y de su pensamiento. Por eso Rilke invitaba al poema y le daba “colores de sus fiestas”, a las huérfanas del mundo.

Estrella Gutiérrez ha invitado a sus poemas, vocablos que se gastan hoy en todas las latitudes, pero que son los preferidos y por tal preferencia los más soberbios: aquellos menos cercanos a la precisión y al íntimo pensamiento. Entonces ¿cómo hemos dicho que ha logrado crearse un estilo nuevo con recursos nuevos? Adviértase que escribimos: si estilo = expresión. Dentro de la obra de Estrella Gutiérrez, *Los caminos del mundo* crea, con recursos nuevos (nuevos como inempleados anteriormente por el autor: nihil novum; admítase la pedantería) un estilo = expresión, inusitado en el autor. También hemos añadido: “si

(3) *Poésie et poètes*, pág. 40.

(4) NOSOTROS: *A propósito de una historia de la literatura alemana*, F. E. G.

quería acercarse a los *ismos* en boga equivocó el camino." *Los caminos del mundo* lo prueba. Como todos sus hermanos anteriores, rezuma sentimentalismo, bestia negra de los nuevos. Si González Martínez pedía la estrangulación del cisne, voces unánimes han irradiado el sentimiento de la lírica de hoy. La imagen no solamente ha derribado las ideas — aun en filosofía, ¡oh Keyserling! — sino que ha cometido un mayor atropello al embotar la sensibilidad.

En *La Ofrenda* (5) el poeta ha dicho:

mi corazón se humanizó en tu roce,

hablando a la vida. Y la humanización, en que persiste, solidaridad afectiva con la emoción ajena, es pecado imperdonable en estos tiempos de *deshumanización*.

Es muy posible que Estrella Gutiérrez haya querido *deshumanizarse*, puesto que su deseo de componer un nuevo estilo con recursos nuevos y *Los caminos del mundo* son posteriores a *La ofrenda*; y nuestros deseos, como dijo Goethe, son los presentimientos de nuestras facultades, los *precursores* de las cosas que somos capaces de ejecutar. Pero, en nuestro sentir, no lo ha logrado, lo que nos hace dudar de la sinceridad del deseo de Estrella Gutiérrez, teniendo presente la gran verdad de las palabras de Johann Wolfgang.

Además, fuera de algunas composiciones en que tímidamente se escamotea el ritmo y la rima — tímidamente porque todavía guardan cierta compostura de dama rica venida a menos — las restantes constrúyelas en metros caros a los grandes de nuestro idioma, con uso abundante de la asonancia, singular privilegio del castellano, y traicionado frecuentemente por la manifiesta reminiscencia de modelos inmortales. El neo clasicista desborda a cada página.

Por eso afirmamos que *Los caminos del mundo* es un libro de mérito, es el libro de un poeta, y de un poeta que con él se afirma. Lo que hay de intelectualista en Estrella Gutiérrez — y no es poco, para su bien — quiso entrar en la senda de los *ismos*. El emotivo, al que cuando va por el camino

(5) Pág. 84.

y sin que nadie los llame
del pecho los versos brotan,

ha ido en pos. Pero cuando fué necesario cantar, mientras el intelectualista quería batir el hierro en frío, el emotivo hundióse en el goce de sentir vibrar su sensibilidad y, palpitante, olvida la razón para dejar hablar al sentimiento. Estrella Gutiérrez prueba entonces, por esa ingénita calidad de su temperamento, como Louis Wihl para Barbey d'Aureville que "le rêve, pour le poète, est la plus forte réalité" (6).

Y ahí, precisamente, es donde se descubre el poeta. A veces, creyendo sinceramente ver la realidad, aun viéndola, sobrepónese a esa visión material, la visión espiritual, la interna, obra de lo subconsciente y queda substituído *lo que se ve por lo que se desea ver, la realidad real, por la realidad imaginada.*

Goethe decía y con razón en el prólogo de *Fausto*, que cada espectador ve en la obra de arte lo que lleva en sí. No es menos posible que cada hombre, y más el poeta, vea la vida como sus ojos interiores, como lo que lleva en sí quieren que la vea.

II. — Hemos dicho más arriba que en sus libros anteriores a *Los caminos del mundo*, la expresión de E. G. "siempre es pulida, el estilo hecho de claridad y sencillez." Separábamos, pues, expresión de estilo. Entendemos que esta separación es irrevocable. Hay por sobre la *manera de expresarse, la manera de sentir.* Esta es el verdadero estilo — el estilo es el hombre, — y ya ha llovido desde el *dolce stil nuovo* de Dante que pareciera haber inspirado su definición a Buffon. La necesidad, después, crea el órgano: la expresión. Y aunque a veces caminemos con piernas de goma, o nos sirvamos de manos mecánicas, eso no quiere decir que nuestras piernas no hayan derivado de la necesidad de caminar y nuestro dedo pulgar de la necesidad de aprehender.

A veces la fatalidad puede llevar al poeta a la amputación de los medios expresivos que su temperamento alió a la necesidad de cantar. Por eso no dejará de seguir cantando con los nuevos elementos que haya buscado para ello, pero faltarán en su canto la íntima cohesión, el fervor de la presencia del alma del poeta

(6) *Poésie et poètes*, pág. 188.

en cada verso, la espontaneidad, la fluidez, como le faltan al que hace cálculos en otro idioma que el suyo, aunque lo domine, la rapidez y la seguridad, que busca instintivamente, olvidando para el acto el idioma prestado y volviendo al natal. Así Estrella Gutiérrez en *Los caminos del mundo*. Traiciona su propósito la fuerza lírica latente en él desbordando del cauce artificioso para expandir el canto no aprendido.

Cuando no es así, — son pocas las veces — viene la obscuridad, inseparable compañera del que no puede explicarse bien por que él mismo no desentraña claramente su pensamiento o su voluntad está en conflicto con su sensibilidad. Entra el rebuscamiento — hoy enfermedad endémica mundial — la balbuciente alegoría, la metáfora quintaesenciada (7).

Una lucha inquietante revelan las páginas de *Los caminos del mundo*. Supone el mismo conflicto que hoy se advierte en todas partes. El espíritu humano debatiéndose por hallar la senda borrada por la catástrofe 14-18. Desorientación. Soberbia. Angustia de comprender. Vanidad de la ignorancia. El pensamiento recién nacido engriese del sentido heroico hecho atmósfera en medio del que nació y, despreciando todo cordón umbilical, *créese — créase — as*, fundador de dinastía (8).

Y sin embargo todo está en todo. Nada de buscar externamente. Ahondar en el yo. Ahí está la fuente. Nada de rubros, de casilleros. ¿Para qué? El hombre, el espíritu del hombre, es, a la vez, lo más vario y lo más semejante. De ese contraste, ahondando en sí, lógranse las originalidades hoy tan perseguidas. La originalidad, cuanto más se la persigue, menos se la encuentra, y, en cambio, a cada etapa sale al paso esa meretriz que es el rebuscamiento, fácil compañera de todos los extraviados.

Estrella Gutiérrez ha hecho un ensayo victorioso. Buscando nuevos recursos se ha encontrado a sí mismo una vez más.

III. — Hemos dicho que en *Los caminos del mundo* E. G. no ha abandonado su sentimentalismo. Ved si no:

(7) *Une image n'est originellement qu'une impuissance a nommer l'objet.* Benjamín Crémieux. XXe. siècle. Pág. 235.

(8) *Hércules jugando a los dados.* E. Giménez Caballero. Pág. 184 y siguientes.

Señor de la Tristeza me llamaban,
y yo era un eco persiguiendo un eco.
Una ternura densa de sollozos
se afilaba en las llamas de mi rezo.
¿Cómo supiste tú guiar mis pasos
hasta ese amor desnudo de recelos?
¿Qué misterio *se amansa* en tus pupilas
para haber hecho florecer el beso? (9)

Hemos subrayado aquellas palabras que quieren dar a estas estrofas un carácter nuevo.

Después encontramos esta reminiscencia de Stechetti y Rimbaud:

Cuando estés sola y me recuerdes, piensa
en mi destino, que es un barco ciego (10)

De unas páginas más adelante podemos destacar esta otra prueba:

Tu atención fraternal, siempre en acecho,
fué sembrando esperanzas en mi vida.
En callada oración pido a los dioses
que protejan la calle de tus días (11)

Y para no traer nuevas citas a este respecto, demos solo los títulos de ciertas composiciones, reveladores, expresivos, testigos irrecusables de nuestra afirmación:

Ubicación de un cariño, — a pesar de la *ubicación* puesta de moda por Borges, encierra *crystal de tus ojos, pagoda oculta donde crece tu alma*, etc. — *Canción del puro amor, Poema de tu recuerdo en la noche, Poema de la casa de los abuelos*.

Sin contar, a cada paso, la traición de las palabras — ¡oh Jean Paulham! — descubriéndole el alma henchida de sentimientos. — (¿No finca en esto el tesoro de los poetas?)

Afirmaba el poeta en *La Ofrenda su humanización*. Revelada está en *Canción del deseo fervoroso* (12):

Toma, toma, Señor, mi corazón
y échalo a volar como una paloma eucarística.
Lacerado está ya por todos los dolores del mundo
y solo sueña con la paz infinita.

(9) Pág. 20. Versos para tu soledad.

(10) Pág. 21. Comp. cit.

(11) Pág. 28. Versos a la hermana.

(12) *Los caminos del mundo*, pág. 41.

Dejamos así demostrada la subsistencia en *Los caminos del mundo* de elementos rechazados enfáticamente por los corifeos de las nuevas tendencias, con lo cual puede afirmarse que la nueva obra de E. G. no puede incluirse entre las producidas por ellas.

Y si esto no fuera bastante queda la prueba del ritmo y de la rima. Bastaría la lectura de las composiciones citadas; pero queremos añadir otras de sabor y ejecución clásicas. Hay muchas en *Los caminos del mundo*. Destaquemos estas:

Yo estuve una vez en Brujas
y no sé cómo ni cuándo.
Juego elegido entre todos
el juego de los viajes.

Fué una noche de nevada.
La nieve bonete blanco,
nieve en los techos, y nieve
en los árboles sin hojas.

Por callejuelas sombrías
el fantasma de mi pena,
nieve le tiré al canal
nieve blanca sobre el hielo.

Cuatro viejas van en fila.
Plaza cuadrada. Silencio.
Cuatro pájaros de luto.
Y mis manos, frías, frías.

Y de pronto, — ¿qué era aquello?
Música rota en el aire.
Un circo de mil banderas
y ángeles jugando al diávolo.

Yo estuve una vez en Brujas.
Campanas sobre la nieve.
Lo que se va de las manos,
y la soledad tan quieta (13).

y el *Canto para la Fuente de Baeza*:

Disco de plata bruñida
en el que cabalga un arco.
Arco de piedras reales.
Espejo claro del agua.

Mujeres vienen aquí
tocadas de frescos cántaros.
El agua es un sueño de ángeles.
Música de Sueños. Música.

(13) *Yo estuve una vez en Brujas*. Op. cit., pág. 47.

Vieja fuente de Baeza,
 blasones te están guardando,
 hocicos grises te besan
 y niños te tiran piedras.

La tarde. La sombra. El tiempo.
 Dolor de ausencias. La tarde.
 En tí se sumerge todo,
 fuente que me guardas nubes.

Hondura de rezo y llanto
 frente a la iglesia de siglos.
 Brillando quedan los círculos
 y la piedra, muda, fría.

Citemos además estos títulos: *El río, negro y compacto*, *Campos de ceniza*, *Plaza de Pavía*. Y no sabemos cuántos más. Casi todos los del libro podríamos incluirlos como pruebas de que el poeta, profundamente hecho a la música del ritmo y de la rima, no ha podido — repitamos, para su bien — evadirse de ella, y de que, en él, la imagen no ha tenido bastante fuerza para echar por tierra las ideas, los sentimientos, lo que hace noble la poesía.

Está bien que busque una nueva nota en la música de las palabras. En ellas está, a cada minuto, una nueva belleza, desconcertante, inusitada. Todo el secreto es saber ãsirla, para el poema. Cuando viene de dentro, de muy hondo, la garra, ellas quedan fijas y lo iluminan. Pero no dejar, nunca, que las palabras manden en él.

Un viaje es siempre aleccionador para quien, como Estrella Gutiérrez, "sabe ver el mundo con ojos asombrados de niño, como los tienen los verdaderos poetas", según dijo Giusti. El sensorio se enriquece, la memoria se hace avara.

Estrella Gutiérrez renovó sus panoramas, afinó su sensibilidad, confrontó su yo con todo un mundo presentido pero no conocido.

Los caminos del mundo, es el primer inventario de los panoramas geográficos e intelectuales que han sorprendido al poeta.

Hay en este libro todavía el ajeteo del viaje. Cuando se vaya alejando la visión, y el reposo le decante las sensaciones y recuerdos, el hondo poeta que hay en Estrella Gutiérrez cantará, una vez más libre de *ismos*, con su manera personal y valiosa, el canto nuevo, fresco y diáfano, de la ruta.

E. SUÁREZ CALIMANO.

EL LIBRO POSTUMO DE CLEMENCEAU

SE comprenderá que no es fácil — por ello desistimos del propósito — resumir en una breve nota bibliográfica el contenido y, sobre todo, las proyecciones múltiples de un libro como *Grandezas y miserias de una victoria*. Su primera lectura ha producido en nosotros una impresión tal que difícilmente podríamos analizar serena e imparcialmente todos y cada uno de los capítulos que lo integran, desde el “envío” a Foch hasta la invocación al soldado desconocido. Tenemos en nuestras manos la edición española, bastante más completa que la publicada por *La Nación* y en la que, excluidos los documentos que sin duda por razones puramente periodísticas no ha insertado en sus columnas el mencionado colega, figuran párrafos relativos a la actitud de M. Poincaré que no habíamos leído allí. Esta circunstancia nos obliga a releer más detenidamente la obra y a dejar para después el comentario aislado de algunos aspectos muy importantes de la célebre polémica.

En ocasión de la muerte de Clemenceau nosotros publicamos en esta misma revista un juicio sintético sobre la personalidad del batallador político. No ocultamos que sentíamos por él una grande y sincera admiración, abstracción hecha de sus defectos de carácter y de los errores notorios que se pueden registrar a través de su tan larga como fecunda actuación pública. ¿Qué representan esos defectos y esos errores en un hombre así? Muy poca cosa, ciertamente. Habrán tenido extraordinaria importancia en los momentos históricos en que los primeros se revelaban a sus compatriotas, a los hombres y a los partidos que debían sufrirlos y cuando los segundos se cometían en nombre de un propósito colectivo, de un ideal político o, si se quiere, de ambiciones personales. Pero la figura y la obra

de Georges Clemenceau no pueden ser juzgadas a esta altura con el lente de visión limitada con que lo miraban sus adversarios o sus partidarios circunstanciales. Clemenceau ha pasado ya a la historia. Es, por otra parte, una figura universal y como tal hay que considerarla.

Lo primero que asombra al leer *Grandezas y miserias de una victoria* es que un anciano de cerca de noventa años haya podido escribir estas formidables páginas, rubricadas para la posteridad al borde de la tumba. La Francia actual quizás lamenta la producción de este documento, y más que la Francia actual, la Francia oficial; pero la humanidad debe estar agradecida al autor. La guerra mundial no fué un acontecimiento baladí, una de esas reyertas nacionales cuyos motivos impulsores tengan que mantenerse ocultos porque así convenga momentáneamente a la socorrida razón de Estado. Se ha dicho una y mil veces, desde 1914 hasta la fecha, que la guerra ponía fin a un mundo e iniciaba otro hartamente distinto. Las apariencias podrían engañar a este respecto, mas es indudable que las cosas han cambiado y que sería inútil obstinarse en pretender lo contrario. No es fácil mantener este concepto a través de acontecimientos capaces de oscurecer las mentes más robustas y de doblegar las voluntades más indómitas. No lo fué, sobre todo, durante la guerra, en que muchos de los actores principales, llamados a conducir a los pueblos desorbitados por la lucha sangrienta y por el desencadenamiento de las pasiones más feroces, perdieron la brújula del ideal y se avinieron a servir intereses limitados y momentáneos. Es lo que nos revela este libro, a través de cuyas páginas se ponen de relieve tantas debilidades y claudicaciones insospechadas. Francia, y con ella sus aliados en la guerra, tenían un programa de liberación universal, defendido aquí por muchos de nosotros con ardiente entusiasmo, y es bueno saber ahora que algunas de las grandes figuras que aparentemente lo encarnaban, o no lo comprendieron o alentaban el propósito de traicionarlo en el momento decisivo de la victoria...

Nos atrevemos a asegurar que no fué tal el caso de Georges Clemenceau, como lo demuestran, en forma impresionante, sus razonamientos póstumos. En este sentido el mayor interés de *Grandezas y miserias de una victoria* no reside en la polémica

con el mariscal Foch y ni siquiera en los ataques a M. Poincaré, de una sugestión política más poderosa y atrayente que las fáciles andanadas contra un militar de contornos imprecisos, cuya personalidad sale bastante maltrecha de la pluma del "Tigre", sin que basten a rehabilitarla los alegatos patrióticos de sus defensores obligados. Foch debe a Clemenceau no sólo el bastón de mariscal, lo que ya es mucho para un general francés que cifra en ello su mayor gloria; le debe la carrera misma y quizás el no haber terminado sus días despojado del uniforme, en una oscura prisión o frente a un pelotón en los muros siniestros de Vincennes... No se trata de una hipótesis. Ello hubiera ocurrido seguramente si Clemenceau permanece mudo en su banca el día en que el Parlamento discutió el desastre todavía inexplicable del *Chemin des Dames*. ¿Dónde estaría usted ahora? — pregunta el "Tigre" al extinto generalísimo al referir ese episodio parlamentario. Ya lo hemos dicho.

El jacobino intransigente, el republicano austero y fanático que era Clemenceau, según lo definiéramos en la nota necrológica de NOSOTROS, aparece aquí de cuerpo entero. Foch había sido hechura de Clemenceau, pero éste no le tenía otra consideración que la que se derivaba de los servicios militares que prestaba al país, y si no lo hundió en la ocasión referida, fué debido a la situación angustiosa por que pasaba la República. Nada más. Y hasta parece que el "Tigre" reconoce en sus páginas póstumas que tuvo un momento inexplicable de flaqueza moral. ¿Hubieran perdonado a Foch, aún en idénticas circunstancias, sus antecesores del 93? ¡No, aquéllos no perdonaban ninguna derrota! Tampoco le hubieran perdonado a Foch el que desobedeciera las instrucciones terminantes de atacar al enemigo o de mandar a sus tropas, francesas o aliadas, emanadas del jefe del Gobierno y a la vez ministro de la Guerra. He aquí otro arrepentimiento de Clemenceau. "Yo le he perdonado — dicele en el envío — una flagrante desobediencia que, con otro que yo, habría puesto fin a su carrera militar." Pero si Clemenceau tuvo para con Foch estas debilidades, en gran parte ello se debe a circunstancias dignas de consideración. No las tuvo cuando esas circunstancias desaparecieron. Entonces Clemenceau, jefe del Gobierno civil, responsable solo ante el Par-

lamento, le dijo a Foch bien claro: el ejército hace la guerra, dirigido por el Gobierno, pero el Gobierno hace la paz sin ingerencias de los militares.

Tal es la lección magnífica que se desprende de toda la querrela Foch-Clemenceau. En estos tiempos en que muchos gobernantes civiles se someten fácilmente a la presión de los militares, y ello en plena paz, la actitud de Clemenceau revela que en ningún instante, ni aún en los momentos más trágicos y desesperantes de la guerra, el gobernante civil, republicano y democrático, olvidó ni sus deberes ni su ideología. Por eso, al negociarse el armisticio, Clemenceau, que se conmovió tanto como el que más al terminar la espantosa matanza, es el primero en oponerse a toda medida que implique la continuación de hostilidades inútiles. El gran fin estaba alcanzado. ¿Qué más? Ir hasta Berlín, ¿para qué? Cuando Clemenceau habla luego de lo que él llama mutilaciones del tratado de paz, dice a éste respecto: "Primero se nos reprobó el no haber seguido el protocolo de la monarquía para el desarme de las tropas, según el ceremonial de una rendición. Todas las armas debían quedar en el terreno. El soldado se avanzaba hacia la frontera, señalada por una raya, arrojaba su fusil y se volvía a su país. Confieso que este protocolo ni siquiera me pasó por la imaginación." Y añade: "Era la paz de Francia, la paz de los aliados. No teníamos derecho a arriesgar una sola vida humana para otros resultados. Se ha dicho que el esplendor del triunfo militar hubiera hecho aceptar la derrota a los alemanes más resignadamente. Ya vieron pasar a los soldados de Napoleón bajo la puerta de Brandenburgo, y todos sabemos que en Leipzig lo habían olvidado..."

M. Clemenceau no perdió la cabeza en esos momentos decisivos. Era fácil perderla, sin embargo, como que la perdieron muchos, entre ellos Foch y Poincaré, quienes pretendían la aneación de algunos territorios alemanes a Francia, la que convenía preparar mediante la ocupación militar previa e inmediata de los mismos. Pero el "Tigre" había aceptado las condiciones elaboradas por el presidente Wilson para el caso, "tan sabias como firmes", y, Clemenceau mismo lo dice: "¿Podía yo oponerle una negativa en el momento en que me pedía el cumplimiento de nuestros compromisos? Yo no era el hombre que hacía falta para

traicionarse a sí mismo y a su país." Bien es cierto que los que clamaban por la anexión de territorios, especialmente por la Renania, se cuidaban mucho de proponerlo, ante el temor de enojar a Gran Bretaña y Estados Unidos... No se lo proponían ni a Clemenceau, "dominante y jacobino", según el "Memorial" de Foch, y que "no toleraba que otro, y menos un militar, se mezclara en las negociaciones que pretendía llevar a cabo él solo." A lo que contesta Clemenceau: "Cuando exijo de la autoridad militar que respete al poder civil, estoy en la obligación de recordar al mariscal Foch que no tenía el derecho de dedicarse al periodismo..." para criticar, tan luego, el tratado de paz que iba a ser firmado. Ya se ve, pues, que ni durante la guerra, ni al convenirse el armisticio, ni a través de las negociaciones de paz, M. Clemenceau, que sólo era responsable ante el Parlamento, toleró la ingerencia del militarismo, ni olvidó sus ideales republicanos, pacifistas y democráticos en cuanto se refieren a la soberanía de los pueblos.

Esto mismo se descubre clarísimamente en la magnífica evocación que M. Clemenceau hace de la Conferencia de la Paz, acontecimiento único en la historia de la humanidad. He aquí su pensamiento en medio de la confusión universal, cuando quizás otros gobernantes, también actores en ese magno acontecimiento, se preocupaban de su levita o de cualquier pequeña maniobra política o diplomática: "Mientras esperaba -- escribe -- a los plenipotenciarios del mundo civilizado que iban a reunirse en París, pensaba yo en los discursos y fiestas que tradicionalmente acompañaban a este género de ceremonias. Se había sufrido demasiado en todo el mundo para que la gente se entregara a las solemnidades internacionales, entre actos de los fastuosos decretos de los soberanos, que antaño se complacían en divertir a los pueblos antes de despedazarlos. Pensaba qué sería lo que podría abolirse del pasado en provecho de las nuevas concepciones, y qué nos impondría el protocolo inmutable de los problemas internacionales, bajo el aspecto de cortesía burguesa, de esa mezcla conveniente de aproximaciones diplomáticas que se llama la verdad." Clemenceau dirige un emocionante saludo a los representantes de tantos pueblos distintos. "Nos traéis -- dice -- el testimonio de la Humanidad en favor de ella misma."

Y añade: "Sí, comprendo que hay resistencias. Un soldado, Foch, no querrá desistir de la tradición de la conquista y, como todos los conquistadores de la historia, ha encontrado juristas (la alusión alcanza también a M. Poincaré) que le construyan una doctrina de la conquista a perpetuidad."

Son páginas admirables. No se puede negar. M. Clemenceau las ha escrito al borde de la tumba. Se podrían entresacar de su libro otros muchos y largos fragmentos no menos dignos de un demócrata apasionado y de espíritu luminoso. Y todavía los reaccionarios insinuaron que el "Tigre" había perdido la fe en el régimen republicano... No han vuelto a decirlo desde que apareció este libro, que es como un testamento político de M. Clemenceau. Este dice que el lema del Tratado de Paz de Versalles fué la "liberación de los pueblos" y la organización de Europa sobre la base de un nuevo derecho, necesariamente jurídico, ya que el derecho hasta entonces predominante ha sido el derecho de conquista, o sea el derecho de la fuerza. M. Clemenceau cree que el Tratado de Versalles no ha sido respetado, ni por los vencidos ni por los vencedores, y que especialmente los gobiernos franceses encargados de aplicarlo han llegado a continuas transacciones en beneficio de Alemania y de otras potencias. Por supuesto que esta tesis, de rigurosa actualidad, es discutible. No es éste, ciertamente, el momento de impugnarla. Como quiera que sea, M. Clemenceau atribuye a Estados Unidos una enorme responsabilidad en la situación europea, en primer lugar por no haber aprobado el Tratado de Versalles y luego por su empeño en cobrar a las naciones de Europa deudas fabulosas contraídas por aquéllas en la lucha por la victoria común... También esta tesis es digna de consideración. Es que *Grandezas y miserias de una victoria*, además de contribuir a acentuar los relieves ya formidables de M. Clemenceau, es un libro llamado a ejercer una influencia indiscutible tanto en la política francesa como en la de la liquidación definitiva de los áridos problemas de la guerra y de la paz.

CRONICA MUSICAL

DE año en año el arte musical cobra en nuestro país mayor impulso. Es un impulso quizás no del todo sano, con uno que otro síntoma febril de apresuramiento o impaciencia artística, pero indudablemente beneficioso a la cultura musical argentina, aun bastante débil y, a veces, tarda en responder con amplitud a este urgente llamado de Arte.

Y así nuestros compatriotas van ganando terreno con bastante rapidez en el campo de dicho arte, organizando sociedades musicales, dirigiendo orquestas, presentándose como intérpretes solistas o en conjuntos de cámara. Por de pronto, este año, muchos artistas nuestros y de los más valiosos y apreciados por el público y la crítica, formarán parte en el elenco de la temporada operística del teatro Colón. Director general de los espectáculos será Héctor Panizza — quien artísticamente no necesita presentación aquí ni en ninguna parte — y tendrá como compañeros en su noble y difícil tarea a otros tres excelentes maestros argentinos: Franco Paolantonio, Ferruccio Calusio y Juan José Castro. La dirección artística estará pues exclusivamente en manos de maestros argentinos, y si se añade a esto que, en la parte vocal e interpretativa figurarán, entre otros, cantantes del prestigio de Isabel Marengo, Hina Spani, Luisa Bertana y Pedro Mirassou, se echará de ver que, sin *argentinizarse* al teatro Colón, en un deseo prematuro de independencia artística, — ya que, al fin y al cabo, los mismos artistas compatriotas nuestros que integran el elenco, se han formado y hecho conocer y aplaudir en Europa — artistas argentinos formarán parte esencial en la sólida base del elenco que contará con intérpretes extranjeros de la talla de Chaliapin, Claudia Muzio, Schipa y Lauri Volpi. Ahora lo que cabe esperar con semejantes elementos para que

la temporada sea de alta calidad estética, es que el empresario haga cumplir al pié de la letra el programa prometido, en el que figuran interesantísimas óperas desde hace muchos años no vueltas a presentar en el Colón, como *Don Carlos*, de Verdi; *La condenación de Fausto*, de Berlioz; *Mefistófeles*, de Boito; *Crepúsculo de los dioses*, de Wagner; *Pelleas et Mélisande*, de Debussy; *Guillermo Tell*, de Rossini; *Boris Godunoff*, de Musorgsky; *Don Pasquale*, de Donizzetti; y *La fanciulla del West*, de Puccini; así como también el estreno de una obra rusa, una española y una italiana a saber: *Sadko*, de Rimsky-Korsakoff; *Amaya*, de Jesús Guridi; y *Straniero*, de Pizzetti.

Asociación Sinfónica Buenos Aires

El maestro Celestino Piaggio al frente de la Asociación Sinfónica Buenos Aires, orquesta integrada por músicos de primer orden que saben plegarse con notable ductilidad a los temperamentos de sus conductores, inició la temporada argentina de conciertos. Sus programas confeccionados con bastante criterio, fueron desarrollados en forma correcta y si ciertas obras no salieron beneficiadas con interpretaciones de gran vuelo como correspondía a su alta inspiración, en cambio todas fueron vertidas, bajo el punto de vista técnico, con exactitud y limpieza y si les faltó fuerza lírica o espíritu de emoción no fué por carencia de buena voluntad ni por falta de cultura en su honestísimo director, sino por timidez o tibieza natural de temperamento interpretativo. El maestro Piaggio sabe presentar el cuerpo de la obra con seguridad y a ratos, en obras de brillo exterior, hasta con gallardía, pero rara vez logra dotar a ese cuerpo de alma, de luz interior, de verdadera vitalidad artística. Pulcritud, corrección, medida: he aquí las cualidades esenciales de este maestro: pero si estas cualidades son suficientes para presentar con éxito, obras de ciertos autores franceses modernos, más cerebrales que emotivos, y más elegantes que profundos, en cambio son demasiado débiles para enfrentarse con genios de la talla de un Beethoven, de un Wagner, sin el auxilio de otras más comunicativas: la fuerza rítmica, la emoción, el entusiasmo.

Hechas estas salvedades, justo es consignar que el maestro

Celestino Piaggio mejora la calidad y el interés de sus conciertos de año en año, y es para la cultura musical de nuestro país, un factor muy apreciable. Entre las obras interpretadas pueden señalarse por el valor musical y la eficaz dirección: la *Sinfonía en si bemol*, que se ofreció en primera audición, de J. Christian Bach; *Prélude à l'après midi d'un faune*, de Debussy; *Chacona y Rigodon*, de Monsigny; la *Bourrée Fantasque*, de Chabrier; obras de Saint-Saens, Ravel y Fauré; y las obras argentinas: *Segunda sinfonía* y *Campanas de fiesta en la aldea*, de Alberto Williams, vigorosas inspiraciones orquestadas con la soltura de quién conoce a fondo su oficio; dos *Danzas argentinas*, (huella y gato), bellamente orquestadas por Ansermet, de Julián Aguirre, que siempre escribió con sencillez de medios, cosas llenas de frescura y emoción; y tres cantos folklóricos (*Los trilladores*, *Hazte pequeña* y *Arrorró*) bien presentados y dirigidos por su autor, Armando Schiuma, con el concurso de la distinguida cantante de cámara Maria Pini de Chrestia.

En el sexto concierto, al final de la primera parte lució sus dotes técnico-interpretativas el violoncelista Alfredo Schiuma, en el *Concierto para violoncelo y orquesta* de Boëllman, dicho y fraseado hábilmente con soltura y buen gusto, pero sin el relieve expresivo y la gama de intensas sonoridades que a veces requería.

Asociación Wagneriana

Esta asociación inició sus actividades artísticas con un programa pianístico a cargo de Rafael González, uno de nuestros mejores pianistas.

El programa — tal vez muy bueno para ser desarrollado en un pequeño salón ante un núcleo de aficionados — no era de los más a propósito para ofrecerse en una sala tan vasta como la de la Wagneriana, ante un público numeroso, pues se hallaba integrado por obras casi todas de un mismo carácter, más ricas en matices exquisitos que emotivos, más finas que hondas, con las que el virtuoso y lo que es más importante, el artista, sólo podía dar una idea muy limitada de la bondad o eficacia de su técnica o su lírica sabiduría interior, por lo que no es de extrañar la frialdad excesiva con que el público acogió este

programa, vertido, en gran parte, por Rafael González, con la elasticidad de matices necesarios a la clase de obras elegidas, entre las que sobresalían, la bella página: *Preludio, Fuga y Final*, de César Franck, y un *Nocturno*, de Gabriel Fauré. La *Sonatina*, de Ricardo Rodríguez, es una endeble imitación de los músicos franceses modernos, e inútil resultó el esfuerzo de González para transfundirle, matizándola cuidadosamente, algún interés artístico.

En la versión de estas obras y las restantes incluídas en el programa, pudimos apreciar la delicadeza del temperamento de González, su acertada manera de frasear, el suave sonido que logra extraer del instrumento, pero lo hubiéramos deseado, en las obras de Falla, más rítmico y vigoroso y, en general, con una técnica más precisa, clara y segura.

Dos coros

El coro de los Cosacos del Don "Platoff", que actúa en el Odeón, es un hermoso espectáculo de arte como es hermoso un espectáculo de la naturaleza. Este coro admirable, no es más que la voz de un gran pueblo castigado por el sufrimiento, el alma de una multitud apasionada, nostálgica y vibrante que, conservando todo su calor de humanidad, dignificada por el arte, nos cuenta sus melancolías, sus penas, sus júbilos, sus angustias y sus entusiasmos traducidos en plegarias, cantos guerreros, canciones de cuna, evocaciones nostálgicas... En este coro más que la calidad de las voces — notables, especialmente las de bajo y barítono — son de admirar la disciplina rítmica, el ajuste perfecto, la potencia expresiva, la estupenda gama de matices, cualidades todas que una profunda intuición avalora y realza y que bajo la sabia dirección de Nicolás Kostrukoff, surgen en la plenitud de su belleza viva y palpitante.

De otro carácter, menos humano y expresivo, pero de indudable valor artístico, es el recién nacido *Conjunto Coral de Cámara y Folklore Buenos Aires*, compuesto por miembros de la Asociación Coral Argentina del Teatro Colón, bajo la dirección de Gregorio Svetloff, que se presentó en la Asociación Wagneriana, dando así principio a sus actividades, y ofreciendo

en forma plausible obras tan interesantes como *Bajo el tilo*, de Schubert; *El eco*, de Weber; una jugosa *Chacarera*, de Gilardo Gilardi; *La muerte del payador* y *Vidalita* al estilo popular, de J. B. Massa; una *Zamba santiagueña*, de Gómez Carrillo, y diversas canciones rusas elegidas con criterio y buen gusto.

Iso Elinson

Refiriéndose a Iso Elinson — joven pianista ruso, que se presentó en el salón de La Wagneriana — escribió el profesor alemán Adolfo Weissmann: “Es un formidable músico, con gran dominio del piano. Posee una técnica asombrosa y un genial instinto artístico. Por sus dotes extraordinarias y su ejecución es en el piano un sucesor de Franz Liszt.”

Muy parecidos términos desbordantes de entusiasmo, usan otros críticos alemanes y el propio profesor de Elinson, el músico y compositor ruso Glazunoff. Y bien, todas estas palabras de una evidente exageración, no han servido más que para hacer peligrar el éxito del pianista entre nosotros, porque por ellas el oyente esperó del artista lo que éste no pudo dar, sufriendo el consiguiente desencanto.

Elinson es desde luego un artista muy bien dotado, de flexible temperamento, pero posiblemente su juventud impetuosa lo lleva a ser en sus ejecuciones un poco desordenado y desigual y a veces de ritmo inseguro. Su técnica sin ser *fenomenal*, es más que suficiente para traducir con ella, teniendo alma de artista y equilibrio interior, las más diferentes obras antiguas y modernas. Ahora bien, nosotros creemos que el artista, fiando demasiado en sus excelentes cualidades naturales, se ha formado un repertorio muy extenso en menos del tiempo necesario para poderlo presentar depurado y perfecto. Con todo, en sus buenos momentos, donde alcanza bellos efectos de lirismo, de sonoridad o de expresión, compensa los visibles defectos que aminoran el valor de su personalidad tan rica en posibilidades técnico-emo-tivas y que el tiempo, y, el freno y la lima de un estudio más minucioso y detallado podrán hacer resaltar en toda su integridad.

Alfredo Casella

La orquesta filarmónica de la Asociación del Profesorado Orquestal, prosiguiendo sus actividades anuales de conciertos sinfónicos, iniciará el mes próximo su temporada artística, que tendrá a su frente este año, a los maestros Alfredo Casella, Ernesto Ansermet y Juan José Castro.

Desconocido entre nosotros como director y no muy conocido como compositor, es no obstante, Casella, uno de los compositores y directores más prestigiosos de Italia.

Recordamos de él *La giara*, ballet estrenado en el Colón en el que pudimos apreciar la agudeza y finura de su ingenio musical, francamente modernista, pero sobrio y claro.

Nacido en Turín en 1895, inició sus estudios a la edad de cuatro años bajo la dirección materna, presentándose a los ocho como concertista de piano, con un programa de compromiso que le valió un éxito rotundo.

A los trece fué a París para completar su educación musical, logrando alcanzar tres años más tarde el primer premio de piano.

Con Leroux y Fauré estudió contrapunto y fuga, pero, en armonía y composición fué un autodidacta. De 1911 a 1914 desempeñó el cargo de profesor en el Conservatorio de París, y en 1915 ejerció idéntica cátedra en el Santa Cecilia de Roma, pero, a objeto de consagrarse a los viajes artísticos, renunció a ella. Más tarde fundó la sociedad italiana de música moderna; y luego el año 1911 junto con D'Annunzio y Malipiero fundó la *Corporazione delle nuove musiche* que, poco tiempo después se convirtió en la Sección italiana pro música contemporánea.

Desde hace varios años se ha dedicado a la dirección orquestal y ha tenido éxitos muy halagüeños en Francia, Alemania, Rusia, España y Estados Unidos, donde ha realizado más de doscientos cincuenta conciertos.

El maestro Casella une a sus relevantes condiciones musicales, un talento crítico de certera y atinada visión, basado en una firme cultura. Leyendo días pasados el semanario de ciencias, artes y letras *L'Italia Letteraria*, de Roma, nos llamó la atención una carta abierta a André Suarès firmada por Alfredo Casella,

que por el vivo interés que encierra, no vacilamos en traducir y transcribir a continuación:

Maestro: El último número de la *Revue Musicale* trae el siguiente fragmento firmado por vos:

"C'est à sa musique, en tout temps, qu'on saisit que la France n'est pas latine. Tous les mauvais musiciens de la France sentent l'Italie. Tous les grands musiciens français sont profondément étrangers à cette parenté sonore. Assurément, la grande musique de la France tient de bien plus près à celle de l'Allemagne qu'à aucune autre. La musique chrétienne du Moyen-âge est picarde, flamande et rénoise. Josquin de Près, ce géant ignoré sinon méconnu n'a rien à voir avec les musiciens de Florence et de Rome. Sous la Renaissance, ce n'est pas l'Italie qui mène la musique française, mais la musique de la France qui enseigne la musique de l'Italie. Quoi de moins italien que le charmant Claude Le jeune, Costeley et les musiciens de la Pléiade? Tous ceux-là sont les pères légitimes des Couperins et de Rameau.

"Pour finir, chez Debussy, le plus français des musiciens, il n'est pas la moindre trace de la forme italienne et son goût est aux antipodes du goût d'outre-monts. Ne pas oublier que le génie de la musique italienne n'est presque jamais harmonique. Monteverdi seul et Frescobaldi ont eu le don inné et suprême de l'harmonie. Palestrina en est bien loin, cet Ingres de l'ancienne polyphonie."

Cada error contiene una parte de verdad y por consiguiente también este vuestro escrito, que me preparo a contradecir, está basado sobre algo sólido. Muy hábilmente fundáis vuestra argumentación sobre los nombres esenciales de la música francesa, y vuestra afirmación de la escasa (o también nula) influencia italiana sobre esos músicos es profundamente cierta y tórnase — también en este campo — en alto elogio del pensamiento francés siempre celoso y fiero de la propia independencia espiritual y también — necesariamente — imperialista.

Pero — detrás de estas verdades inatacables — hay en vuestro escrito no pocas ideas bastante menos fundadas, y en fin una entonación general de mal oculto desprecio hacia la música nuestra, sobre la que convendrá hablar claro una vez por todas.

Así que, la mejor música francesa estaría más próxima a la alemana que a la nuestra. Esta arriesgada afirmación (consecuencia forzosa de la negada latinidad de vuestra nación) no puede sin embargo referirse sino al período en que la música flamenca dictaba ley a casi toda Europa (y por consiguiente también a Francia). Porque creo que difícilmente podríais demostrar que fuesen "alemanes", y por lo menos con ellos emparentados, genios como Couperin, Rameau, Destouches, Monsigny, o bien, a nosotros más próximos, Gounod, Bizet, Chabrier, Debussy o Ravel. Decís que Josquin de Près no tiene nada que ver con los músicos florentinos o romanos contemporáneos suyos, olvidando sin embargo que Josquin estuvo al servicio del Papa Sixto IV desde 1484 al 1494 y que por consiguiente tuvo estrechos contactos con la música romana de esa época. Pero hoy está de moda en vuestro país el negarse toda latinidad, y decir que Julio César no llevó a la Galia nada más que barbarie y que la dominación romana fué para la nación céltica una desdicha.

Mañana talvez los españoles saldrán afirmando que son africanos más bien que latinos. Y entonces quedaremos nosotros solos de aquella vilipendiada especie. Falta ver si por ello estaremos peor o mejor...

Pero dejemos las ideas donde asoma la política de Briand, y volvamos a la música. Vos decís que la música italiana es raramente armónica,

y hacéis excepción solamente para Monteverdi y Frescobaldi. Sería excesivo el pedirlos que demostréis cuál sea — según vuestro sentir — la diferencia entre armonía y polifonía, porque temo que hagáis entre ambas una serie confusión.

Monteverdi y Frescobaldi eran polifonistas, y entre los más grandes que hayan existido. Que en esas sus polifonías se encuentren también armonías audaces, no es dudoso. Mas no solamente en estos dos maestros se encuentran semejantes armonías, pues podéis encontrar otras tales en los dos Rossi, en Orazio Vecchi, en Gesualdo da Venosa o en Domenico Scarlatti, etc. (para no hablar de la moderna escuela nuestra). Diciendo, pues, que el genio italiano es más monódico que polifónico, decís cosa verdadera solamente refiriéndoos al período nuestro de los dos pasados siglos, pero totalmente falsa si os remontáis más allá, hacia el pasado.

Vos decís luego que la música cristiana del Medio-evo era franco-flamenca. También aquí hay que proceder con cautela. El Medio-evo es bastante largo y abarca — lo sabréis también mejor que yo — un milenio. Durante la mayor parte de este milenio, la sola música cristiana de la cual se pueda hablar con alguna certeza, es el canto gregoriano, ese maravilloso tesoro melódico que la Iglesia católica heredó de los griegos, y que forma hoy la base esencial de la música italiana renaciente. Si por Medio-evo entendéis los siglos anteriores al 1300, entonces es imposible afirmar que la música religiosa fuese *preponderantemente* franco-belga. Si entendéis en cambio referiros al período más glorioso de aquella escuela, entonces éste se encuentra en los comienzos del Renacimiento y no ya en el Medio-evo. Porque la escuela de Okeghem — que, como ya dije, dictó ley en materia de música polifónica a Europa entera — debe circunscribirse al período que va, aproximadamente de 1440 a 1500.

Por esta razón, decir que la entera música medioeval cristiana fuese franco-belga no corresponde de ninguna manera a la verdad, y supone una ignorancia total de la música gregoriana y de su inmensa importancia como "puente" de unión de la antigüedad con nuestra era.

Continuemos. Vos, como todo francés que se respeta, consideráis la Italia musical como la tierra del pésimo gusto y de la corrupción de las costumbres. Y no os lo negaré en todos los puntos. Italia ha dado nacimiento a no pocas músicas, las cuales están efectivamente en los antipodas del gusto vuestro y del mio. Pero sería fácil devolveros la acusación recordando ese vuestro desgraciado período ochocentista que se resume en los nombres de Meyerbeer, Halévy, Hérold, etc., y que ha encontrado su expresión plástica en esa famosa "Opera" de Garnier, monumento que pesa sobre la París actual más o menos como sobre nuestra Roma el mausoleo a Víctor Manuel, de la Plaza Venecia. Antes de reprocharle a un arte extranjero ciertos defectos, antes de torcer el gesto al solo oírlo nombrar, sería oportuno mirar a nuestra propia casa, y hacer la suma del activo y del pasivo.

Vos decís que solamente los peores músicos franceses han sufrido la influencia italiana. Y sobre este punto debo deciros que la misma cosa al revés podemos decir de ciertos músicos nuestros. En Francia los intelectuales ostentan un profundo desprecio por nuestro teatro verista, llegando incluso — en su ira — a confundir un Puccini con Mascagni o hasta con Leoncavallo. Pero el teatro verista italiano no tiene ninguna raíz en nuestra tradición. Este no tiene precedentes ni en Verdi, ni en Bellini, ni en Rossini, ni mucho menos en tiempos más remotos. Este es un fruto de Francia, y halla sus orígenes en *Carmen* y en el *massemetismo*. Por consiguiente, antes de reprochar a esos músicos su pésimo gusto y su mediocridad espiritual, mejor sería ponerse una mano sobre

el corazón y confesar que ellos tuvieron sobre todo la culpa de prestar oído a las voces de allende los Alpes antes que a la lección viril y profética que dejaba Verdi con *Otello* y con *Falstaff*.

Prosiguiendo, vos escribís que Debussy estaba en los antipodas de nuestro gusto, queriendo decir que su música era esencialmente armónica y por consiguiente contraria a la nuestra.

Ante todo, si conociérais mejor nuestra vida musical, sabríais que Debussy es hoy entre nosotros amado y venerado y popular como en cualquiera otra nación. En cuanto a la cuestión del "armonismo", séame lícito deciros que hoy afortunadamente ha desaparecido de la música esa enfermedad que fué llamada la "retórica armónica", es decir esa excesiva pre-ocupación musical en sentido "vertical", que fué precisamente característica de la época post-wagneriana y que fué ante todo francesa. Hoy las armonías refinadas y preciosas tienen un interés secundario frente al ritmo resurgido, a la construcción restaurada y al dinamismo mecánico y frenético del lirismo moderno. Por lo tanto, supuesto y no concedido que el genio italiano no sea armónico, es ésta talvez una actual razón suya de superioridad sobre otros espíritus para los cuales puede haber pasado la hora del mediodía...

Vos decís, en fin, que Palestrina era el "Ingres de la vieja polifonía". Esto hace suponer que no hayáis oído nunca una nota de aquel Grande. Porque si conociérais ese arte, sabríais que Palestrina fué uno de aquellos rarísimos hombres que compendian en su persona el pensamiento de todo un siglo, de toda una época, y no podríais jamás permitir rebajar semejante nombre al nivel de un artista como Ingres, el cual es a Palestina como Cherubini puede ser a Bach o a Beethoven. Esta expresión vuestra es sencillamente irreverente y ridícula, y no era lícito esperar semejante afirmación de un ingenio tan elevado como el vuestro.

Terminemos ahora. Cuando decís que el arte francés de las grandes épocas poco o nada le debe al italiano, no os falta razón. Pero no debéis, sin embargo, olvidar que vuestra ópera lírica — por lo demás bien escasa frente a la italiana o también a la alemana — fué fundada precisamente por un florentino: Giambattista Lulli (o *Lully*, como escribirlo queráis), y que fué después renovada en una segunda época por un alemán: el caballero Glück.

Vuestra moderna escuela musical es debida a las influencias combinadas del wagnerismo, del franckismo y del eslavismo. Con lo cual no quiero de ninguna manera disminuir la alta importancia de vuestra música presente ni de la pasada, sino simplemente decir que no todo lo que entre vosotros brilla musicalmente, o brilló en otros tiempos, ha nacido en vuestro suelo.

Tomamos nota de vuestra adhesión a las recientes teorías, según las cuales Francia es más germánica que latina. Pero tomamos nota con doloroso estupor. Para nosotros, era luminosamente "latino" el espíritu de Montaigne, de Rabelais, de Diderot, de Voltaire, de Balzac o de France. Pero admitamos que hoy os repugne ser, aunque lejanamente, confundidos con esa tosca estirpe de legionarios y de esclavistas cuyos vestigios viven aún en el corazón de la antigua Lutecia. Pero nosotros — que nos honramos de pertenecer a esa raza que vosotros miráis como se miran los pueblos inferiores — nos obstinamos siempre en el error de considerar vuestra tierra como hija de Roma, y dirigiremos la mirada a vuestra cultura como a la extranjera que siempre nos fué la vecina... más próxima...

Con inmutable admiración os saludo respetuosamente.

ALFREDO CASELLA.

Juan Serpentini

Bajo el título de *Album Vocal de Salón* e impresas por la casa Lottermoser, han aparecido, en un volumen, diez canciones seleccionadas entre la obra del anciano compositor Juan Serpentini, conocido por su vasta colección de cantos escolares de todo género, que le han valido gran cantidad de premios en concursos y exposiciones. Ultimamente en la Exposición Ibero Americana de Sevilla, le fué otorgada una mención honorífica por su *Himno a la Madre Patria*.

Entre esas diez canciones inspiradas sobre poesías argentinas e italianas, ninguna se distingue por su originalidad, pero todas agradan por la claridad del dibujo armónico y la melodía simple, sentimental o risueña de fácil inspiración, y entre los amantes de la música de salón tendrán, a no dudarlo, el éxito que merecen.

Osmán Pérez Freire

En Madrid, donde se hallaba en misión de su gobierno y dando a conocer en conciertos, secundado por su familia, sus propias obras, ha muerto inesperadamente el conocido y popular compositor chileno, Osmán Pérez Freire, autor de inspiración original o extraída con sutileza del folklore americano (chileno y argentino en particular).

¿Quién no ha oído y gustado su famoso *Ay, ay, ay*, mundialmente conocido, cantado ante públicos diversos y grabado en discos muy difundidos, por cantantes como Schipa y Fleta?

Facilidad de escritura, limpidez de forma, espontaneidad de inspiración. He aquí las cualidades más simpáticas de este compositor sincero y emotivo, gran amigo de la Argentina, que ha dejado una serie de canciones — sin contar otra serie de obras para piano u otros instrumentos — frescas y sencillas, fáciles al oído y al corazón, destinadas a vivir muchos años y a circular por los labios del pueblo.

MAYORINO FERRARÍA.

DAVID PEÑA

(Fallecido en Buenos Aires el 9 de abril)

HA muerto David Peña. Esta noticia, inesperada, hirió profundamente a muchos corazones. Inesperada porque Peña, eternamente joven, aunque de edad proveya, no hacía pensar en la muerte, y profunda herida para todos los que le conocieran, porque Peña, por sobre todas sus numerosas cualidades poseía la única que nos hace perdurar realmente en la memoria de los mortales: la Bondad.

Esa bondad, ingénita en él, le ha sido reconocida unánimemente en la hora de su muerte. Y algo más raro, también unánimemente le fueron reconocidas todas sus otras cualidades que hicieron de él un hombre excepcional en nuestro medio, a pesar de su poca suerte. Peña vivió pobre y murió pobre y — fuera del cargo de Secretario de la Comisión del Centenario — no ocupó nunca ningún puesto de importancia. Y no por falta de méritos, sino quizás por tenerlos demasiado. Casi cincuenta años de actividad literaria en todos los órdenes, en el periodismo, en el teatro, en la cátedra, en el parlamento, en el libro, en la revista, le habían hecho acreedor al respeto de sus contemporáneos. Como tantos hombres de talento de este país. David Peña ha sido un diletante, dispersando, derrochando sus energías en innumerables obras diversas, cuando con un poco más de constancia en una de ellas, habría obtenido resultados sorprendentes.

Muy niño aún — han pasado ya de esto cuarenta y siete años —, recogía los primeros entusiastas aplausos en el escenario de la Opera de Buenos Aires, auspiciado en su triunfo por la alentadora mano de don Nicolás Avellaneda. Y este primer éxito teatral influyó poderosamente sobre su personalidad futura.

Siempre hubo algo de teatral en Peña: en su gesto en la conversación familiar, en la cátedra, en la tribuna, en el artículo de periódico. Pero no una teatralidad ridícula, sino envolvente y seductora. Fué el primero que acostumbró a la gente culta de esta ciudad a frecuentar el local de la Facultad de Filosofía y Letras, cuando su famoso curso de 1903 en que vindicó la personalidad de Juan Facundo Quiroga hacía desbordar el anfiteatro de esa casa de estudios, hasta ese momento casi desconocida y desierta. (1) Fué quien, poco después, con su *Diario Nuevo* (fué realmente un *diario nuevo* en esa época), hizo tambalear ministerios y temblar las administraciones de los diarios rivales. Fué quien con *Próspera* — comedia política — obtuvo la noche de su estreno un éxito tal como no se recuerda otro en la historia de nuestro teatro. Fué quien con sus discursos — el de esa misma noche de estreno, el de la proclamación de la candidatura a senador de Emilio Mitre, en cien más —, arrebató a sus auditorios. Vemos así que en los distintos órdenes de actividades a que se dedicó fué un triunfador, y sin embargo no podemos decir que haya triunfado. ¿Qué le faltó?

Es que el doctor David Peña fué toda su vida un lírico. Verdadero doctor en nubes, vivió siempre en el aire, olvidándose que para que la tierra no nos falte bajo los pies, hay que pisar muy fuertemente sobre ella.

Y así murió. Y murió en su ley. Porque todos esos, que algunos llamarán sus defectos, son los que le hicieron más querido entre los que hoy lloramos su ausencia irreparable y los que han dado lugar a la hermosa corona fúnebre que a continuación publicamos — las páginas sobre él leídas en el acto del sepelio.

LA DIRECCIÓN.

Discurso del Dr. Mariano de Vedia y Mitre

Ha caído David Peña después de larga brega, y ha caído sobre muchos corazones. Sobre ellos descansa al fin en la muerte quien no supo descansar en la vida; descansa el amigo seguro, el hombre bueno que nunca conoció el egoísmo aunque lo tuvo siempre tan cerca; el niño de

(1) Sin embargo, aunque David Peña fué profesor en la casa durante largos años, también Consejero y Académico, la Facultad de Filosofía y Letras no se hizo representar en la inhumación.

muchos años en quien la buena fe llegaba hasta el candor. Descansa sobre tantos y tantos corazones estremecidos, ante la inmensa congoja del peso que sobrellevan, quien no alcanzó su destino, el destino a que tenía derecho y que no supo o no quiso buscar, a despecho de estar dotado de condiciones sobresalientes, de una extensa cultura, de un espíritu fino y sutil, y que en nuestro medio incipiente mereció siempre más de lo que fué, y pudo, sabiéndolo, llegar al término de la vida sin amarguras, sin reproches y aún sin desalientos. Alma cristiana la suya, lo fué hasta saber unir a la resignación la fe constante en el esfuerzo desinteresado y en la bondad del propósito. Tenía la perseverancia de los fuertes. Por eso la energía de su vida, tan sólo ante la fatalidad de la muerte se abatió.

Su inquietud espiritual lo llevó a abordar muchos géneros literarios. En todos se mostró lo que era: un escritor de estilo tan limpio y puro que llegaba sin esfuerzo a la elegancia de la forma; un espíritu apasionado que si bien luchaba con tesón por sus ideas no descendió jamás de la altura de su pensamiento; un enamorado de la belleza, ya fuera la belleza artística, ya la belleza moral. Lo que él consideraba la verdad era para él sagrado. Por eso la sostuvo siempre pero sin alardes ni desplantes. Conocía profundamente la historia del país. Tuvo el culto de los grandes hombres del pasado. Se puso con frecuencia frente a la corriente. Quiso contenerla y más de una vez consiguió desviarla. No era pequeño el esfuerzo y se mostró a la altura de él. Lo que consideraba la verdad lo llevó a emprender la rehabilitación de Facundo Quiroga. Con recordar que se ponía frente a la otra verdad, la consagrada por varias generaciones, está dicho el tamaño de la empresa, pero si se recuerda sólo que rebatía el tremendo alegato de Sarmiento se evocará qué alma titánica era la suya. Son muchos, son legión, los que aún recuerdan sus lecciones de la Facultad de Filosofía y Letras, en que un auditorio anhelante siguió el curso de su palabra ágil, de timbre inolvidable, lecciones en que nació su libro sobre el caudillo. Si Quiroga seducía y sometía a sus adictos, desde su cátedra universitaria David Peña, hablando de él, se hacía dueño de sus oyentes, por la seducción de su elocuencia y su don de simpatía, por la emoción que partiendo de su corazón hacía presa en sus oyentes. Cualesquiera sean las disidencias que puedan señalarse con su obra histórica, tan múltiple, tan varia, sería vano negar que está llena de esa independencia de espíritu que en este muerto amado fué el rasgo substancial de su carácter. No trabajó en vano. Su obra queda incorporada definitivamente a nuestra ya copiosa bibliografía histórica y para ocupar en ella un lugar predilecto.

No puede vérselo partir sin un hondo dolor, porque era noble, porque era bueno, porque era útil. En medio de la amargura de esta fatal despedida, queda flotando un hálito que sacude suavemente nuestra melancolía con la frescura de todas las cosas buenas que se desprendían de este cuerpo inanimado y que siguen y seguirán desprendiéndose de su recuerdo.

La Junta de Historia y Numismática Americana de que fué miembro de número, así lo siente y así lo dice en esta hora solemne en que todo se abate menos el amor. Por eso David Peña descansa sobre tantos y tantos corazones.

Discurso de Enrique García Velloso

En una página admirable de sinceridad y de emoción, David Peña nos cuenta cómo escribió y estrenó en el teatro de la Opera de Buenos Aires, su primera producción escénica, recién llegado de su adorable ciudad provinciana, pobre y desvalido, a la ya por siempre capital de la Re-

pública, cuando aún no se habían aquietado los espíritus convulsos por los dramáticos cuanto aleccionadores sucesos de 1880. Esa obra de adolescente, le puso en el camino de la notoriedad, poco después que su talento de niño prodigio le había abierto las puertas de la casa prócer del inmortal héroe civil de aquellos sucesos. Se titula su primera obra *La lucha por la vida*. ¿No es este título una predestinación que había de seguirle como la sombra al cuerpo a través de sus años juveniles, en su edad madura y hasta en sus últimos días en que se asomaba a la vejez, luchando por la vida, siempre, siempre, con la misma ilusión de la Quimera que lo trajo en sus alas desde las barrancas del Paraná, a Buenos Aires.

Y en esa lucha, de continuo jadeante, hizo libros de historia, forjó dramas y comedias, dirigió revistas, redactó diarios políticos, dictó cátedras, pronunció discursos jurídicos y literarios; y en medio de esta balumba, todavía se daba maña para conversar deliciosamente en la tertulia nocherniega o en el saloncillo de un teatro, llevando siempre consigo la ilusión y el ensueño, comunicando la fe y la esperanza de su bondad ingénita, que emergía de su corazón y de su clara inteligencia aún en los momentos en que sus horas íntimas eran tristes y duras. Esa misma tristeza de sus horas duras que sabía ocultar con la elegancia suprema de su bello espíritu, haciale aparecer a veces ante auditores beocios como ajeno a las realidades de la vida, sin comprender que si sacaba a pasear por la calle su sonrisa y su lírico optimismo era precisamente porque todos, y él el primero, habíamos dejado sobre la mesa de trabajo que es nuestra verdadera realidad, nuestro dolor y nuestras lágrimas.

El Círculo Argentino de Autores y la Casa del Teatro, hanme encomendado la conturbadora misión de dar en su nombre el supremo adiós a estos queridos despojos mortales. Las dos instituciones le contaron en su seno como a uno de sus camaradas dilectos, al igual que todos los organismos poderosos que en la República trabajan por la evolución progresiva de la dramática argentina a la que tanto dió de su tiempo, de su inteligencia y de su puro y alto nacionalismo. Ningún acontecimiento artístico, ningún triunfo, ninguna tristeza le vieron ausente. Por eso estamos todos aquí: los autores a quienes alentó con su entusiasmo generoso, y los intérpretes a quienes vió formarse y ascender a la celebridad.

Cuando se escriba la historia de los orígenes del teatro argentino contemporáneo, la acción artística de David Peña llenará páginas muy interesantes. Cualquiera que sea el juicio de la posteridad sobre sus obras, el historiador y crítico señalarán a este autor como a uno de los más esforzados civilizadores de los escenarios aborígenes, porque nunca subalternizó los temas ni los procedimientos técnicos; porque siempre usó el idioma limpio de un escritor de raza y porque contribuyó con sus prestigios literarios y sociales de hombre eminente, a que se interesara el público por la obra nacional.

Hace pocas tardes le encontré en la Biblioteca Pública, rodeado de libros y papeles. Al saludarle dejó de trabajar y se puso, como siempre que nos encontrábamos, a pedirme con fraternal afecto que escribiera antes de envejecer mis recuerdos de teatro y el anecdotario de cómicos y autores que tan feliz le hacía oírme. Abandonó su trabajo e hizo que yo no iniciase el mío; y en su afán de estimularme, me invitó a que nos fuéramos a conversar cómodamente dando un paseo por las calles del barrio que él aún llamaba del "Alto..." y Bolívar hacia el Sur, caminamos, caminamos... él hablando maravillosamente de lo que habían sido esas calles en la época de Echeverría... Evocó la casa del autor de *La Cautiva*, se emocionó ante las rejas voladas que aún subsisten; y fué tan admirable el poder pictórico de su charla, que al separarnos ya entrada la noche le dije: "David, ¡cuántas obras ha dejado usted de escribir por conversar-

las...!" ¡Oh! ¡Si! Conversó quizás sus mejores páginas este peregrino talento.

¡Ya no oiremos su voz armoniosa y bella, ni admiraremos su porte romántico en los escenarios que él tanto amaba! Pero nos queda el recuerdo inolvidable de su fe en los destinos de la obra que iniciara en 1883 con *La lucha por la vida y ¡Qué dirá la sociedad!*; nos queda su entusiasmo incontaminado de bajas emulaciones y de torpes cuanto estériles envidias, lleno de cálido amor por la labor ajena.

Amigo y maestro: ¡Descansa en paz!

Discurso del Dr. Francisco A. Barroetaveña

Señores: Un hombre de letras, de pensamiento, de ilustración, de carácter y de ideas avanzadas, el doctor David Peña, acaba de morir, entre agudísimos dolores en rápida enfermedad, — como amargo contraste de sus amables actividades, bondadosas y sentimentales para toda la sociedad, — criticando los atrasos y removiendo los estorbos que obstaculizaban el progreso, el bienestar, la tolerancia, la fraternidad, la libertad de los pueblos y la amplitud de todo idealismo humanitario y saludable.

Con dolor intenso, he contemplado ayer su cadáver helado, impresa en su bondadosa fisonomía una marcada sonrisa irónica, como réplica artística de un valiente, que cae postrado entre dolores atroces y falla de su gran corazón, que no ha respondido a su carácter en el supremo trance. Sólo he observado la persistencia de esa sonrisa cadavérica, en un argentino eminente, Leandro N. Alem, quien con ella pareciera triunfar con mano temeraria, de los conflictos insolubles de su terrible tragedia.

¡Pobre David Peña! Morir así, después de vida dilatada, en plena madurez intelectual, habiendo descrito una bella trayectoria de luz, de enseñanzas, de progreso en las ideas, de bien público, de sana democracia, de virtudes y de carácter, para la juventud y para sus conciudadanos; morir así, con el sarcasmo horrible de agonía desesperante opuesta a su obra de bondad, de artista, de justicia, cuando prometía aún hermosa cosecha de bienes morales!

Señores: La prensa unánime ha consagrado a la memoria del doctor David Peña, los juicios más encomiásticos y justicieros, condensando en bellas síntesis las jornadas de su fecunda vida, desde la primera juventud hasta sus últimas campañas. Y si bien es cierto que el "cuarto poder del Estado" acostumbra esa funeraria galantería para con los intelectuales eminentes que se van, en el caso presente, el veredicto uniforme de altos y simpáticos merecimientos proclamados a todos los vientos, sobre un hombre de combate, con su franca divisa muy liberal y criterio muy imparcial para juzgar los hombres y las cosas con verdad y valentía, — en tal caso, la uniformidad de los diarios, anticipa el juicio de la posteridad; y nada debo agregar a los bellos, gentiles y merecidos elogios, con que aprecian la gran vida argentina de David Peña! Consuela que entre subidas calamidades reinantes, el instinto del pueblo y su reflejo en la prensa ya señale un gran rumbo al país, ya practique un hermoso idealismo.

Señores: Deseo destacar entre las jornadas de prensa y de conferencias realizadas por el doctor David Peña, el celo, la perseverancia y la elocuencia con que abordó en un gran diario de esta capital, en *La Prensa*, una materia nacional de gran importancia, cual fué el *patronato federal*, con toda la amplitud de la legislación española, heredada de la monarquía católica y consagrada por la Constitución Nacional como protección eficaz del Estado laico contra invasiones absorbentes de la Iglesia, contrarias a la Soberanía civil, — para garantizar a todos los habitantes de la Repú-



Alfredo A. Bianchi me pide esta
retrato "para la galeria" .. felij-
mente de "Nuestros" en el resposiva
Divo Serna

blica, católicos y no católicos, las libertades enumeradas en la Carta constitucional, excluyendo cualquier intromisión de potencias extranjeras. El doctor Peña ilustró la materia con luz meridiana, con la sólida doctrina de Alberdi, del doctor Juan M^o Gutiérrez, de Gorostiaga, de constituyentes del 53, y con actos de los gobiernos de Urquiza, de Mitre, de Avelleda, de Sarmiento, de Roca, de Juárez, de Pellegrini, de Uruburu, Roque Sáenz Peña, de Figueroa Alcorta y de Alvear, — que debiera conservarse y ejercitarse ampliamente el Patronato, tal como lo mantuvieron los monarcas españoles, sin que ello implique ningún ataque al ejercicio de los cultos religiosos o laicos, sino defender la Soberanía y la libertad constitucional. Aquella concluyente demostración jurídica del doctor Peña, produjo sensación y aclaró los deberes de los gobernantes, en forma definitiva y previsorá.

También publicó en *La Razón* una serie de artículos muy interesantes sobre la historia e influencia nacional de la ciudad del Rosario; trabajo muy conveniente para explicarnos grandes acontecimientos políticos y el progreso enorme de esa gran ciudad, que armoniza su civismo y adelanto, con la Capital de la República: El doctor Peña produjo tan importante narración que merece circular profusamente en volumen como un tributo ideal del rosarino agradecido a las deferencias legítimas que tuvo siempre para con él la hermosa ciudad litoral.

Contiene también este aspecto simpático de progreso nacional la propaganda larga y apasionada de política democrática liberal y numerosos discursos que llevó a cabo el doctor Peña, en Santa Fe, en Rosario y en Buenos Aires. Durante su vida ha sido un tenaz defensor de las libertades públicas, de la libertad de escribir en la prensa, y de practicar lealmente la democracia, execrando la violencia, las simulaciones y el fraude.

Señores: La literatura dramática del doctor David Peña, ha exaltado los principales perfiles de nuestros grandes hombres, colocándolos en altura prominente, desafiando las divergencias y aun rencores tradicionales contra parte de su actuación histórica. Así lo hizo con Liniers, con Dorrego, con Belgrano, con Alvear, con Urquiza, con Quiroga, después de un curso universitario sobre el mismo, afrentado con el apodo de "Tigre de los llanos." Su pluma artística, llevaba también al teatro temas sociales y de alta crítica histórica, como el drama *La madre del Cardenal*, muy aplaudida y reprisado; *Oscar Wilde* y *Shakespeare*, internándose hondo en la sociedad romana y británica.

Descollaba igualmente el doctor Peña por su afán en defender argentinos notables, víctimas de odios y de persecuciones implacables, erróneas e injustas. Para lograr el triunfo de tan noble empeño, llevaba a cabo un estudio profundo de la vida y de la obra completa de esas víctimas del encono y de la ignorancia, y así producía demostraciones concluyentes y favorables a los perseguidos, haciendo resplandecer la verdad histórica sobre sus cabezas y sobre el pueblo — siempre accesible a la verdad demostrada, a la justicia y a la rectificación de sus propios extravíos. Así, por ejemplo, procedió con don Juan Bautista Alberdi, ultrajado por el odio y los rencores más envenenados; y convertido por el conocimiento de su historia verdadera, "en prócer ilustre", autor de *Las Bases*, del proyecto y comentario de nuestra Constitución, del Derecho Público Provincial y de obras económicas fundamentales. David Peña era el Aristóteles de ese gran argentino; su defensor contundente; y presidió la erección de su monumento en la necrópolis, con un valeroso panegírico del presidente de la república, general Roca. De igual manera defendía a Urquiza, a Juan M. Gutiérrez, a Gorostiaga, y a los constituyentes del 53. La propaganda ha sido justiciera, elocuente y decisiva para bien y prestigio del país, de los agraviados y de la verdad; como sus conferencias,

estuvieron siempre al nivel de las mejores por la belleza y fluidez de la forma, por el estilo y la profundidad de las ideas doctrinarias, siempre cultísimo y ameno; maestro para el boceto de los personajes; parsimonioso para la sátira, la ironía y el ridículo; terrible para sus ataques a fondo. Gastaba en sus producciones literarias, en su conversación chispeante, en el diálogo y en los debates, aquella suavidad y moderación hasta penetrante de las formas, que había aprendido de los eximios modelos que conoció en sus obras y trato personal, llamados Alberdi, don Bernardo de Yrigoyen y Nicolás Avellaneda.

Señores: Este gran muerto, requiere un libro para destacar sus principales merecimientos; para poner al desabierto las numerosas pepitas de oro de sus nobles iniciativas y servicios para los suyos, sus amigos, los infortunados y el pueblo en general.

¡Vate Peña! como le saludaba siempre: Me despido de tu cadáver con el corazón lacerado y lleno de amargura, después de medio siglo de cariñosa amistad.

Discurso del Dr. Eusebio Gómez

Era fundamentalmente bueno este hombre que acaba de morir, en plena actividad, sin odios, sin amarguras, sin protestas contra el destino, que tantas veces le fuera contrario. Era fundamentalmente bueno porque tenía, para el error de los demás, la suprema indulgencia de los espíritus superiores. Era fundamentalmente bueno, porque la desgracia le había dictado lecciones muy severas, que nunca desdeñó. Era fundamentalmente bueno, porque sabía valorar la fuerza propulsora del sentimiento.

Yo hablo de su bondad, ante todo, porque hablo en nombre de sus íntimos, que admirábamos, en él, la delicadeza de su afecto y la sinceridad del mismo, la generosidad con que lo prodigaba y la elocuencia de los hechos con que se empeñaba en exteriorizarlo.

Era un hombre útil. Desde niño comenzó a luchar. Tenía ideales y hacia ellos se encaminaba, con ardoroso entusiasmo, dignamente, con viril energía y con ese optimismo que sólo saben alentar los fuertes. Tenía ideales y en homenaje a ellos sacrificaba todo, hasta el halago de las posiciones que legítimamente le correspondían por su talento preclaro, por su portentosa ilustración, por su singular hombría de bien.

Su paso por la vida deja una huella imborrable. Como maestro, como periodista, como profesional, su obra se caracteriza y se define por el más acendrado amor a la verdad. ¡Y cómo sabía expresarla, en páginas que han de perdurar por la claridad y la hermosura de su estilo, o en conferencias magistrales, que atraían la atención general y provocaban el aplauso unánime!

Era eminentemente justo. Porque lo era, sus dotes de polemista afamado estuvieron al servicio de reivindicaciones históricas, no comprendidas por muchos, pero respetadas por todos, ya que nadie discutió, jamás, la nobleza del reivindicante.

Era eminentemente justo. Su culto por Alberdi, mantenido como fuego sagrado, durante toda su vida de escritor, constituye irrecusable comprobación.

No conocía la vanidad. Sólo se jactaba, a veces, con arrogancia de gran señor, de su honorable pobreza.

Porque fué bueno, porque fué útil, porque amó la verdad y la belleza, porque tuvo ideales, porque fué justo, David Peña se aleja para siempre en medio del cariño y del respeto de cuantos le conocieron.

Otros dirán de su labor de maestro, de escritor y de artista y de

su innegable influencia en la cultura nacional. Los que vivimos muy cerca de su gran corazón nos limitamos a llorar en esta hora aciaga del último adiós.

Discurso del Dr. Tomás Arias

Es en nombre de mi propio sentimiento, después de una cordial vinculación de toda la vida, que me acerco conturbado por honda emoción, a los restos que ha dejado de animar el espíritu superior de David Peña.

Esta vigorosa personalidad cuyo dinamismo no abatieron ni el tiempo ni el dolor, ni la injusticia ha sabido mantener hasta el postrer instante, frescos, como la frescura distinguida de su espíritu siempre joven que dirigía un cerebro nutrido por intensa cultura, los supremos, los elevados ideales que determinarían su acción multiforme, plena de optimismo y de bondad. Por ello, sin duda alguna, David Peña, cuyo romanticismo fué virtud y cuyo idealismo optimista fué verdadera fuerza renovadora de sus admirables energías, no fué siempre comprendido lo bastante en medio de la vorágine del materialismo de la época en que le tocara actuar en la segunda mitad de su existencia... Y sin embargo sus investigaciones históricas abrieron nuevos surcos al estudioso y señalaron, valientemente nuevos puntos de vista al historiador futuro. Sin miramientos complacientes ni temores pueriles a la crítica ligera o a la eterna invocación de la "autoridad" consagrada de los otros, convencidos de que tan sólo la verdad es inatacable y de que ella ha de lograrse mediante el libre debate sobre los acontecimientos y sus actores.

Su labor de juriconsulto y de legislador en Santa Fe; su intensísima actuación en el periodismo, ya fuera en *Nueva Epoca* de la ciudad de las convenciones o en *Diario Nuevo* o en *Atlántida*, la revista académica, para no citar otra, revelaron siempre la calidad y precisión de su criterio como intérprete de la ley y como profundo conocedor de la psicología ambiente, por cuyo mejoramiento bregó sin descanso hasta en el respetable retiro que se había voluntariamente impuesto desde años atrás y que le permitía ver mejor, observar más a fondo, como lo hace el naturalista en la paz de su laboratorio para desentrañar alguna conclusión, alguna idea, algún pensamiento de utilidad colectiva.

Profesor universitario, su voz autorizada aun resuena y seguirá oyéndose por la generación que tuvo el privilegio de escucharla, impregnada de sinceridad y de saber, documentada siempre, siempre llena de sugerencias para el discípulo investigador y de infinito encanto por la pureza pristina de su galana forma. Porque este hombre múltiple, a quien solicitaron el derecho, el periodismo, la cátedra, el libro y la literatura en general, supo armonizar, de la manera más admirable posible en su trabajo, la substancia esencial del fondo de las cosas, con la manera verbal o escrita de presentarlos. Y así bien puede decirse como el elogio que más grato le hubiera sido oír, que, siguiendo a sus maestros, supo pensar como Alberdi y hablar como Avellaneda...

Señores: Sobre todo esto, David Peña fué, en conjunción admirable, hoy más que nunca, un corazón y un carácter...

De lo último da fe su inquebrantable tesón de luchador a quien no le hizo falta para sobresalir "una asiduidad más sostenida", ya que sus prestigios y sus triunfos fueron intelectuales o ideológicos y jamás respondieron al propósito de personal utilidad, como que no le sedujo ni el poder ni la riqueza, entregado de lleno a la vida del espíritu que hoy, en su vasta obra, le permitirá sobrevivir.

De su corazón — de su noble corazón — nos dice lo bastante su ingénita bondad y ese don generoso de prodigarse en todo lo que era, en

todo lo que podía dar, a los suyos, a sus amigos y hasta a los extraños que en hora de tribulación hallaron el refugio de su afecto o su consejo.

Señores: Esta bella existencia que hoy traspone la gran línea divisoria entre una y otra vida buscando para su espíritu el único descanso en la infinita paz, deja en la tierra una estela inconfundible que le impone al respeto de sus conciudadanos.

Querido David: Tu alma ha de estar serena... Maurice de Fleury, al despedirte, habría dicho: Ya no sufres. Ni del mal físico que acaba de destruirte ni de lo que tu corazón podía sufrir... Y si al pensar por un instante en la muerte tu solo temor lo constituía el dolor sin consuelo que iba a causar tu pérdida a tus seres amados y amigos, ya no percibes nuestra voz sino — acaso — como un murmullo lejano... y podemos llorar sin escondernos!

Una violeta en la tumba de David Peña

Obscuro mal te ha vencido...
Tu corazón se ha rasgado
como cristal fatigado
del aroma contenido...

No dispersará el Olvido
tus sueños de iluminado,
tus visiones de inspirado
y tus éxtasis de ungido...

La Muerte, dulce y arcana,
que llamó el de Asis hermana,
vino tu frente a besar:

Justiciera, silenciosa,
alas te brinda en la fosa
para que puedas volar!

LEOPOLDO DÍAZ.

Abril 11 de 1930.

NOTICIA AUTOBIOGRAFICA

Poco más de un año atrás, el 16 de junio de 1928, David Peña escribía para El Hogar la siguiente página autobiográfica, cuyo noble encanto apreciarán ciertamente nuestros lectores:

Su comunicación ha tenido una virtud: Obligarme a echar mi vista hacia el camino recorrido y a recordar las etapas. Ahora sí me doy cuenta de que Vd. ha acertado al dirigirse a mí para su encuesta. ¡Viejo soy! ¡Soy en verdad viejo!

El primer resultado que recojo ante esta conclusión es el ineludible balance a que me siento obligado, usando un procedimiento que aconsejo a los ufanos. Nada cuesta imitarme. ¿Cómo? Poniendo en fila en el papel, uno debajo de otro, los

años transcurridos desde que vinimos al mundo y anotando al lado de cada uno de ellos lo que hemos realizado, de valer. ¡Qué reducido producto al fin de cuentas! Y en mi caso, ¡cuánto déficit!

Como por un plano inclinado la respuesta a su pregunta me lleva a la autobiografía. Es tan liviana que puede Vd. soportarla. Déjeme Vd. que trate de imitar a Rousseau.

Nací contemporáneamente al reorganizarse la República y ser establecida la unidad nacional, es decir, cuando el primer presidente constitucional, general Urquiza, resolvía ceder el gobierno a Buenos Aires para poner término a la separación de esta provincia del resto de las demás.

Con mi infancia coincidió la terminación de la guerra del Paraguay.

Recuerdo, claro que en forma vaga, los estragos de la fiebre amarilla.

Debo haber presenciado las fiestas de la transmisión del mando del segundo presidente — Mitre — al tercero, Sarmiento; como tengo la impresión de haber visto desfilar las tropas vencedoras de la Revolución de 1874.

Lo que sí recuerdo bien son los trabajos electorales en torno de Avellaneda para la cuarta presidencia. Fué el auspiciador de mis estudios preparativos, que concluí cuando él terminaba su mandato.

Muy joven, al ocupar el general Roca el quinto período presidencial, me tocó desempeñar la Secretaría de una intervención a La Rioja. Al regresar y serle yo presentado, díjole Roca al interventor, con amable sonrisa, mientras fijaba sus claros ojos en mí: —“Veo que ha llevado Vd. un ministro imberbe.” Yo no dí bien con el alcance de la frase, pero también sonreí.

En esa época conocí a Alberdi, que me demostró mucho afecto desde el primer momento. Fué el primer hombre eminente que me abrió su alma. Le serví de confidente y secretario a pesar de mi inexperiencia juvenil.

Después me ha tocado ser secretario o actuar oficialmente como tal, al lado de otros hombres públicos, pasando de ese cargo al de una amistad tan respetuosa como íntima y, desde luego, recíproca. Los enumero por su orden: Victorino de la

Plaza, Bernardo de Irigoyen, José Gálvez; Roca, accidentalmente; don Marco Avellaneda, Indalecio Gómez y José Figueroa Alcorta.

Me han favorecido con su trato, amistad y con sus cartas, varios Presidentes de República, — casi todos —, desde Mitre a Sarmiento, de Avellaneda a Roca; de ambos Sáenz Peña a Pellegrini y desde Plaza a Alvear. Sólo he ocupado breves puestos en la administración pública como Secretario General de la Comisión Nacional del Centenario, Asesor del Ministerio de Obras públicas y Secretario de Embajada.

He actuado en el periodismo desde mis primeros años. He fundado en Buenos Aires *Las Novedades*, *Diario Nuevo* y la revista *Atlántida* (13 tomos); en Santa Fe, *Nueva Epoca*; en Rosario, *La Epoca* y *Revista Argentina*.

Dejo 30 obras teatrales y 5 tomos de historia y literatura, de 500 páginas cada tomo. Por todo, 8 tomos.

Tengo seis hijos y seis nietos.

He llegado a manejar millones. No he conocido hombre más pobre que yo.

Por mis ojos ha pasado alguna vez la ambición, nunca la envidia. He sentido de súbito el odio; pero ha vibrado más cerca de mí el amor. La belleza me ha tocado con sus alas. He asistido a la muerte de dos hijos y de mi madre. Nunca me ha sobrecogido el miedo ni la desesperación. Reconozco que todo es sueño y que todo se desvanece y pasa; pero nadie me convence de que haya asunto más seductor que la vida. ¿Qué experimento a esta altura de mis años? ¿Qué puedo aconsejar a los míos? Sólo una fuerza rige profundamente la vida humana: el amor, con sus derivados la bondad, la tolerancia, la indulgencia. Todo el secreto de la felicidad puede residir en ahorrar quebrantos y remordimientos a la conciencia y en apartarnos del error, que tanta fuerza de atracción contiene. Ahora me preparo a partir.

Si hay un más allá o si al incorporarme al Cosmos puedo elegir el lugar de mi preferencia y pedir una compañía excelsa, tengo por seguro que ha de ser un sitio claro, manso y armonioso y que querré estar donde vaguen las sombras de Dante y de Shakespeare, para oír como discurren durante la quietud eterna!

DAVID PEÑA.

NOTICIA BIOGRÁFICA Y BIBLIOGRÁFICA

Completamos las anteriores noticias sobre su vida y su obra, con los siguientes datos biográficos, que hemos procurado depurar y precisar en la medida en que la escasez del tiempo nos lo ha permitido:

David Peña nació en Rosario el 10 de julio de 1863. Cursó el bachillerato en el colegio nacional de su ciudad natal, de donde egresó a fines de 1879. En la fiesta que con motivo de la terminación de los estudios, se realizó con la presencia del presidente Avellaneda, David Peña fué designado por el entonces rector don Enrique Corona Martínez para que hiciera uso de la palabra en nombre de sus compañeros. De esa época data la protección que le dispensó Avellaneda, quien le dió un modesto empleo en el correo, para que Peña pudiera proseguir sus estudios en Buenos Aires. Aquí comenzó a ejercitar su pluma como periodista: en *El Nacional*, de Sarmiento, en *La Libertad* de Bilbao, en el famoso *Sud América*. Actuando más tarde en la azarosa política de su provincia, fundó y dirigió entre otros el diario de Santa Fe, *Nueva Epoca*, que cumplirá a fines de mayo los 44 años de su existencia. Por aquellos mismos años ocupó una banca en la legislatura provincial y luego en la Convención Constituyente de 1889, que reformó la constitución local hasta entonces vigente. Cuando, descontento de la política de su terruño, se estableció definitivamente en Buenos Aires a fines del siglo pasado, su tiempo lo repartió desde entonces entre el periodismo, (*Diario Nuevo*, *Atlántida*, etc.) el teatro, la cátedra y el ejercicio de la abogacía.

Fué profesor de historia argentina en el colegio nacional del Rosario y en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires; de Historia Constitucional y Derecho Público Provincial Argentino en la Facultad de Derecho de La Plata; de Moral Cívica en el colegio nacional Mariano Moreno.

Era académico de la Facultad de Filosofía y Letras, miembro de la Junta de Historia y Numismática Americana y correspondiente de la Real Academia de la Historia de Madrid.

Publicó los siguientes libros: *Juan Facundo Quiroga* (Coni, 1906); *Historia de las leyes* (1916) de la que aparecieron tres tomos. Además, las siguientes obras teatrales: *Oscar Wilde* (Sociedad Editorial Argentina), *El embrujo de Sevilla* (Rosso), *Shakespeare*, *Liniers*, *Facundo*, *Dorrego*, *Una mujer de teatro*, *La madre del cardenal* (en "Bambalinas"). Hay tiradas aparte de algunas de sus conferencias: *Marco Manuel de Avellaneda*, *La defensa de Alberdi*, *Elogio de Avellaneda*. Deja inéditos, según referencia de su hijo: *La Religión en la Historia Nacional*; tres tomos dedicados a estudiar la personalidad de Alberdi; un tomo titulado: *Recuerdos íntimos. Miscelánea*. Estrenó las siguientes obras teatrales de las cuales hemos logrado precisar en casi todos los casos el teatro y la fecha: *¿Qué dirá la Sociedad?* (Opera, 25 setiembre 1883), *La lucha por la vida* (Opera, 30 mayo 1885), *Próspera* (San Martín, 17 setiembre 1903), *Magnaud* (Victoria, 1904), *Inútil* (Apolo, febrero 1904), *Facundo* (Argentino, diciembre 1906), *Dorrego* (Victoria, agosto 1909), *Un loco* (Buenos Aires, 1911), *Un cuerpo* (Odeón, abril 1912), *Liniers* (Nuevo, marzo 1917), *Primera audición del himno* (en el Consejo Nacional de Mujeres, mayo 1920), *Una mujer de teatro* (Marconi, 1921), *La madre del Cardenal* (Marconi, 18 julio 1923), *Don Félix de Montemar* (Victoria, 1º diciembre 1923), *Alvear* (Smart, 7 noviembre 1924), *Un tigre del Chaco* (Smart, 1926), *El embrujo de Sevilla* (Sarmiento, 5 de mayo 1926).

Deja inéditas, según referencias de sus herederos: *Belgrano*, *Drama en un club*, *Mariposa Azul*, *Becquer*, *José Miguel Carrera*, *Urquiza*, *San Martín* (esbozada), *Rosas* (ídem), *La cigarra*, *Falstaff*, *El otro Falstaff*. *Aquel gaucho ya se fué*, *Radiomanía*, *La canción del Volga*.

CARLOS VEGA BELGRANO

(Fallecido en Buenos Aires el 19 de abril)

A fines del siglo pasado se publicaba en Buenos Aires una de las obras clásicas de la moderna poesía de lengua española: *Prosas Profanas*. Rubén Darío la dedicaba "afectuosamente" a Carlos Vega Belgrano. Por los mismos años, en 1897, Leopoldo Lugones imprimía su primer libro, *Las Montañas del Oro*, otro momento inolvidable en la historia de la poesía simbolista, y lo dedicaba a Carlos Vega Belgrano. Compartía con él el recuerdo, Luis Berisso, también un animador. Hemos dicho, un animador. Eso fué toda su vida Carlos Vega Belgrano en el orden intelectual: pródigo mecenas hasta que poseyó bienes de fortuna; un decidido protector, siempre, hasta su muerte, que lo ha encontrado ejerciendo el cargo, que hubiérase dicho creado para él, de Presidente de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares.

Sin haber sido propiamente un escritor, en nuestro mundo literario fué Vega Belgrano una figura de excepción, cuya bienhechora influencia moral e intelectual se ejerció a la vez con bondadosa generosidad y suma distinción y cultura.

Al movimiento modernista que le contó, como hemos visto, entre sus animadores, llegaba Vega Belgrano de la generación inmediata anterior. Había nacido, en efecto, en 1858, y descendía del ilustre general de la Independencia, de quien parecía haber heredado la bondad y el amor de la cultura. Perteneció — año más, año menos — a la generación de Obligado, Coronado, Fregeiro, Uriarte, Holmberg, Quesada, Lamarque, Ventura Lynch, Correa Morales, García Mérou y otros muchos talentos estudiosos y brillantes que allá antes del 80 habían hecho de la llamada *Academia Argentina*, un centro de actividad intelectual



CARLOS VEGA BELGRANO

en donde el juvenil entusiasmo de los "académicos" se daba batalla con su nativa incapacidad de llevar a término ninguna de las empresas colectivamente proyectadas. Uno de los más sólidos talentos de esa generación, Martín García Mérou, lo retrataba en 1891, en sus *Recuerdos literarios*, del modo siguiente:

"Carlos Vega Belgrano era un aficionado impenitente a la literatura. Tenía por cuartel general y campo de operaciones la librería de Igón, que durante un largo espacio de tiempo fué un club literario donde acudían los miembros del cenáculo académico de la casa de Obligado y que hoy está huérfana de aquellas visitas, aunque tiene la suerte de poseer la fidelidad del Dr. Goyena, que la ha convertido en una especie de sucursal de su estudio de abogado, donde cita a clientes y amigos, tal vez por la situación estratégica que ocupa, a un paso del tranvía de Flores y a pocas cuadras de la Facultad de Derecho. El contagio irresistible de la gente de letras era tan poderoso, que logró sacar de sus casillas a los pacíficos hermanos, propietarios de la librería y comerciantes de fino olfato, y los indujo a convertirse en editores de las *Ráfagas* y las *Hojas al viento* de Guido y Spano, los dramas de Coronado y las obras de Frejeiro. Carlos Vega Belgrano parecía haber establecido en aquel centro su domicilio legal. Su perfil prominente y su cabeza rubia y precozmente calva, era lo primero que se distinguía en la penumbra del establecimiento. Allí permaneció, con una rara persistencia, hasta el día en que se alejó de la patria, a la cual regresó por algún tiempo, no hace muchas semanas, trayendo entre su bagaje de literato un libro de *Pensamientos*."

Antes de ir a Europa, metió mano en la fundación de varias publicaciones periódicas, que aparecieron sucesivamente: *La Actualidad*, *La Revista de la República*, *La Revista Literaria* y *La Revista del Plata*. En 1877 se trasladó a Europa, donde ensanchó su cultura, asistiendo a los cursos universitarios de París, Heidelberg y Bonn. Agregado primeramente, en forma honoraria, a nuestra embajada en Berlín, fué más tarde cónsul general en Hamburgo.

Vuelto al país en 1891, dirigió la *Revista Nacional* y se contó entre los fundadores del famoso Ateneo, cuya presidencia ejerció; luego, en 1894, fundaba *El Tiempo*, una de sus inolvidables

creaciones, diario de la tarde de sólido prestigio cívico, intelectual y moral, cuya existencia duró unos veinte años. ¿A cuántos jóvenes escritores, muchos de ellos ilustres más tarde, no abrió *El Tiempo* sus columnas? Aun recordamos verlo en la redacción de la calle San Martín, invariablemente, todas las mañanas, acogiéndonos afablemente a quienes luego habíamos de fundar esta revista, publicándonos con noble confianza en nuestras aptitudes bisoñas, las páginas que le ofrecíamos tímidamente, y entreteniéndose con nosotros en su lenta conversación de hombre reflexivo, en darnos útiles consejos y decirnos necesarias palabras de aliento. Así fué siempre y con todos, hasta sus últimos días. Muchas instituciones de origen popular le tuvieron por fundador o destacado miembro dirigente: el Círculo de la Prensa, la Biblioteca Municipal, la Sociedad de los Amigos de la Educación, la Universidad Libre, la Liga Nacional de Educación. Y aun podía vérselo, ya anciano y enfermo, encontrar tiempo, al margen de sus tareas en la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares o en la biblioteca de la Universidad de La Plata, para asistir a conferencias, hacer acto de presencia en algún banquete literario o escribir algún artículo en que volcaba sus recuerdos y su sana, resignada filosofía de la vida, tal el que dedicó a Groussac en estas páginas cuando conmemoramos su muerte.

Vega Belgrano había publicado un solo libro, una colección de *Pensamientos* que vieron la luz en Hamburgo; pero ha dejado — leemos — varias obras inéditas, cuyos títulos, *Siluetas*, *En alta voz*, *Memorias*, *Crónica*, *Crítica*, nos hacen suponer que son, todas o casi todas ellas, la recopilación de sus artículos periodísticos. Además, una obra teatral inconclusa: *Así son muchos*.

El afecto y las simpatías que conquistó en su vida, mostráronse en los actos del velorio y del entierro, a que concurrieron los hombres más representativos de nuestros círculos periodísticos y literarios.

A continuación publicamos el discurso leído ante su ataúd, por su colega de la Comisión de Bibliotecas, Dr. Carlos Obligado, quien debió hacerlo en nombre de su autor, el presidente interino, Dr. Francisco de Veyga, ausente por haberse sentido indispuesto.

LA DIRECCIÓN.

Discurso del Dr. Francisco de Veyga

Señores: Vengo en nombre de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares a dar el último adiós al que fué su presidente durante los cuatro últimos años de su vida, después de haberla servido en calidad de vocal los quince años anteriores.

Es un hondo vacío el que deja Carlos Vega Belgrano en el seno de esta institución. Designado para integrar su comisión directiva en un momento de profunda postración para ella al mismo tiempo que de gran desinterés público por las cosas del espíritu, nuestro ilustre compañero de trabajo trajo a ella, con el entusiasmo y la fe que en él provocaban desde muy temprano las iniciativas de esta especie, el concurso de su gran preparación y de su probada experiencia, contribuyendo así en primer término a la rápida y visible reconstrucción de la obra, a su consolidación definitiva.

Su dedicación ejemplar al cargo había hecho de este espíritu, singularmente libre y enemigo por lo tanto de toda disciplina, un funcionario rígido, atado a su labor, rápido en sus decisiones, previsor en sus miras. Los males físicos que desde temprano empezaron a minar su existencia, no fueron nunca obstáculo para el despliegue de su empeñosa acción. Todavía lo vemos, hace poco tiempo, — un poco antes de que la justiciera iniciativa del ministro Sagarna, tan recordada por él, le otorgara el nombramiento efectivo de presidente, — recorriendo la despoblada región del Río Negro y fundando en ella nuevas bibliotecas, creaciones prósperas todas ellas hoy día, que atestiguan el afán y la fe puestas al caso por este apóstol de la cultura.

Difícil será su remplazo en el cargo que deja. Imposible en todo caso su olvido. La huella de su paso queda indeleblemente marcada en la vida de nuestra institución, como queda en la de todas aquellas a las cuales prestara el valioso concurso de su persona y de su nombre.

Imposible olvidar esta figura singular vaciada en el molde antiguo que el infortunio vino más tarde a acentuar con mayor fuerza dándole un relieve inconfundible. Imposible olvidar al caballero impecable que había en él, al artista dulce y sencillo, al *causeur* fino y ameno, al crítico preciso, justiciero y leal, benévolo siempre, al resignado envuelto en el silencio de su gran dolor.

Al caballero gentil, dolorido y resignado... Este era, sobre todos los demás, el signo distintivo de esta bella y noble figura. Era el nieto de Manuel Belgrano, y de él llevaba el nombre con toda la altura, la majestad diríamos, de quien sabía no sólo lo que valía aquel gran hombre del pasado, sino lo que exigía la ostentación de su recuerdo. De ese pensamiento, de esa devoción sumisa al nombre ancestral fué esclavo su vida entera, sacrificando a ello los días de prueba en que la angustiada necesidad del momento le exigía hablar, quejarse y pedir.

Otros trazarán su historia en los días que han de venir. Su larga vida de labor, su brillante figuración en los centros de cultura del país entero exigirán nutridas páginas. Yo me limito tan sólo a expresar el dolor que nos embarga en la institución de que fuera ardiente animador durante los veinte últimos años de su vida.

Adiós, querido y respetado amigo; adiós, en nombre de todos los compañeros de labor, consternados por la pérdida del buen jefe caído en plena acción!

BIBLIOGRAFIA

LETRAS ARGENTINAS

El Apocalipsis de San Lenín, por *Arturo Capdevila*. Editorial Librería del Colegio, Buenos Aires 1929.

Los grandes sucesos que modifican la estructura social de los pueblos, llegan animados por las verdaderas fuerzas de la conciencia humana. Creados por el pensamiento, necesitan la afirmación serena de la lucha y en ese proceso de lenta realidad, el tiempo pone la grandeza de la esperanza bienhechora. Entre aquellos hechos triunfantes que reformaron por completo la fisonomía de una nación, la Rusia de los Soviets ofrece el panorama de la magnífica conquista. Una raza educada en la mansedumbre y oprimida por el despotismo, supo en la hora de la rehabilitación universal buscar la justiciera victoria de su libertad.

Aquel acontecimiento extraordinario de la historia, sirvió para revelar la poderosa disciplina del ideal eslavo. Las energías morales de la generación no se malograron en el caos de la tragedia, y al contrario, supieron descubrir al salvador de la dramática contienda. Entonces, apareció Nicolás Lenín, el verdadero símbolo de la redención social, quien fué acompañado por el heroísmo solidario de sus conciudadanos. La grandeza del espectáculo iluminó la curiosidad del mundo y desde ese instante, la revolución de los brazos, adquirió el ejemplo de la nueva verdad humanizada.

La impresión del inmenso dráma humano, tuvo sus apologistas y destructores. Pero el problema ideológico no interesa en este caso. Ahora, sólo vamos a juzgar la proeza del esfuerzo y el teatro de la fecunda actividad. El evocador de la enorme maravilla es un poeta y por ello, debemos únicamente considerar su libro como una expresión de vibrante fantasía. Arturo Capdevila, cuya obra representa uno de los valores más puros de las letras argentinas, ha escrito el poema de belleza. Admiró de lejos la magestad de la hazaña de Moscú y emocionado por el rumor de su epopeya, concibió la admirable visión de su lirismo.

Aquí no se interpreta el sentido social de la política marxista, sino la decoración poemática de la empresa estupenda. La figura de Lenín surge embellecida por la creación absolutamente lírica del canto. Hay una honda emoción en el encadenamiento de sus palabras trascendentes. El poeta derrocha con ternura las imágenes brillantes, describiendo la aureola del mártir y el apiñado cortejo de la multitud enardecida. Vigilando el progreso de la jornada impresionante, el artista revive, paso a paso, la mágica poesía de la acción y la fuerte humanidad de la tragedia.

No pudiendo encerrar en la cárcel del verso la desbordante riqueza de su inspiración, el autor ha preferido la realidad del canto en la melodía religiosa de los salmos. Ha dividido la magnífica concepción de la leyenda,

en diversos poemas de hermosura. La quimera imaginativa, la sabia meditación poseen el tono sacro de los memorables relatos de la Biblia. La exégesis del ideal no se oscurece en la diáfana y cambiante armonía del estilo. Libro de fervor lírico y aérea visión, el panorama de los pensamientos traduce la bella y desinteresada vocación del poema.

El Apocalipsis de San Lenin es una obra puramente estética. Se aparta de las corrientes expresiones literarias para crear la magia de una maravillosa exaltación espiritual. Su amor a la belleza es tan intenso, que cualquier cosa del mundo le despierta un tesoro de emoción. No de otra manera debe comprenderse la vigorosa alegoría de su última producción. El drama de Rusia fué un drama esencialmente humano y necesitaba la poesía de su dolorosa gestación, Arturo Capdevila ofrece la prueba de esa idealidad suprema y la deja vibrando en sus magníficos versículos.

La personalidad del poeta que es a la vez un admirable escritor, ocupa un lugar de innegable prestigio en la literatura nacional. Lo ocupa por la alta jerarquía de su inteligencia y la evidente cultura de sus conocimientos humanistas. Hablar, pues, de su obra, sería hablar con justicia de uno de los trabajadores más honrados de la actual generación y por tanto, cada nuevo libro como el que acabamos de señalar, no sirve más que para engrandecer el digno respeto de su nombre.

JULIO ARAMBURU.

A Cara o Cruz, por *Pedro Godoy*. Editorial Claridad. Buenos Aires, 1929.

LA publicación de este libro de versos, merece señalarse dentro de la actual producción literaria como un signo de promisoras esperanzas. Es un libro de emoción y de belleza, profundamente humano y que el autor ha sabido componer con religiosa devoción de artista. No hay en sus páginas ningún abalorio, sino una delicada selección de cuadros bellos. La sensibilidad del poeta se traduce en el motivo de sus cantos con una riqueza comunicativa y subyugante. He aquí porque su lectura deja en el espíritu una grata resonancia de música interior.

Desde el prólogo hasta el fin de la obra se advierte el profundo sentimiento de la capacidad artística. Pedro Godoy ha viajado por los campos y penetrado en las ciudades con el mismo fervor de un cazador de ensueños. Paisajes, árboles, costumbres, toda la gama de la existencia agraria, mereció a sus ojos el lírico asombro y a su alma eternecida, el amor de la canción. Por eso, amando las cosas humildes y los seres tristes, ha sabido embellecerlos con el don de sus versos.

En todas partes ha detenido su curiosidad para componer mejor la música de sus poemas. Bohemio de los diversos caminos, ajustó a su nostalgia la penetrante frescura del recuerdo. Quiso abandonar la región legendaria de la pampa, la dilatada planicie uniforme, pero dejando la herencia de su gratitud sentimental. De esa manera prosiguió la marcha, admirando la hazaña de los labradores y la imagen fugitiva de los ranchos. Nada le fué extraño en los apartados lugares del mundo y por ello, todas sus visiones acusan la intensa fraternidad del corazón.

Pero además de ser un excepcional cantor de las églogas nativas, la densidad de su lirismo vibra con igual emoción en el tumulto de las grandes ciudades. Aquí, el tono de sus rimas, adquiere una expresión de melancólica ternura. Las vidas anónimas conmueven su espíritu y brota a cada instante su queja o la protesta. Porque el fondo real y simbólico de Godoy es el de ser un poeta de generosa interpretación social. No en vano, él mismo lo dice:

*He llegado de afuera, con la pluma
empapada con tinta de entusiasmo;
un fardo de recuerdos a la espalda,
y un gajo de bondad entre los labios.*

*Distraído,
andariego, rebelde, desconfiado.
Soy un ruído cantor que tiene mucho
del gringo y del paisano.*

*Por hombría,
por despecho, canto.*

*Soy de los pies a la cabeza, todo,
un desgarrante grito proletario.*

La voz de Pedro Godoy lleva un noble acento de solidaridad humana. La lleva en la sincera grandeza de su alma y en la sugestión escénica de sus cantos bucólicos. Es un constructor verbal de múltiples bellezas. Quien conozca la obra primorosa del autor, ha de acompañarlo con espontánea simpatía. Descubrir una a una sus rimas, sería mutilar el secreto del encantamiento. Hay, pues, que ir hacia él y conocerlo. Por que, pocas veces, un libro tan acabado y tan armonioso como *A Cara o Cruz*, sirve para revelarnos la verdadera presencia de un poeta.

JULIO ARAMBURU.

La Idea Imposible, por *Jorge Nelke*. Buenos Aires, 1929.

EL autor de esta novela ha publicado, con éste, su octavo libro. Este hecho implica una posición de responsabilidad literaria de la que es dable pedirle cuentas al señor Nelke. Quien ha publicado ocho volúmenes, lo que equivale a una consagración tesonera y constante, no puede ser un simple "productor" de libros. De aquí que deba reclamársele los indispensables elementos de solidez literaria, vale decir, inspiración feliz, ideas claras, conjuntos orgánicos y complejos.

Nos apresuramos a expresar que si llevamos a cabo estas exigencias es, precisamente, porque el autor de *La Idea Imposible* carece de tales recursos indispensables, parcial o totalmente, a un escritor. Estamos frente a una trama que está lejos de poseer atracción alguna, un confuso desarrollo de acontecimientos, un empalme infantil de sucesos y una pobreza anémica de colorido y vigor. Un núcleo de titeres que giran en torno a una idea desprovista de toda lógica, huérfana de sentido, nebulosa y absurda, desfilan por los ligeros capítulos de esta novela, sin que su presencia nos provoque un gesto o nos sugiera un concepto, una idea o una reflexión. Falta unidad de conjunto, trabazón, esqueleto. Un acierto de detalle se pierde en las descripciones. Una pincelada feliz se esfuma en el aluvión de tonos superficiales.

Al señor Nelke es absurdo estimularlo con las zarandeadas frases de manoseo usual en el "brulote" o "el bombo". Quien ha publicado ocho libros ha dejado de ser una promesa. Lograda o perdida es ya una realidad. Lo que urge señalar en este caso es su carencia de valores definitivos. Agregaremos que el anhelo de escribir inspirándose en motivos netamente efectistas, asignan a esta obra su laguna capital, la sombra que la obscurece totalmente. No tienen sus páginas calor humano, vitalidad, indispensables elementos orgánicos que otorgan a un esfuerzo contornos precisos y medulares.

Mientras el arte se conciba sujeto a fórmulas y medidas, sus productos no podrán ser sino concepciones endebles y convencionales.

SALOMÓN WAPNIR.

El alma errante de Don Guillermo Guardiviola, por *Lucrecio Normal*. Buenos Aires, 1929.

A manera de memorias, tenemos aquí un bosquejo de la existencia de don Guillermo Guardiviola, mezcla de filósofo, misántropo y escéptico. Si en algo esencial se pone de relieve su figura es cuando perfila, en pensamientos, ideas y acciones un carácter propio, una particular concepción de los hechos y una mentalidad independiente para enfocar los acontecimientos y su influencia en cada órbita de acción.

De todo esto y de cuanto nos sugieren sus posteriores actitudes, caemos en la cuenta de que el personaje central de estas páginas es una figura de excepción, tan ausente de todo medio habitual que bien podría creerse en su mera existencia como ficción literaria. Su sinceridad, su nobleza, sus sentimientos, saturados de generosos propósitos y leales inspiraciones, no guardan relación con el ambiente en que actúa, con la esfera social en que desenvuelve y transcurren sus días, con las limitadas inquietudes de su clase. Junto a ellos su presencia adquiere proporciones, se agiganta, pero también se nos ocurre convencional, ficticia, meramente imaginativa. De ninguna otra manera sería calificado quien dispusiera en su testamento que su granja "La Crucecita" pasara a ser propiedad colectiva de los que con su trabajo habían cooperado materialmente a formarla; destinar su estancia "El Potro Herrado" al bienestar y auxilio de quienes contribuyeron a valorizar la región; que su inmenso campo del Neuquén pasara a manos de los que allí vivían cultivándolo, mediante un pago ínfimo, sin trabas, intereses o cláusulas aviesas. Es evidente que quien dispusiera de sus bienes con este criterio magnánimo y justiciero, no podría ser conceptuado sino como un descentrado, un anormal, calificativo que alcanza en vida a quienes se distancian de la trillada huella de los procedimientos utilitarios y comunes.

Tienen también estas páginas el mérito de ofrecernos una abundante serie de motivos, cuadros y paisajes a cual más ajustados a la realidad cotidiana. Sus pinceladas, — agudas, agrias, severas, — no se nos ocurren inverosímiles por lo mismo que trasuntan ese calor humano que les otorga el vigor de una realidad objetiva evidente.

Cuando palpamos la mentira de las amistades convencionales, puestas en descubierto en torno al cadáver de Guardiviola; cuando seguimos el proceso íntimo de sus dos sobrinos, herederos de su fortuna, indignados ante las filantrópicas cláusulas del testamento; cuando asistimos a los detalles de la hipotecación de los bienes, pocos días después de su muerte, en la oficina de comisiones y descuentos de Manuel Jordán, no hay duda de que destacamos la sobriedad humana de los hechos. En ellos el autor de *El alma errante de don Guillermo Guardiviola* anota sus aciertos más pronunciados, ya que a la fluidez con que señala los episodios, se suma la fidelidad rigurosa y palpante del verismo de los cuadros.

Estas memorias bien han podido servir para expresar una crítica a las costumbres de ciertos tipos, a las lacras morales de otros, al desdoblamiento y a la hipocresía de muchos.

Con este mismo material, con los mismos elementos utilizados para los capítulos de este libro, el escritor que se esconde bajo el pseudónimo — suponemos — de *Lucrecio Normal*, que muestra condiciones estimables,

hubiera podido realizar una novela de trascendencia, un esfuerzo orgánico.

Le hubiera bastado disponer los recursos de distinta manera, ahondar los motivos, perfilar con más claridad algunos aspectos, destacar otros y aligerar algunos capítulos, especialmente los concernientes al juicio final del alma de Guardiviola.

SALOMÓN WAPNIR.

Una Porteña Snob, por *Carlos Alberto Arroyo*. Editorial "El Inca". Buenos Aires. 1929.

SABIDO es que una de las consecuencias más evidentes de la post-guerra la constituye el desequilibrio que en la organización de las costumbres ha sembrado la presencia de nuevos hábitos y orientaciones sociales.

El derrumbe estrepitoso de las vetustas afirmaciones sostenidas en pie durante el espacio de los siglos y hechas polvo ante el imperio de la guerra más horrenda de la historia, ha prestado ambiente a las más caprichosas manifestaciones de la frivolidad, del escepticismo y de la ligereza. Pareciera que el desgaste de los resortes que la sociedad mantuviera ajustados por el espacio de algunos siglos, en normas y moldes opresores, provocara la liberación de un estado latente. Quedaría incompleto el cuadro si no agregáramos a él la legión de los *nouveaux riches* que al tambor de la metralla nutrieron el caudal de sus arcas en el agio y la especulación.

Esta caravana de flamantes creadores de una sociedad estigmatizada con los tizones de la hoguera universal, desfila por todos los pueblos conduciendo a cuestras el pesado bagaje de sus vicios, de sus taras y debilidades.

La sociedad porteña, la que corresponde a una determinada clase social, pese a su ausencia directa del núcleo central de quienes sufrieron los efectos de la Europa en llamas, ha recibido, también, el aporte de tales corrientes y contribuciones.

El snobismo podría constituir el más perfilado de los morbos sociales que recrudecieron en estas horas de crisis para los cimientos de la sociedad, en instantes en que una revisión de valores de todo orden se impone en el anhelo de realizar un depurado balance de posibilidades y esfuerzos.

Una Porteña Snob adquiere contornos definidos para el conocimiento y estudio del escenario en que se desarrolla y gravitan los efectos de tal proceso social. Su autor señala, con acierto, la interesante gama de matices que se suceden en el espíritu snob y vanidoso de sus personajes. Eve, resulta así una figura bien lograda, pintada y seguida en cada una de sus evoluciones con cariño, con rasgos nitidos. En general, todos los muñecos que actúan en el mundillo de esa novela se desenvuelven con soltura, lejos de todo lastre de imperfección o de discontinuidad lógica.

Reconocemos en Carlos Alberto Arroyo excelentes condiciones de observador, empleando con tino y mérito la contribución de sus juicios a la crítica de un medio cuyos vicios y lagunas enfoca desde las páginas de *Una Porteña Snob*.

Pero aquí reside, también, el primer defecto de su obra. Una novela no puede ser, de por sí, un tratado de urbanidad o un decálogo de moral. Saludable y contestes con que sus páginas encierren una idea madre, matriz de su propia estructura, sea ésta de cualquier orden. Pero si la finalidad objetiva prima sobre la composición del recurso empleado el conjunto se resiente en su apreciación total.

Decimos, por consiguiente, que *Una Porteña Snob* es una novela bien intencionada, de finalidad generosa y de crítica aguda, por cuyas páginas

campean observaciones sensatas y valientes, acerca de las más ridículas y vácuas de las modalidades de cierta esfera social. Señalar vicios, cauterizar heridas, descorrer los velos que cubren errores y anomalías, ha de constituir siempre una actitud de aliento. Bajo este concepto no le escatimamos nuestra palabra de simpatía a Carlos Alberto Arroyo, pero no podemos olvidar que *Una Porteña Snob* es una novela, vale decir, una expresión de arte sujeta a ciertas reglas técnicas las que no es posible eludir sin incurrir en errores sustanciales que gravitan sobre el concepto total de la obra.

El anhelo de bucear en el motivo eje de su pieza, ha conducido al autor al desaliño de la forma, al descuido de la trama y a la ligereza del nudo y desarrollo de la novela. Alejado, por momentos, del relato para ofrecer una disquisición marginal, lo vemos descender por la pendiente de páginas frívolas, diálogos ligeros, capítulos superficiales, cuya supresión en nada alterarían la marcha de los sucesos y la comprensión del desarrollo.

Es indudable que en *Una Porteña Snob* el material de una buena novela y el perfil de un escritor capacitado para su género, se descubren entre los claroscuros de la construcción evidentemente defectuosa. Y añ anotar estas objeciones no reclamamos en Carlos Alberto Arroyo la presencia de aquellas modalidades propias de un escritor adocenado, puntilloso, mero literato, artífice de la forma y burilador de la técnica.

La justeza y la sobriedad en las descripciones y paisajes, el ajuste indispensable al núcleo del relato y la soltura en los capítulos, son cualidades que aun cuando no se prodigan en *Una Porteña Snob*, pueden, empero, ser logradas por quien ha realizado una novela como la que nos ocupa, tan honesta y valiente en su finalidad primordial.

SALOMÓN WAPNER.

Desde mi rincón, por *Miss Campbell*. Córdoba, 1929.

EL atraso con que nos hemos de referir a este libro, constituye un elogio para el mismo; vale decir que conserva actualidad, que su materia prima es de aquellas que subsisten, pese a la acción demoleadora y corrosiva del tiempo. Naturaleza privilegiada la de las páginas que logran mantenerse frescas y ágiles a través de las pruebas que impone la serenidad de un juicio, distante de la hora de efervescencia que implica su publicación.

Hay en este pequeño libro, más que el vigor de ideas y pensamientos, el calor de los nobles propósitos que motivaron su realización. Es un fino intento de crítica social, de reparos y observaciones a las costumbres de una determinada clase de la sociedad cordobesa. En forma novelada, en una sencilla trama sentimental, Miss Campbell escuda sus juicios y apunta sus blancos, señalando errores y desviaciones, interpretaciones capciosas y antojadizas de los conceptos morales y la influencia que estos hechos ejercen sobre el seno de la familia y de la sociedad.

Queda con esto dicho cual es la finalidad primordial de este libro, en cuyas páginas abundan las expresiones bien logradas en colorido y construcción. Miss Campbell, que ha buscado en el seudónimo una defensa a su timidez literaria, ha escrito este volumen sin pretensiones. Sus cuartillas nos revelan que han sido realizadas por alguien que tiene algo que decir, — lo cual no es poco elogio, — y que lo dice con claridad, con buen tono y con acierto. No alardean sus capítulos de prurito literario alguno, — bien se deja ver, — y sólo aspiran a perfilar y señalar, con el mayor cúmulo de aciertos, los cuadros, caracteres y hechos que nos refiere.

Desde mi rincón nos brinda toda su estructura orgánica desde su tí-

tulo. Ha sido, en efecto, desde la borda de su balcón que Miss Campbell ha recogido, con fidelidad plausible, el espectáculo de cuanto ha herido su retina y sus sentimientos.

Obra primeriza de un espíritu que se nos revela culto y capacitado, no podría dejar de tener sus lagunas y sus aspectos objetables. Si así no fuera estaríamos en presencia de una obra perfecta, y un producto humano no puede ser perfecto. Sus propios errores le otorgan sabor real.

Por lo mismo que creemos en el talento de quien ha escrito estas páginas, es que nos hacemos un deber el incitarle a ofrecernos una nueva muestra de su vocación literaria.

SALOMÓN WAPNIR.

El Misal de mi Yoga, por *Salvadora Medina Onrubia*. Buenos Aires, 1929.

EL último libro de esta distinguida escritora y fina poetisa argentina no puede ser analizado con un criterio más o menos uniforme, pues no ofrece un conjunto armónico, lo cual puede ser un bien o un mal, según el punto de vista en que se coloque el lector. Tampoco se puede decir que en *El Misal de mi Yoga* haya etapas. Lo que vemos son "estados" de alma en busca de un equilibrio, que seguramente hallarán. Cuando llegue ese día, Salvadora Medina Onrubia nos dará — no tenemos la menor duda al respecto — una obra maestra que resistirá a la acción del tiempo y del espacio para honra de nuestras letras.

Desde el principio, y precisamente en el primer verso,

Señor, de rodillas a Tus pies...

la autora ya se define. Estamos en plena adoración y en plena devoción. Se nota de inmediato la influencia cristiana, que el anarquismo apenas pudo cubrir con una delgada capa de barniz y que una teosofía incompleta y deformada volvió a poner en claro. Toda la obra está dedicada al maestro K. H., una hipotética, problemática y discutible reencarnación de Pitágoras, según la opinión de los fundadores y dirigentes de la Sociedad Teosófica. Involuntariamente, uno se pregunta: ¿encaja en nuestra evolución espiritual, en la que todo el progreso debe ser el resultado de los propios esfuerzos, eso de echarse a los pies de alguien, por maestro que sea, más aún después de haber tenido el valor de rebelarse al mismo Dios? ¿Es lógico prosternarse de rodillas ante un símbolo — porque en el fondo los Maestros de la Teosofía pueden resultar simples símbolos — cuando sabemos que, aun en el caso de necesitar puntos de apoyo, todo debe ser realizado a base de comprensión? ¿Con qué derecho, si nos ponemos de rodillas ante un ser cualquiera, podemos escandalizarnos porque multitudes inmensas se arrodillan y rezan ante toda la fetichería cristiana, hindú, brahmánica o lo que sea? Si ese es el producto de la Sociedad Teosófica en 54 años de existencia, nos preguntamos con espanto si tiene ella el derecho de existir.

En *La Busca* la autora nos recuerda la sentencia: "Encended vuestra lámpara y el Maestro vendrá". Esa es la Verdad, luminosa y terminante, que da el más solemne mentís a todas las devociones, las adoraciones y las consagraciones. No hay otra cosa que hacer más que encender la lámpara de nuestra intuición: para que el Maestro, nuestra divinidad inmanente, se haga trascendente, sin ayuda de nadie. Y si queremos ser más exactos diremos que tampoco hay necesidad de encender la lámpara. La lámpara ya está encendida, siempre lo estuvo. La lámpara es la Vida misma. Para que brille sólo hace falta purificar el cuerpo, el corazón y

la mente, como nos lo han enseñado todas las Escrituras Sagradas, como nos lo recuerda hoy a cada paso Krishnamurti, aconsejándonos además que pongamos en armonía la razón y el amor, frase que tiene un significado mucho más profundo de lo que a primera vista parece.

Eso lo sabe perfectamente la autora:

*Yo sola soy la senda por la que marchó,
Yo sola soy la voz de mi clamor eterno,
Yo sola soy la lámpara que ilumina mi busca.*

aunque a renglón seguido se desdice y exclama:

*Yo sola soy ahora
un punto de conciencia frente a la Eternidad.*

No, señora, no es Vd. — ni nadie — “un punto de conciencia”. Cada uno y todos somos la misma y única conciencia. Al haberlo olvidado, por un instante, por un siglo o por un milenio, hemos debido cargar con todos los males, dolores, penas, miserias y abyecciones de la existencia, algunas de las cuales la autora tan patéticamente describe en diversas composiciones, *Las Pruebas* y *Soledad*, pongamos por caso.

En determinadas composiciones un sentimiento de íntima tristeza amenaza invadirnos, tanto es el cúmulo de “renunciaciones” que la autora nos dice haber hecho. Una saludable dosis de escepticismo aparta la tristeza y una sospecha musita al oído: ¿son reales esas renunciaciones?

Dos composiciones notables, que bastarían por sí solas para consagrar a un poeta, son *Discernimiento* e *Intuición*. Se ve en ellas que la devoción y la adoración pierden terreno.

*Yo aparté lo ilusorio de lo real
Desde antes de “saber”.*

Auguramos a la autora que así sea, que realice el precepto enunciado, que sea ella, toda ella, siempre ella, tal cual es, rompiendo toda limitación, no violentando su alma para ajustarla a ninguna ideología sino haciendo lo contrario, borrando con mano firme esa influencia cristiana que bebió en su infancia y que ha seguido bebiendo en su juventud, a través de las ideas teosóficas falseadas y adulteradas por un execrable oportunismo proselitista. Vuelva al anarquismo filosófico, ideal, humano y divino, aumentado con todas las múltiples, variadas, intensas, dolorosas o placenteras experiencias de que tan rica ha sido su vida. Y si su exquisita alma de mujer siente fuerte e irresistible el impulso a la devoción y a la adoración, que se haga una devota de la vida y la adore en sí misma y en todas sus manifestaciones. Y sobre todo, que se libre para siempre de todo temor y de todo miedo. En particular del miedo a la muerte, que tanto la preocupa, aunque quiera disimularlo.

El mayor mérito del libro que ha motivado estas líneas no estriba en lo perfecto o lo imperfecto de su expresión. Está en el valor de haberse apartado su autora de los asuntos frívolos y baladísticos que inficionan la mayor parte de nuestra poesía y haber abordado ella, mujer, temas y problemas que por indolencia, conveniencia y cobardía los hombres hacen a un lado.

ARTURO MONTESANO DELCHI.

LETRAS HISPANO-AMERICANAS

Los juegos de la frente, por *Carlos Sabat Ercasty*. Montevideo, 1929.

UN centenar de apotegmas y máximas componen el libro de Sabat Ercasty. Casi todos muestran principalmente a un poeta, más cuidadoso de la forma que de su contenido, más enamorado de la divagación que del razonamiento escueto; en fin, más poeta que pensador; fantasioso, soñador y simbólico.

En sus sentencias no se advierte otra cosa que la necesidad de explicarse a sí mismo y a su modo, los problemas de la vida, que tantos comentadores han tenido. Pero éste es un libro de difícil clasificación, pues que en él participan casi todos los géneros literarios. Hay aquí verso y poema y prosa preciosa y meditación desnuda.

Pero el autor no está disciplinado para la meditación y tantea en las sombras su pensamiento.

Véanse algunos ejemplos:

1 — *La mitad de la vida está estrangulada por la otra mitad.*

35 — *¿Seríamos menos espirituales si nuestra alma estuviese repartida en dos cuerpos?*

El resultado de esta deficiencia es la falta de unidad que se observa en el libro. No hay un designio visible. Se trata, quizás, del material en bruto de una imaginación poética, aquello que por exigencias de la forma queda fuera del verso, lo que se escribe para el propio consuelo, con talento creador y poca capacidad de análisis.

Sin que esto importe una censura, pensamos que *Los juegos de la frente* no es un libro de estos tiempos. Pocos son los que podrán gustar por esta sola cualidad, el preciosismo con que el autor recubre un axioma que en muchos casos pertenece ya a la categoría de lugar común.

Ejemplo:

36 — *Si la rosa pensara perdería su belleza.*

67 — *La vanguardia de hoy es la retaguardia de mañana.*

74 — *No hagas caso de las mordeduras de la serpiente y ella acabará por lamerte las heridas.*

Con un perfecto ajuste el volumen perdería en grosor, su lectura, en amenidad; pero indudablemente ganaría en profundidad y originalidad.

Muchas de las sentencias que el autor ha incluido en el libro contrastan con las restantes por su superficialidad y hasta por la mezquindad del pensamiento. Lo cual, sí, es un grave defecto.

Ejemplo:

78 — *Si tienes envidiosos, aprovéchalos para que griten en torno tuyo. Sería mucho peor que su veneno, el complot de su aparente indiferencia y del buscado silencio.*

Se asombra uno de que un hombre que medita con valor sobre la muerte (86-87, etc.) se detenga a considerar estas mezquindades y sentencie de modo vulgar e inmoral.

Los juegos de la frente es un libro titulado con propiedad. Juego de imaginación y no otra cosa son las máximas que contiene.

A veces, intuitivamente bucea Sabat Ercasty en las profundidades del pensamiento (122-123, etc.), pero siempre que el razonador flaquea está listo el literato.

Decimos literato, casi despectivamente. En efecto, el literato de esta obra está más cerca de la literatura que de la vida, es más amigo de jugar con las palabras que de esforzarse por decir algo sencillo, claro y útil, en provecho del prójimo.

Dicho sea con ánimo de ayudar al colega a encontrar el camino de la sinceridad que busca, a veces jugando y a veces sufriendo frente al misterio de nuestra vida.

LEONIDAS BARLETTA.

Mosaico, por Victor H. Escala. Caracas, 1929.

EL señor Víctor H. Escala desempeña funciones diplomáticas en representación de su patria, el Ecuador. Con tal motivo ha viajado por América, por no pocos países de Europa y sospechamos que ha logrado asomarse a los pueblos del lejano Oriente. Tiene publicados cinco libros, cuatro en prosa y uno en verso y anuncia otro tomo de poesías para en breve. Sin embargo, a pesar de esta producción, ligeramente abundante, el señor Escala no es un escritor, ni un literato, ni mucho menos. El mismo nos dice: "Yo no soy orfebre, yo no soy literato, yo no busco una gloria imposible, que nunca ha de venir. Amo la vida en su aspecto "casi burgués, de higiene y de buena salud; amo el sol, el vino, la mesa "y las mujeres guapas". Profesión de fe más rotunda no es dable exigirle. Nosotros agregaremos que el señor Escala es un diplomático que tiene la manía, perjudicial manía, de escribir, de publicar libros, con lo cual no sólo atenta contra su buen nombre sino que perjudica los intereses de su país, cuya representación inviste. Porque es el caso que el señor Escala no sólo es un escritor carente de cualidades literarias, sino que adolece de todos los defectos comunes a quienes producen movidos por la influencia de la vanidad, desenfrenada pasión que oculta los efectos de la ramplonería, del mal gusto y de la superficialidad mental.

Mosaico es el último de los libros publicados por el señor Escala y en él ha reunido, como su título lo indica, las más diversas piezas de su producción. Notas de viaje, apuntes al pasar, semblanzas, juicios críticos, paisajes, etc. Hemos leído todo esto con el interés que nos provoca una firma desconocida, — confesamos que el nombre del señor Escala nos era completamente desconocido como diplomático y como escritor — ufanos por encontrar en sus páginas motivos de deleite espiritual, ideas maticas desenvueltas con soltura, pensamientos, sutilezas, observaciones atinadas. Buscábamos en *Mosaico* cuanto se anhela encontrar en todo escritor que, por vez primera, nos alcanza su labor.

Ya hemos dicho que el señor Escala es un escritor superficial, frívolo, carente de todo valor positivo, desprovisto de buen gusto y munido, por el contrario, de cuanto recurso es posible recoger para hacer de su prosa un conjunto artificioso y hueco.

El señor Escala visitó Buenos Aires, hace algunos años, y las impresiones que su estadía entre nosotros le sugiriera, forman parte del capítulo titulado "Notas de mi cartera". Son interesantes estas notas, excesivamente interesantes. Se leen con gusto, con ese gusto que nos provoca un espectáculo curioso o risueño. No hemos de cometer la osadía ni la ligereza de comentar estos apuntes o de polemizar con el señor Escala. Lejos de nuestro ánimo tal propósito. Nos bastará con transcribir algunos de los párrafos más *movidos* y *elocuentes* de las páginas que dedica a nuestra ciudad, las cuales pondrán en evidencia las indiscutibles dotes de psicólogo que adornan al señor Escala, diplomático ecuatoriano.

Ha conocido Buenos Aires. Ha paseado por la calle Florida, a la que eleva a la categoría de la Rue de la Paix o la Avenida de la Opera. Veamos el siguiente párrafo, donde no encontramos desperdicio alguno.

"En los días que llevo de vivir en Buenos Aires, no he dejado de "pasar un crepúsculo sin *flancarlo* por Florida, confundido con los pollos- "bien de la burlesca, cuanto penderciera, patotería porteña.

“—Vos, petizo, como que sos un gran afilador — me dice mi buen amigo David de Tezanos Pinto.

“—Fincáte aquí, petizo; hacéte de una buena gamba, con cuenta “gorda en el Banco de la Nación y no te vayas más de Buenos Aires, “que aquí es más fresca la viruta que en el viejo y roñoso Paris, — “agrega el simpático Bunge Guerrico.”

El lector tendrá a su cargo el sencillo trabajo de hacer los comentarios que crea pertinentes. Nosotros entendemos que la elocuencia de ésta como de otras citas que haremos nos absuelven de todo juicio al margen, por demás innecesario. Hay cosas que se comentan solas. El libro del señor Escala, por ejemplo.

En la página 29 de *Mosaico* encontramos lo siguiente:

“Mis amigos porteños, que no tienen nada de *otarios*, me han hecho “conocer todos los vericuetos nocturnos de la gran ciudad, que si bien “trabaja, se divierte mucho, tirando, como una loca, el dinero a manos “llenas. Lo mismo que en toda urbe grande y fastuosa, la juventud cons- “tituye, dentro de ella, oro de la mejor ley y, quieras que nó, veinticinco “años le imponen a uno la obligación de *canflinfear*.”

Para desvirtuar toda duda recurro al Nuevo Diccionario Ilustrado de la Lengua Española y leo: “Canflinifero. — En la República Argentina, rufián”.

Es evidente que los amigos porteños del señor Escala, han de estarle agradecidos por la definición de sus virtudes.

En Buenos Aires se come bien. “Vaya si come la enorme Buenos “Aires. Ahí esta lo del “Aguila”, lo de “Harrod’s” tan completo y tan “chic”. Por lo visto al señor Escala lo han informado mal, por cuanto parece ser que, ingenuamente, supone que todo Buenos Aires, inclusive muchos miles de obreros, empleados y jornaleros, se alimentan con las comidas de el “Aguila” o de “Harrod’s”. Tengo mis dudas acerca de esto. Sospecho que no todos han de alimentarse con “jugosos bifes, su fuerte puchero, sus papas esponjosas, sus cremas chantilly”.

Cuando nos habla del teatro argentino, sólo nos cita el nombre de “el fecundo sainetero don José López Silva”, “Consuelo Mayendía (?), que está más bella que nunca” y “Parravicini, todo gracia, todo dandismo y todo generosidad, la figura cumbre del teatro vernáculo”. ¿Es posible y necesario comentario alguno?

Hemos de indultar al lector de mayores muestras de igual jaez. Con las ofrecidas ha de tener suficiente. Nosotros hemos apurado la copa hasta el final, pasando, pues, por un cúmulo de páginas en las que se rinde caluroso elogio a las tonadilleras y cupletistas que el autor conociera en sus viajes de misión diplomática. Esto se justifica perfectamente. El señor Victor H. Escala es ecuatoriano y si la producción literaria de un escritor ha de guardar relación con la influencia geográfica de su país, lógicamente el autor de *Mosaico* no puede ser otra cosa que un autor tropical.

SALOMÓN WAPNIR.

HISTORIA

Los aborígenes del país de Cuyo, por *Pablo Cabrera*.—Córdoba, Imprenta de la Universidad, 1929.

EL estudio de las razas primitivas de América presenta serias dificultades, a veces insalvables. Tal ocurre hasta ahora, por ejemplo, en lo concerniente a la que habitó la región de Cuyo. Los que se plantearon el tema no dieron cima al propósito. Algunos restos hallados en las “huacas”

y "tamberías" y tal o cual referencia, más o menos fragmentaria, de los cronistas españoles de la conquista, y de ahí no pasan las fuentes hábiles para la investigación.

Por cierto que esa exigüidad de antecedentes es lo que ha originado el hecho de que nuestros historiadores, de medio siglo a esta parte, hubiesen andado formulando nuevas hipótesis cuando se ha tratado de los aborígenes cuyanos.

Esos aborígenes fueron los *huarpes*. En el acta de fundación de la ciudad de San Juan de la Frontera por el capitán don Juan Jufré se lee: "En este asiento y valle de Tucumán, *provincia de los Guarpes*, que es de esta otra parte de la gran Cordillera Nevada, a trece días del mes de junio de mil y quinientos y sesenta y dos años, ante mí..." Ovalle, historiador de la conquista, consideró a los *huarpes* originarios de la raza *quichua*. José Pérez García, otro cronista de la época, los creyó *moluches*. Adán Quiroga los tuvo por *diaguitas*; Nicanor Larrain, por *gastas*; Juan B. Ambrossetti, por *calchaquíes*, y Samuel Lafone Quevedo por *quilmes*. Mitre, que publicó tres trabajos sobre lenguas americanas, entre ellos *Estudio bibliográfico-lingüístico de las obras del padre Luis de Valdivia sobre el araucano y el allentiac, con un vocabulario razonado del allentiac*, en 1894, planteó como una inducción lógica la idea de que el pueblo dueño de un lenguaje (el *allentiac*) debía de constituir una raza aborigen aparte, especial, no autóctona, sino advenediza (restos de una raza pre-incásica relativamente superior), lenguaje que sin embargo "no dejó rastro alguno en la nomenclatura del país."

El P. Pablo Cabrera sale ahora al encuentro de la tesis del historiador Bartolomé Mitre para refutarla, respetuosa pero categóricamente. Mitre no alcanzó a conocer la colección documental del chileno don José Toribio Medina ni la posterior del argentino don Roberto Levillier. Con los materiales encontrados en el Archivo General de Mendoza y sus fructíferas búsquedas en archivos parroquiales, monseñor Cabrera ha podido formar cuadros de nomenclatura *huarpe*, nutridos de una copiosa toponimia, de prosapia gentilicia y otros temas, lo que le permite sostener: "Las hordas prehispánicas que poblaron el país de Cuyo, bajo la denominación de indias *guarpes*, dejaron en no escaso número, en toda la extensión de su habitat, huellas profundas, sobrevivientes hasta hoy, acá y allá, como columnas miliares o imágenes rupestres, que atestiguan el paso o la estada de una generación indígena, autónoma, independiente, libre, hasta que la sojuzgaron los incas o los conquistadores hispanos."

Otro sanjuanino, como Cabrera, Desiderio D. Aguiar, publicó hace años *Los huarpes*, resultado de sus investigaciones personales en los valles y serranía cuyanos. Como aporte de datos, su trabajo reviste interés; pero le faltó completar, lo que es sensible, el instrumental de la crítica, el que desde luego comprende el dominio de tres ciencias, la antropología, la paleontología y la lingüística, y obliga al empleo del método en lo que se refiere a la determinación de las circunstancias de tiempo, lugar, etcétera, en que existió el pueblo estudiado. Según Aguiar los *huarpes* fueron autóctonos, y funda la afirmación de que formaron una nacionalidad aparte en el hecho de que "la lengua *huarpe* no tuvo vinculación con otras lenguas americanas."

Esta hipótesis fué sostenida también por Larrain en *El País de Cuyo*, quien negó que el *allentiac* fuese idioma de los *huarpes*. El autor de estas líneas la rectificó en 1919. En *Los aborígenes del país de Cuyo*, el P. Cabrera, con su bien cimentada autoridad de historiógrafo, afirma que "el idioma de los aborígenes de las provincias de Coria o de San Juan era el *Allentiac*, exclusivamente, pero que en Mendoza, además del susodicho, se

hablaba el *Milcayac* dominante en los extremos este y meridional de su distrito."

El P. Cabrera hace mérito de conclusiones a que antes había él llegado y del hallazgo del doctor Rodolfo R. Schuller, entre los papeles del Museo Arqueológico y Etnológico de la Universidad de Harvard, Estados Unidos, de un fragmento, limitado a dos hojas, de uno de los trabajos catequísticos del P. Valdivia, en lengua milcayac, y destaca luego el hecho de que mientras en la etnografía antigua prevaleció el punto de vista geográfico, actualmente es el punto de vista lingüístico el que desempeña papel principal en la clasificación de las tribus americanas.

Pero todavía va más allá en su exégesis el P. Cabrera. Establece los nexos de los naturales de Cuyo con sus fronterizos, como los pampas y los querandies, exalta la acción de los primeros apóstoles de la comarca y comenta, aplaudiéndola, la actual bibliografía histórica cuyana.

El apéndice reviste la mayor importancia. Desde luego cabe decir tal cosa del texto del expediente que reproduce con motivo de una invasión de indios a algunas de las estancias o propiedades australes de la jurisdicción de Mendoza en el año 1658. Pero son los "nomencladores", uno general o sea onomástica indiana de Cuyo y el otro "nomenclador huarpe-puelche-pehuenche", los trabajos que exhiben mayor suma de trabajo por parte del autor de la obra que comento.

Como el *Arte y Vocabulario Breves en Lengua Allentiac*, del padre Valdivia, resultó incompleto al padre Cabrera, éste ocurrió a la toponimia local en demanda de orientaciones y datos, lo cual le era tanto más necesario cuanto que una cifra no escasa de los vocablos en discusión corresponde al idioma milcayac, del que apenas si han llegado hasta nosotros las noticias limitadas que registró Valdivia en su Vocabulario de la lengua allentiac, fuera de que quizá un buen número de los temas contenidos en las páginas del nomenclador entroncaba respectivamente con el habla de los indios fronterizos, diaguitas, alongastas, comechingones, etc., quienes a su vez harían llegar el resto a los de Cuyo, procedente de los países con que estos comerciaban, de habla quichua, aimará o chaquense, atacameña o mapuche.

Si el P. Cabrera no sienta conclusiones definitivas en el problema racial relativo a los aborígenes del país de Cuyo, ya que se impone, por ejemplo, una labor expurgatoria en lo que atañe a la reproducción gráfica de las nomenclaturas indias, es lo cierto que adelanta un gran trecho en el camino de la verdad histórica. La obra de este varón que ha consagrado largos años de su vida al estudio del pasado argentino y que en verdad tiene el sentido heroico de la ciencia, reviste alto mérito. Si de él, cuando era cura del Pilar, en Córdoba, solía el doctor Joaquín V. González decir aquello del poeta

*El cura del Pilar de la Oradada,
como todo lo da, no tiene nada,*

nosotros debemos reconocer que constituye para la juventud un ejemplo de perseverancia en el trabajo.

JUAN RÓMULO FERNÁNDEZ.

El documento y la reconstrucción histórica, por *José María Chacón y Calvo*. Ediciones 1929, de La Habana.

LA erudición — monstruo ensoberbecido — ejerce en el lector del libro de historia, yo no sé qué vago diabólico influjo, y en virtud de él y sin sospecharlo, toma el lector medio — todo lector a quien la cuestión

de por sí no interese — una posición automática y definida frente a esta modalidad de la investigación, y con ella erigida en norma *a priori*, juzga este lector, acomoda y mastica la sustancia histórica, condiciona, en una palabra, la exposición.

La historia ha sido, sin duda, la víctima expiatoria de esa especie de furor erudito; contagiada por el fervor casi religioso con que biólogos y químicos consumían su vida en los laboratorios, su curso — nunca definido con caracteres tan precisos como para esquivar la tendencia universal — torció rápidamente y se acomodó con tanta seguridad en la nueva posición, que pudo pensarse que era éste su estado natural y lógico.

Una subconciencia moderna ha dado hoy el alerta y se comienza a sospechar otras posiciones más legítimas dentro del conocer histórico; una nueva inquietud pone de manifiesto esa distinta posición y cabe señalarla: esta disyuntiva, sutil y básica de si la investigación erudita es o no específica y normativa de la historia, no pasa ya inadvertida, y a la respuesta afirmativa, que era la solución incontestable, se le ha puesto una colosal interrogación; acontece que el lector de hoy — el lector que lo es también de Ortega y de Bergson — ha sentido la insatisfacción que impone tal tendencia a su espíritu y ha reaccionado impensada y automáticamente; y acontece entonces que no estando vitalmente atento a tal problema, prejuzga sobre él sin razonar su prejuicio, y acomoda de hecho a este esquema — inalterable por ser espontáneo — toda la labor histórica. Lógico es que el intelectualismo del siglo último, del cual descendemos, más o menos directamente, desempeñe en tal valoración un significativo papel.

Como problema, la erudición poco interesa; ya en los modernos planteos filosóficos de lo histórico — Dilthey, por ejemplo — escapa por propia insuficiencia del centro que ocupaba y deja en él a una realidad ya conocida, estructurada, indivisible; y de esa realidad, única frente al mundo fenoménico, nos importa tan sólo la expresión, lo que se oculta tras de su gesto, aquello que se ofrece a nuestro intuir. En ella no hay apariencias que nos engañen con un aparecer equivoco, cuya esencia se oculta confundida en quién sabe que principio universal y cósmico; no hay entonces como preocupación primera, urgente y previa, la de estudiar esos fenómenos, cuya raíz última sabemos más allá de la experiencia pura.

Aquí hay que ejercer solamente aquella capacidad medular y profunda que permita transformar esa alusión que se ofrece unitaria y conclusa, en el gesto íntimo y humano, escondido quién sabe con que extraño pudor tras indóciles caracteres, demasiado grotescos para tan sutil y fina materia: y es ahora, solamente ahora cuando lo histórico comienza; solamente ahora, cuando termina el laborar erudito y difícil. Yo creo que es en este momento en que el crítico se transforma en creador, cuando llega la hora de pensar el problema histórico.

Sobre la labor previa se ha construido un mundo excesivo. El documento — hay que pensar esta palabra en un sentido descomunal — tiene de por sí un valor expreso, representado por lo que se dice, por lo que está dicho paladinamente, pero también un valor tácito representado por lo que se calla, por lo que se afirma con falsedad premeditada, por lo que extrae de ese cauce profundo — espíritu — el lector sagaz y comprensivo. A este segundo valor se lo ha silenciado, se lo ha disminuído, porque su aparición termina con la burocrática tarea de escarbar los archivos y darlos a la luz con notas sobre las palabras arcaicas. A este trabajo — tan meritorio por otra parte — se lo ascendía de categoría sin sospechar que era sólo la previa preparación del libro — libro descompaginado y tortuoso — donde se ha de leer el drama apasionante de lo vivido. Leer ese drama, esa es la gran cuestión; comprender su valor

humano, extraer su aporte de dramatismo e incorporarlo, con sentido, en el devenir de este film — la historia — del que tan íntimamente nos sentimos actores; porque este alto menester, tan distinto en categoría de la desesperada búsqueda, del correr sin tino tras un fantasma a quien prometemos — y no cumplimos — traer a la vida, sólo podrá cumplirlo quien sienta en carne propia esa angustia, deliciosa y profunda a un tiempo, de sentir la historia cual su propia tragedia; (1) más que con el objetivismo teórico frente a los papeles, con la fidelidad a sí mismo de quien se ponga a pensar en la vida humana y en su correr.

Hay como consecuencia de ese problema un momento de emoción, sincera y curiosa, cuando este lector confeso de tales ideas, toma entre sus manos un libro de historia. Es sobre todo un momento de incertidumbre; las páginas — unas pocas páginas — van a dictaminar sobre su posición, quizá sobre su espíritu. El autor tendrá que exponer esa historia que él sabe por los documentos, tendrá que atestiguarla por los documentos. Pero, ¿eso nada más es la historia? Queda como elemento individual — esa es la inquietud — la superación del documento. Es justo pues prestar atención por que va en ese superar todo el historiador.

Algunas pocas veces tropieza el lector con el hombre de genio que por sobre toda posición teórica impone su don, genial, de evocador: Tito Livio, Taine. La hora actual, sin embargo, debatiéndose entre dos opuestos grupos de valores, — intelectuales y vitales — está en posición sobremañera difícil para definirse y lo que es más lamentable aún, hasta para orientarse. Flota en el ambiente, prestigiada por su auto-calificación de moderna, toda aquella ideología del siglo XIX, y es su fantasma o su sombra lo que torna heroico este esfuerzo liberatorio de lo que fué su gran descubrimiento. El hombre dedicado a esta clase de estudios, en cuya primera etapa de cultura tal vez marque Renan una época, se siente preso — apresado al menos — en esa metodología ortodoxa y rígida, y su reacción dentro de la historia no es pareja con la que el vitalismo, signo de los tiempos, va imponiendo a su espíritu. Esta gran tragedia de todas las épocas de renovación, adquiere aquí de nuevo dramatismo y la férrea antinomia es en este problema como en tantos otros de la hora actual, el más filosófico planteo.

Yo creo que este choque, que se diseña con menos nitidez en el lector no especializado, ha influido notablemente en el giro ávido con que se ha vuelto hacia la biografía. Mientras se resuelve el rígido dilema, el hombre que siente la inquietud de estas cosas abandona los libros especializados, precisamente por serlo en exceso, y se refugia en *Shelley* o en *Elizabeth*, con la vaga intuitiva ilusión de encontrar superado por el genio literario, menos atormentado hoy que el histórico, este objetivismo glacial, interpuesto quién sabe con qué inhumana intención, en la ruta de este saber que es entre todos, humano.

Pero hay dentro del más circunscripto campo de la historia espíritus selectos y yo he tenido hoy la suerte de encontrar uno. Lo he encontrado en este libro cubano, libro pequeño, de título sospechoso, que ofrece un campo propicio para la meditación.

Chacón y Calvo llegó por propia gravitación a la historia; yo sé muy poco de su vida, pero veo que su actividad intelectual primera, fué casi exclusivamente literaria. Su vida, que imaginó andariego y acentuada por un siempre insatisfecho deseo de ver, lo ha llevado a España y ha ambulado por villas y ciudades, viviendo la vida pequeña de los pueblos, la vida próspera de los castillos, la vida quieta de los campos, todas ellas reunidas en el espectro humano de su espíritu. Se adivina en él al gustador de la

(1) H. G. WELLS: *La llama inmortal y El salvamento de la civilización*.

vida española, donde quizás haya encontrado para la historia de América, muchas explicaciones que sólo dan España y su vida.

Pero todo esto era para él lo accesorio, exuberancia de espiritualidad; su actividad primera, central en su vida de los últimos años, ha estado en los archivos. Y ese trabajo minucioso en los anaques centenarios, y ese auscultar la vida en los pergaminos dormidos, han dado a su espíritu — yo diría más bien a su alma — el don carísimo de hacer vivir la vida vieja con la magia de su gran espíritu; porque eso nos enseña nuestra meditación primera: este hombre es ante todo, un gran espíritu.

Este hallazgo satisfizo por eso mi primera inquietud, mayor esta vez por este título: *El documento y la reconstrucción histórica*, que me hacía sospechar una definición explícita ante este hoy obsesionante *metier* que forma parte de la historia. Y es la verdad que en pocas palabras dice Chacón y Calvo mucho de este problema, aunque no todo lo radicalmente que debiera decirlo y — esto es lo importante — no todo lo hondamente que él lo debe sentir.

Chacón y Calvo cree en el documento, pero condicionado por esas reacciones espirituales que hacen del crítico — son sus palabras — un creador; visto a una nueva luz que deje traslucir todos los supuestos que se callan; analizado, no ya con esa crítica que se llamaba en tiempo de Seignobos de "erudición" sino con una hermenéutica más compleja de lo espiritual. "La interpretación, he aquí la historia." Esta es su profesión de fe, que se ve surgir de su espíritu animada por esa "vibración humana" que forma tan grande parte de su temperamento y que él ve definitivamente incorporada a la historia como legado de la escuela intuitiva.

Pero antes de arribar a esta definición, Chacón y Calvo reivindica para el documento un derecho que sugiere un matiz en esto de la erudición.

Chacón y Calvo quiere ver en cada historiador, en todo historiador, un técnico de la investigación. Sin duda es exacto; pero es necesario destacar en una vez definitiva, que este admitir en el documento un valor de fuente previa, esto es, anterior a lo histórico, no implica elevar el nivel de su función; más bien es reconocer su carácter subalterno. Es muy natural que sólo el documento pueda suministrar el material primigenio de la historia, como es natural que el mito o la leyenda preste a la tragedia griega su corporalidad. Pero ni aquello es la historia ni es esto la tragedia. La historia, como todas las manifestaciones del espíritu, es esencialmente un producto humano que hay que referir a la interior vivencia del hombre y que está muy lejos de aquellos otros productos, humanos también, pero referidos exclusivamente a valores objetivos. Si la posición intelectual del historiador supone en primera línea el contacto con el documento, no exige el trabajar con los documentos la posición intelectual del historiador. Justamente, la historia burocratizada de hoy se debe precisamente a eso: al documento en contacto con el espíritu mediocre que confundió el fin de la historia con lo que es apenas su punto de partida.

Chacón y Calvo es de los que no sufren tal confusión; trabaja aquí con unos pocos papeles de los viejos archivos españoles que importan a América: Simancas, antiguo archivo de Carlos V, y el de Indias, definitivamente lecho sevillano de todos los asuntos de ultramar.

El autor disecciona a la vista del público estos papeles arrugados, los exprime con fruición y los guarda. Entonces comienza la fina tarea de revivir su contenido; el sermón del humilde dominico pierde su tosco tono apocalíptico y comienza a vivir; las palabras empiezan a adquirir esa vigencia que da a las palabras viejas el enfrentarlas con su panorama legítimo y se las ve caer en el espíritu de los conquistadores con toda la pureza, con todo el heroísmo que tuvieron y que cuatro siglos después acaso

no fuera fácil percibir. Y entonces se advierte que este hombre, que ha superado la erudición con sólo su espíritu selecto, ha adquirido el derecho de gustar esa emoción, que él llama inefable, *de ver surgir de los documentos a punto de desvanecerse para siempre, la historia viva y nueva*, esa historia que se oculta en ellos pudorosamente y que está más allá de ellos mismos.

JOSÉ LUIS ROMERO.

SOCIOLOGIA

El Syllabus, por *Enrique Pérez Colman*. Editores Lanari y Cía. Buenos Aires, 1929.

Los diversos problemas sociales que afectan la organización jurídica de un pueblo, han dado motivo para que el autor de este libro exponga sugerentes doctrinas de utilidad política. Su obra es el resultado de una serena observación humana y de una real aptitud de ilustración. El complejo espectáculo de las fuerzas creadoras de una nacionalidad, necesitan el estudio largo y meditado del sociólogo, la pauta que señala el mejor camino del desenvolvimiento colectivo. La observación de esos hechos y el valor de su ideología, vienen a dar casi siempre las absolutas formas históricas de la realidad de una nación.

Los trabajos reunidos por don Enrique Pérez Colman en su obra *El Syllabus*, ofrecen la estimable prueba de sus profundos conocimientos en cuestiones de derecho público y constitucional. Aborda desde el principio, temas de indudable trascendencia para las instituciones políticas y los establecimientos superiores de enseñanza. La reforma universitaria le preocupa, y en ese sentido, analiza las causas morales de su existencia reaccionaria. Hay en todo, una amplia visión del porvenir y un generoso sentimiento de dignificación profesional. El remedio de sus certeras afirmaciones, está en la calidad de la dirección espiritual y en el noble anhelo de la superación racial.

Fuera de los asuntos directamente vinculados a la función social de la universidad, el autor esclarece diversas teorías de importante aplicación en el mundo de los negocios. Bajo una recta disciplina de hecendista, se estudian los orígenes económicos del país y a través del largo ensayo surgen los verdaderos métodos para el engrandecimiento financiero del Estado. El intercambio comercial, las leyes de aduana y los demás factores de la riqueza pública, requieren una política de hábil comprensión y en esa conducta y defensa de los valores nacionales, el plan de sus ideas, revela la conciencia de sus méritos como hombre de gobierno.

A propósito de las relaciones económicas con los países extranjeros, el Sr. Pérez Colman señala con atinadas reflexiones la situación de la república soviética. El caso de Rusia, en su significación puramente comercial, exige un hecho de urgente necesidad diplomática como es el reconocimiento del gobierno de los Soviets. Las razones que justifican el proceso de la inmediata realización de esta política, serán de beneficio para el progreso de las finanzas nacionales y de legítima solidaridad para los principios del derecho internacional. El ejemplo de Inglaterra, da la suficiente garantía para el pronunciamiento legal de la República Argentina.

El señor Enrique Pérez Colman demuestra ser un estudioso de los diversos problemas que reflejan directamente en la vida social de los pueblos. Es además, un espíritu sensible a las nobles manifestaciones del arte y la cultura y en esa virtud de ideales, pronuncia meditaciones pa-

labras a las juventud de su patria. También algunos aspectos de la historia nacional llaman su curiosa facultad de investigador y en eruditas páginas, revela las calidades de su inteligencia. *El Syllabus* es pues, una obra de consulta y de utilidad para los jóvenes universitarios y los hombres de gobierno, y al escribirla, su autor ha realizado un verdadero pensamiento de educación democrática.

JULIO ARAMBURU.

FILOSOFIA

Teoría del Conocimiento, por *J. Hessen*. Biblioteca de la "Revista de Occidente." Madrid, 1929.

ESTE librito, cuya traducción al castellano no puede ser más oportuna, constituye el segundo volumen de la excelente y novísima colección alemana *Leitfäden der Philosophie*, editada por profesores de Bonn y de Colonia. Los restantes volúmenes de la misma que conozco son la *Introducción a la Filosofía* y la *Psicología*, ambos de Aloys Müller, y la *Lógica*, de Martin Honecker; se anuncia la continuación de la serie, y acaso haya salido ya algún otro. El propósito de los editores, que van cumpliendo satisfactoriamente, es dar exposiciones sucintas y rigurosas, aliar la máxima claridad, la exactitud y el sentido más moderno. Y con ello queda dicho la conveniencia de que la editorial española haga seguir a su edición del libro de Hessen la de los demás *Leitfäden*.

Un crítico autorizado, Arthur Liebert, a vuelta de algún leve reparo, señala en el libro de Hessen tres notas que lo caracterizan y le asignan su peculiar significación: la aplicación del método fenomenológico, la discusión del problema de la intuición y el examen de algunas cuestiones pertenecientes a la parte especial de la gnoseología (categorías).

La nueva publicación de *Revista de Occidente* prestará buenos servicios aun a aquellos que manejan habitualmente los grandes tratados; para los no especialistas, constituirá la mejor guía y el más seguro auxiliar para una información sumaria así como para iniciarse en más largas lecturas del asunto.

F. R.

TRADUCCIONES

Poèmes choisis, de *José Martí*. **Quatre nocturnes**. Traducciones de *Armand Godoy*. Emile-Paul Frères.

UN impulso de acendrada veneración lleva a Godoy a traducir estos poemas de Martí. Veneración hacia la memoria del poeta ilustre y del ilustre patriota, su conterráneo por añadidura. Desca que Francia, que ignora casi completamente el nombre del poeta cubano, le conceda la parte de generoso fervor que tiene siempre dispuesta a favor de la belleza y del genio universales. Así lo dice en una nota preliminar, rebosante de alto sentimiento patriótico.

Advierte también que sus trabajos merecen más el calificativo de adaptaciones que el de traducciones propiamente dichas. Trata, sin desdeñar su sentido, de conservar el ambiente musical y emotivo de los poemas originales. Es su sistema, el sistema que denuncié al ocuparme de su versión francesa de *El cuervo*, de Poe.

Eso es saber dónde reside su fuerza y quedarse en ella. Si hay actualmente una poesía hermanada a la música, de tal manera que para

su desenvolvimiento particular adopte los recursos de la expresión musical y siga sus mismos procesos, esa es la poesía de Godoy. Podría decirse que su obra, comenzada en la canción, llegó hasta la gran sinfonía, que otra cosa no es *Le drame de la Passion*, donde, empezando por el final, yo vine a conocerle por primera vez.

Sigue a las dos notas preliminares — presentación del poeta la primera, noticia bio-bibliográfica la segunda — un poema del propio Godoy a José Martí. Nada hay en él de que no diera yo cuenta al referirme a otras obras anteriores: el sentido de luminosidad, la sensualidad del trópico, la elocuencia expresiva. Pareciera que la atmósfera espiritual de Godoy, la atmósfera en que vive permanentemente, fuera todo el inmenso espacio de mar y cielo que va desde Francia hasta las Antillas. Su voz ha logrado ya ese viento a fuerza de desearlo.

*Ah! quand le vent du large envire les oiseaux
Et pousse les espoirs vers les grèves lointaines
Le quatuor divin harmonise les eaux,
Et j'entends tes torrents dans ces tendres ruisseaux
Et dans cet océan délirant tes fontaines.*

Baudelaire, claro está. Baudelaire en cada uno de los versos de su obra. Y para su provecho como poeta francés, ya que uno de los valores más importantes de su maestro, — gracias al cual Godoy puede considerarse como miembro de una noble familia poética francesa, fundada por antecesor tan ilustre — es esa nostalgia perenne del aire libre, de la inmensa luz.

En Godoy es digno de admiración el amor riguroso que pone en cuanto hace. La poesía es para él una religión. Este sentido religioso está tanto en su obra original como en la otra, que se hace más copiosa cada día, de traducción. Encarecerlo aquí, donde aparte del valor poético existe el denunciado de patriotismo, fuera redundancia. Tan visible es en las pequeñas canciones de *Versos simples*

*En janvier comme en juillet
Je cueille la rose blanche
Pour l'ami, pour l'ami vrai
Qui me tend une main franche.*

*Et pour la main travestie
Qui met l'aspic sous la manche,
Au lieu de ronce et d'ortie
Je cueille la rose blanche.*

— canción que ya engendra la música, canción que está reclamando su corporeidad de sonido — como en el poema de gran vuelo lírico, en ese *Flores del cielo*, donde Godoy lleva en una forma maravillosa el frenesí romántico de Martí, ese lirismo digno de Shelley que el traductor hace quizá más puro al volcarlo en el urbano francés. ¡Lástima que esto no sea más que una simple nota bibliográfica para transcribir entero el poema!

Poco o nada se habla actualmente de Martí. Los poetas sud-americanos apenas lo conocen: lecturas antiguas, un recuerdo simpático, nada más. Llegándonos ahora a través de Francia podríamos refrescar ese recuerdo y encender ese pequeño amor. Ya sería algo. Martí, la poesía y América lo deberían a Godoy.

En el pequeño volumen han sido reunidas las traducciones de *El cuervo* de Poe de que dí cuenta en números atrás, las *Flores del cielo* de Martí que menciono renglones más arriba, una *Canción* de Antonio Della Porta y el famoso y copiosamente recitado *Nocturno* de José Asunción Silva.

La traducción de Della Porta me descubre un poeta desconocido hasta hoy para mí y en verdad interesante. Un poeta que respirara en la atmósfera de Poe y que se valiera de temas y recursos expresivos de D'Annunzio. Como carezco de pruebas anteriores para fundar un juicio no puedo por menos que preguntar: la atmósfera poeiana ¿es en realidad una influencia en él o en su traductor? Godoy ha traducido recientemente *El cuervo*; nada de extraño tendría que la sugestión subterránea le trabajase mientras se ocupaba en el poema de Della Porta. El danuncianismo no, eso es claro y patente: la fastuosidad verbal, la sensualidad artística, la complicación psicológica del espíritu llamando aún cuando la carne ha agotado el deseo, todo eso es inconfundible. Y toda la fuerza, la suntuosidad, la emoción contenida o desacadada, Godoy la muestra viva en su traducción.

El *Nocturno* de Silva es un alarde de habilidad. El ritmo de carga original no se altera en una nota en la versión. Bastará reproducir algún fragmento, evitando así hablar del poema y salir de él cuanto más pronto mejor y si fuera posible para siempre.

*El ton ombre
Langoureuse
Et mon ombre
Douloureuse,
A la mystique lumière
De la lune
S'allongent dans le mystère,
Formant une
Une,
Une.
Une seule
Ombre longue,
Une seule
Ombre longue,
Une seule
Ombre longue...
Ah! les ombres de deux corps
Qui s'allongent vers l'azur comme deux flammes!
Ah! les ombres de nos corps
Qui s'enlacent dans les ombres de nos âmes!*

Le Drame de la Passion, antes que impreso, fué publicado en facsímil en *Le manuscrit autographe*, curiosa revista bi-mensual que aparece en París dirigida por Jean Royère. Godoy, que con su ininterrumpida labor está continuamente obligando mi diligencia y con su gentileza de europeo mi gratitud, me envía el número 24 de *Le Manuscrit*. En él aparecen, en reproducción facsimilar, las *Litanies de la Vierge*, poemas de diez versos en los que Godoy desarrolla cada uno de los epítetos de la *Letanía*, la serie de epítetos más hermosa que exista en todas las lenguas del universo al decir de Renan. Los poemas serán pronto publicados en libro por *La Phalange*. Reservo mi opinión hasta entonces. Anticipo la de Jean Royère.

que los comenta en sección aparte del mismo número. Traduzco parte de su juicio en la creencia de que su interés me servirá de justificación:

"Esta serie magnificante es la resonancia, en un alma lírica, de meditaciones y gritos. Es quizá la más completa y la más humana de las oraciones multiplicadas por el ritmo. Se encuentran en ella los acentos de los Padres de la Iglesia, y, como en las *Oraciones fúnebres* y los *Sermones* de Bossuet, ecos de toda la cristiandad. ¡Es que la letanía de María es su alabanza, su cántico, su corona de cuarenta y siete florones! El poeta magnifica los atributos humanos y divinos de la Santa Virgen, que la letanía no hace más que enunciar. Cada uno de los epítetos constituye una aureola alrededor de la frente de María. Son la imploración de las almas que se prosternan. Era preciso conservar este carácter triunfal, pero sobre todo hacer resaltar la humanidad que hay en ellos. Porque no hay verdadera poesía fuera del alma humana. Todo gran poema reviste un carácter litúrgico en razón de la pompa verbal siempre inseparable de las festividades rítmicas. Mucho más si se trata de un poema de inspiración cristiana. Pero no se debe tomar la palabra litúrgica en su sentido canónico. La poesía, en efecto, no ocupa jamás el segundo plano y no puede tampoco hacerse su servidora, ni siquiera en los conceptos, sin adularse. La teología, en valor de doctrina codificada y definida, queda cerrada para el poeta. Es un vaso cerrado, donde la gran inspiración humana no debe aislarse. No hay, para hablar con propiedad, poesía religiosa, como no hay poesía de guerra. No es el asunto lo que hace el poema ni tampoco lo que le define. Cualquiera puede ser la fuente de inspiración. Cada uno la toma donde quiere. La mística no se adquiere en el mercado. Reside, enteramente, en la conjunción de *sentido y sonido*.

El carácter religioso de las *Litanies de la Virgen* de Armand Godoy es intrínseco y, por añadidura, inseparable de los poemas que lo contienen. No se puede discutir sobre ortodoxia hablando de ellos. Todos los dogmatismos, en poesía, son igualmente vanos. La poesía es el arte del lenguaje. No tiene otro substratum. La teología, además, es menos la Ciencia de Dios que una doctrina, casi una gramática de la Divinidad. ¡Que se discuta eternamente! Filósofos y teólogos están necesariamente divididos en sectas, en tanto que la poesía existe en sí misma y no puede ser negada desde el instante en que aparece. Basta tener ojos para verla y oídos para escucharla. Es esta liberación la que garantiza su vitalidad a los grandes poemas de Armand Godoy, hayan salido del Evangelio o del Ritual romano. Ellos deben, por su fondo, quedar fuera de toda contradicción.

Para escribir sus *Litanies* Armand Godoy ha recurrido al alejandrino, ritmo majestuoso y solemne. Era, en este caso, el metro conveniente. ¡Mallarmé lo compara al Santo Sacramento! ¡El poeta circunda el altar de la Virgen María con cuarenta y siete filas de diez cirios iguales! Armand Godoy, poeta sinfonista, polirrítmico, cuyo tacto musical es infalible, ha tenido siempre la revelación de los ritmos adecuados a sus poemas."

M. LÓPEZ PALMERO.

ANTOLOGIAS

Cien de las mejores poesías castellanas. Selección de *Pedro Henríquez Ureña*, A. Kapelusz y Cia. Buenos Aires, 1929.

TÍTULO discreto y discretísima antología de la poesía lírica de lengua española o de algunas especies afines, como el romance viejo y la poesía legendaria. Discreto el título porque no son éstas las muy discuti-

bles "cien mejores poesías" de la clásica colección de Menéndez y Pelayo, sino "cien de las mejores"; discretísima la colección, como hecha por quien junta a una sólida cultura en materia literaria, un gusto refinado y moderno. En el apretado prólogo, el autor explica las normas según las cuales la compuso: combinación del criterio histórico con el juicio estético; inclusión necesaria de ciertas composiciones famosas, acogidas en todas las selecciones; exclusión de los poemas demasiado largos, que excediesen de los quinientos versos, con la sola excepción del *Santos Vega* de Obligado; limitación a los poetas muertos, y aun así, sin transponer el primer grupo revolucionario de fines del siglo XIX, formado todo él de americanos: Martí, Casal, Gutiérrez Nájera, Silva, Darío; representación en el libro, de algunos ilustres poetas bilingües como Camoens o Rosalía de Castro, o de ingenios altísimos, como Cervantes y Santa Teresa, aunque no fueran grandes poetas; preferencia por algunos delicados poetas olvidados, como Bocángel y Valdiviello, o desdeñados, como Boscán, a trueque del sacrificio de otros, no incluidos.

Empieza el libro con Juan Ruiz y concluye con Darío. De los modernos americanos en él están representados Andrés Bello, con su versión de *La oración por todos*, Heredia, la Avellaneda, Caro, Guido y Spano, Pombo, Andrade, José Joaquín Pérez, Salomé Ureña de Henríquez, Obligado, Diez Mirón, Othón y los ya citados anteriormente. La moderna poesía española no va más allá de Campoamor y Núñez de Arce. Querol, acaso Menéndez y Pelayo, Gabriel y Galán, entre los muertos, también pudieron entrar; pero ¿quién se atreve a disputar con un culto crítico sobre inclusiones y exclusiones? Cuando se trata de ingenios menores, todas las preferencias son respetables. Y esto lo extendemos a los demás autores, de cualquier siglo, y a sus composiciones, que el colector ha incluido o excluido. ¿No nos dice él que éstas son "cien de las mejores poesías"? Con esta reserva, pueden hacerse varias colecciones semejantes y todas estimables. ¿Por qué no la tercera égloga de Garcilaso y si la primera? ¿por qué de Fray Luis, *A Francisco Salinas* o *Al apartamiento* y no *Noche serena* o *En la ascensión*? ¿por qué este romance viejo y no este otro? ¿por qué de Góngora una letrilla y no otra, de Quevedo un soneto y no otro, de Quintana una oda y no otra, del duque de Rivas un romance y no otro, de Zorrilla una leyenda y no otra, de Bécquer una rima y no otra? Forzosamente hay que escoger.

Esta antología, bien impresa en buen papel y en un volumen de fácil manejo, ha de prestar señalados servicios en nuestras escuelas, renovando bajo algunos aspectos el criterio impuesto por la muy difundida de Menéndez y Pelayo.

Adviértase que se incluyen en ella composiciones enteras como la *Fábula de Polifemo* y *Galatea* del Góngora que antes fué dicho malo.

Nos.

VARIOS

Barcelona, por *Vicente Clavel*. Enciclopedia Gráfica. Ed. Cervantes.

El quinto fascículo de la "Enciclopedia Gráfica", de que ya hemos dado noticia, está dedicado a Barcelona.

La parte literaria, a cargo de Vicente Clavel, es una completa monografía histórica, artística y arqueológica de la capital del Principado. No puede pedirse más abundancia de datos ni evocación más elocuente de la grandeza de Barcelona.

La parte gráfica es excelente: La integran 218 fotografías reprodu-

cidas en huecograbado, muy nitidamente; un plano de la ciudad a doble página, con 25 apuntes del natural de los principales edificios y monumentos; y siete páginas enteras de apuntes al natural del Pueblo Español, que acreditan el lápiz de Arturo Ballester. La reciente Exposición Internacional ocupa buen número de páginas de las 112 que forman este precioso número extraordinario de la *Enciclopedia Gráfica* dedicado a Barcelona.

Nos.

Colección Universal. Espasa - Calpe.

EN repetidas ocasiones, siempre atentos a los progresos de la librería española, hemos celebrado las ediciones de la *Colección Universal*, en breves volúmenes pulcra y esmeradamente impresos, en que se contienen las obras literarias más famosas de todas las épocas, lenguas y países. Así, pareciéndonos ociosa cualquier presentación, hemos de limitarnos a hacer una breve mención de los volúmenes aparecidos recientemente en la segunda serie de dicha biblioteca, cuya baratura y selección la ponen a la par de las mejores de cualquier idioma.

De esa última cualidad, de la selección rigurosa que preside la elección de títulos y autores, dará buena idea la simple enumeración de los números que últimamente acaban de salir de las prensas. En efecto, entre ellos se encuentran algunas obras de Shakespeare que vienen a completar el teatro íntegro del genial dramaturgo ya anteriormente recogido en la misma serie. Los títulos que ahora aparecen son: *Venus y Adonis*, *Pericles, príncipe de Tiro* y los *Pequeños poemas*. Además inclúyese una obra clásica de la literatura griega: *La expedición de los diez mil* por Jenofonte. Y por último, una de las obras más exquisitas de la literatura francesa del siglo pasado: *Obermann*, la célebre novela de Senancour, de la cual no sabemos que estuviera traducida a nuestro idioma y cuya perfecta versión asume por consiguiente los caracteres de una primicia.

Nos.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN MARZO

Novelas, cuentos, narraciones, poemas en prosa, etc.

- ENRIQUE DE GANDIA: *La ilusión errante*. Juan Roldán y Cia., editores. Buenos Aires. Florida 359. 1 vol. de 208 págs.
- MACEDONIO FERNÁNDEZ: *Papeles de recién venido*. Con una fotografía inédita del autor. Cuadernos del Plata. III. 1 vol. de 80 págs.
- HENRI BARBUSSE: *El Fuego*. (Diario de una escuadra). Nueva edición corregida y con prólogo especial del autor. Traducción del francés por Antonio Buendía Aragón. "La novela de guerra". Editorial Cénit, S. A., Madrid, 1930. 1 vol. de 312 págs. Precio: 3.50 pesetas. Edición popular.
- MODESTO MARTÍNEZ: *Héroes del campo*. Escenas y Paisajes de la vida rural de Costa Rica. Ilustraciones de Solano. San José de Costa Rica, 1929. 1 vol. de 236 págs.
- SIMÓN BARCELÓ: *La tentación de Ramón Berenguer*. Novela. Prometeo. Germanias, 33. Valencia, 1929. 1 vol. de 308 págs.
- EDWIN ERICH DWINGER: *Lejos de las alambradas*. Diario de un prisionero en Siberia. Traducción del original alemán por Félix Diez Mateo. Primera edición. Espasa-Calpe. Bilbao. Madrid. Barcelona, 1930. 1 vol. de 366 págs. Precio: 6 pesetas.

- MARTÍN ALDAO (HIJO): *El destino de Irene Aguirre*. Novela. Prefacio de Martín Aldao. Editorial "Le livre libre." 141, Boulevard Péreire. Edición original. París 1930. 1 vol. de 240 págs.
- JOAQUÍN ARDERIUS: *Justo el evangélico*. Novela de sarcasmo social y cristiano. Primera edición. La novela social. "Historia nueva." Madrid. 1929. 1 vol. de 320 págs. Precio: 5 pesetas.
- SERGIO SEMENOFF: *El año del hambre*. Novela. Versión española de Eduardo de Guzmán. Los novelistas de la Rusia roja. Ediciones Jasón. Concesionario para la venta en librerías: Central de ediciones y publicaciones. Alcalá 65, Madrid. 1 vol. de 208 págs. Precio: 4 pesetas.
- PABLO DE LA TORRIENTE-BRAU Y GONZALO MAZAS GARBAYO: *Batey*. Cuentos cubanos. Cultural. S. A. Habana. 1930. 1 vol. de 226 págs.
- LEONHARD FRANK: *Carlos y Ana*. Novela. Traducción directa del alemán por Luis López Ballesteros y de Torres. Editorial España. Madrid. 1930. Precio: Cuatro pesetas.
- JULIETA PUENTE: *Voluntad y Redención*. San José de Costa Rica. 1929. 1 vol. de 190 págs.
- BELYK y PANTELEEV: *Schkid. La República de los vagabundos*. Traducción del alemán y prólogo de W. Rocés. Primera edición. "Prosistas extranjeros contemporáneos." Editorial Cenit. Madrid. 1930. 1 vol. de 430 págs. Precio: 6 pesetas.
- MARÍA PAULINA MEDEIROS: *El posadero que hospedaba sueños sin cobrarles nada*. (Premio de impresión en el concurso del año 1928). Ministerio de Instrucción Pública. Montevideo. 1929. 1 vol. de 80 págs.

Verso

- JULIO MORALES LARA: *Savia*. Editorial "Elite." Caracas, 1930. 1 vol. de 116 págs.
- MARÍA ANGÉLICA GARCÍA: *El iris de las auroras*. Poemas. "Casa A. Baireiro y Ramos", S. A., Montevideo, 1929. 1 vol. de 104 págs.
- FRANCISCO R. BELLO: *Un canto en la noche*. (poesías). Buenos Aires. 1930. 1 vol. de 64 págs.
- MARÍA CARMEN IZCUA DE MUÑOZ: *Antena de pájaros*. Poemas. Carátula de Giselda Welker. Montevideo. Palacio del Libro, 1929. 1 vol. de 144 págs.
- JOSÉ OSCAR PONFERRADA: *Calesitas*. Primer premio en el Concurso Literario de "La Peña." Edición de "La Peña." Buenos Aires. 1930. 1 vol. de 80 págs. Precio: 2 pesos.
- RAFAEL GARCÍA ESCOBAR: *Rosas de América*. San Salvador. 1929. 1 vol. de 156 págs.
- EDGAR POE: *Le Corbeau*. — A. DELLA PORTA: *Chanson*. — J. MARTÍ: *Fleurs du Ciel*. — JOSÉ A. SILVA: *Nocturne*. — *Quatre nocturnes* traduits par ARMAND GODDY. Emile Paul Frères, éditeurs. 14, rue de l'Abbaye. Paris. VIe. 1 vol. de 48 págs.
- CARLOS SCAFFO: *El astro de los vientos*. Poemas. Montevideo, 1929. 1 vol. de 104 págs.
- RAMÓN M. DÍAZ: *Espejo de tiempo, de mar y de estrella*. Poemas. Montevideo. 1929. 1 vol. de 60 págs.
- SALVADORA MEDINA ONRUBIA: *El Misal de mi Yoga*. Buenos Aires. 1929. 1 vol. de 72 págs.
- MAX JIMÉNEZ: *Sonaja*. Madrid. 1 vol. de 104 págs.
- GERMÁN PARDO GARCÍA: *Voluntad*. Poemas. Editorial "El Gráfico." Bogotá. 1930. 1 vol. de 108 págs.
- LUIS MARTÍNEZ URRUTIA: *Ambrosia*. Talleres Gráficos Argentinos L. J.

Rosso. Sarmiento 779. Buenos Aires. 1930. 1 vol. de 80 págs. Precio: 2 pesos.

Crítica, Historia Literaria, Ensayos

- LEÓN PIERRE QUINT: *Le Conte de Lautréamont et Dicu*. Collection critique N° 8. "Les Cahiers du Sud." Marseille, 10, Quai du Canal. 1929. 1 vol. de 168 págs.
- GUILLERMO FELIÚ CRUZ: *Advertencias saludables a un criticastro de mala ley*. Del "Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas", Nos. 40 y 42, abril-junio y octubre-diciembre de 1929. Buenos Aires. Imprenta de la Universidad. 1929. 1 folleto de 56 págs.
- A. RESNIK: *Teatro soviético*. Con prólogo del escritor Alvaro Yunque. Buenos Aires, 1929. 1 vol. de 80 págs.
- EMILIO DE MATTEIS: *Ensayo sobre la muerte*. Génova. 1930. 1 folleto de 16 págs.
- JOHN DOS PASSOS: *Rocinante vuelve al camino*. Traducción del inglés por Mágina Villegas. Primera edición. "Prosistas extranjeros contemporáneos." Editorial Cenit, S. A., Madrid. 1 vol. de 236 págs. Precio: 5 pesetas.
- CÉSAR E. ARROYO: *Galdós*. Primera edición. Sociedad General Española de Librería. Ferraz 21. Madrid. 1930. 1 vol. de 112 págs. Precio: 2,50 pesetas.
- EMILIO DE MATTEIS: *Enrique Morselli*. El hombre. El psiquiatra. El pensador. Génova. 1930. 1 folleto de 36 págs.
- ARTEMIO MORENO: *El sentimiento en la vida y en el arte*. Instituto Cultural Joaquín V. González. Buenos Aires. 1929. 1 vol. de 216 págs. Precio: \$ 2,50.
- CARLO BOSELLI: *Letteratura Ispano-Americana*. Estratto dal "Convivium", rivista bimestrale di Lettere, Filosofia e Storia. Torino. 1 folleto de 6 págs.
- JEAN ROYÈRE: *Le Musicisme: Bouleau — La Fontaine — Baudelaire*. Collection "La Phalange." Albert Messein, éditeur. 19, Quai Saint Michel. Paris. 1929. 1 vol. de 188 págs. Prix: 12 fr.
- MAX DAIREAUX: *L'amour en Amérique du Sud*. L'amour autour du monde. Société française d'éditions littéraires et techniques, Edgar Malfère, Directeur. 12, rue Hautefeuille. Paris (6e.). 1930. 1 vol. de 190 págs. Prix: 12 fr. *
- G. DE CHIRICO: *Hebdomeros*. Collection Bifur. Editions du Carrefour. Boulevard Saint Germain, 169. Paris. 1929. 1 vol. de 254 págs.
- D. VIGODSKY: *Literatura de España y de América Latina*. (1898-1929). En ruso. Editorial "Gaceta Roja." Leningrado, 1929. 1 folleto de 42 págs.
- E. A. BOUCHOUT: *La Litterature Mexicaine*. Monographies mexicaines. Jette-Bruxelles. Imprimerie Edmond Fraikin. Rue des Flamands, 65. 1929. 1 folleto de 44 págs.
- FRANCISCO J. SANTAMARÍA: *Bibliografía general de Tabasco*. Tomo I. Monografías bibliográficas mexicanas. Núm. 16. México. 1930. 1 vol. de 608 págs.

Historia, Crónica, Memorias Diarios, Biografías, Viajes, etc.

- JAIME TORRES BODET: *La educación sentimental*. Espasa-Calpe, S. A. 1 vol. de 150 págs. Precio: 3,50 pesetas.
- HORACIO BLANCO FOMBONA: *Panoramas mejicanos*. Compañía Ibero-Am-

- ricana de Publicaciones (S. A.) Renacimiento, Madrid. Príncipe de Vergara, 42 y 44. Buenos Aires. Calle Florida 251. 1 vol. de 280 págs. Precio: 5 pesetas.
- ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA: *Historia de la España musulmana*. (Segunda edición). Colección Labor. Biblioteca de Iniciación Cultural, Barcelona. Buenos Aires. 1 vol. de 220 págs. y 16 ilustraciones.
- ISMAEL BUCICH ESCOBAR: *Fe de erratas a la nomenclatura de las calles porteñas*. Buenos Aires. 1930. 1 vol. de 160 págs.
- LEÓN TROTSKY: *Ma vie*. Essai autobiographique. Traduit sur le manuscrit avec des notes par Maurice Parijanine, Tome premier. 1879-1905. Avec un portrait de Trotzky par Annenkoff. Les Editions Rieder, 7, Place Saint-Sulpice. Paris. 1 vol. de 276 pages. Prix: 16 fr. 50.
- BENNET J. DOTY: *La légion des Damnés*. Traduit de l'anglais par M. Prévost. Librairie Stock. Delamain et Boutelleau, 7, rue du Vieux Colombier, Paris, 1930. 1 vol. de 256 págs. Prix: 12 fr.
- J. TOUTAIN: *La economía en la Edad Antigua*. Con 6 mapas en el texto. Traducción del doctor Eduardo Ibarra y Rodríguez. Biblioteca de Síntesis Histórica, "La Evolución de la Humanidad." Dirigida por Henri Berr. XX. Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII, número 382. Barcelona. 1929. 1 vol. de 454. págs. Precio: 12 pesetas.
- JOSÉ RIVERA INDARTE: *Rosas y sus opositores*. Tomo II. Grandes Escritores Argentinos. Director: Alberto Palcos. XXXI. El Ateneo. Librería Científica y Literaria. Florida 371. Córdoba 2099. Buenos Aires. 1930. 1 vol. de 260 págs.
- JOSÉ RIVERA INDARTE: *Tablas de sangre*. (Tercero y último tomo de "Rosas y sus opositores"). Grandes Escritores Argentinos. Director: Alberto Palcos. XXXII. El Ateneo. Librería Científica y Literaria. Florida 371. Córdoba 2099. Buenos Aires. 1930. 1 vol. de 196 págs.
- RICARDO MIMENZA CASTILLO: *La Civilización Maya*. Enciclopedia Gráfica. Revista mensual. Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII, 382. Barcelona. 1 fascículo de 80 págs. Precio: 1.50 pesetas.

Política, Derecho, Economía, Sociología, etc.

- EZEQUIEL PADILLA: *En la tribuna de la Revolución*. Discursos. Editorial Cultura. México, 1929. 1 vol. de 294 págs.
- LUCIEN LEHMAN: *Le grand mirage: U. S. A.* Les grandes enquêtes. Editions Maisonneuve frères. Paris. 1 vol. de 254 págs. Prix: 12 francs.
- A. L. DELLE PIANE: *Doctrina de Monroe*. Publicaciones de "Jurisprudencia Uruguay". N° 5. Montevideo. 1930. 1 vol. de 98 págs.
- ALARDO PRATS Y BELTRÁN: *Tres días con los endemoniados. La España desconocida y tenebrosa*. 1ª edición. "Reportajes sociales". Editorial Cénit. Madrid. 1929. 1 vol. de 212 págs. Precio: 5 pesetas.
- VÍCTOR J. GUEVARA: *Filosofía del Supranacionalismo*. Prólogo de Franz Tamayo. Biblioteca Ideólogos Indolatinos. Editorial revista "La Sierra." Camaná 116. Lima. 1930. 1 vol. de 260 págs.
- RICARDO CABALLERO: *Discursos Parlamentarios y Documentos Políticos*. Compilación de Roberto A. Ortelli. Sociedad de Publicaciones El Inca. México 1416. Buenos Aires. 1929. 1 vol. de 560 págs.
- FERNANDO VALERA: *Liberalismo*. Cuadernos de Cultura. Publicación quincenal. IV. Redacción y Administración: Gonzalo Julián, 19, Valencia. 1930. 1 vol. de 72 págs.
- NORBERTO PIÑERO: *Política*. El momento presente. Problemas Sociales y Políticos, Estabilidad de la Constitución. Librería y Casa editora de

- Jesús Menéndez. Bernardo de Irigoyen 186. Buenos Aires. 1929. 1 vol. de 256 págs.
- VICENTE SÁENZ: *El Canal de Nicaragua*. Conferencias y Discusiones de mesa redonda, Paraninfo de la Universidad Nacional de México, Julio 24 de 1929. México, D. F. 1 vol. de 68 págs.
- MARÍN CIVERA: *La formación de la Economía política*. Cuadernos de Cultura. Publicación quincenal. V. Redacción y Administración: Gonzalo Julián, 19. Valencia. 1930. 1 vol. de 72 págs.
- EMILIO HANSEN: *Actualidades monetarias*. El redescuento. Conversión e inconversión. El oro en las legaciones. La reforma monetaria. Buenos Aires. Librería de A. García Santos. Moreno 500 esq. Bolívar. 1930. 1 vol. de 112 págs.

Arte

- ANDRÉ FONTAINAS: *Bourdelle*. "Maîtres de l'art moderne". XXIX. Les Editions Rieder. 1, Place Saint Sulpice. Paris. 1 vol. de 64 pages, avec soixante planches hors texte en héliogravure. Prix: 20 fr.

Ciencia

- ROBERTO REMARTÍNEZ: *El Universo*. Cuadernos de Cultura. Publicación quincenal. III. Redacción y Administración: Gonzalo Julián, 19. Valencia. 1930. 1 folleto de 72 págs.
- EMILIO SEVILLA RICHAT: *Recetario doméstico universal*. Moderna y escogida colección de fórmulas y procedimientos útiles de práctica aplicación. Manuales prácticos modernos. Editorial Cervantes. Avenida Alfonso XIII, 382. Barcelona. 1930. 1 vol. de 184 págs.
- MANUEL DERALDÉS: *La maternidad consciente*. Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza. Traducción de M. Jimeno Portolés. Prólogo del Dr. Isaac Puente. Biblioteca Editorial "Estudios". Apartado 158. Valencia. 1 vol. de 160 págs.
- J. J. MAC-CORMICK: *Contribution a l'étude de la grossesse ectopique*. Thèse présentée pour l'obtention du grade de Docteur en médecine. Service d'obstétrique et gynécologie universitaire Lausanne. Chef de service: Prof. Rochat. Lausanne. Imprimerie La Concorde. 1929. 1 folleto de 40 págs.

Miscelánea

- OMAR DENGÓ: *Meditaciones*. I. Ediciones del "Repertorio Americano". San José, Costa Rica. 1929. 1 vol. de 174 págs.
- VÍCTOR H. ESCALA: *Mosaico*. Caracas. 1929. 1 vol. de 360 págs.
- CARMEN PIRIA: *Misceláneas*. Espectáculo de combates. Con un prefacio de Miguel A. Camino. Montevideo. Casa A. Barreiro y Ramos S. A. Año 1929. 1 vol. de 232 págs.
- ENRIQUETA LEBRERO DE GANDÍA: *Habla una mujer*. Juan Roldán y Cía., editores. Buenos Aires. Florida 359. 1 vol. de 228 págs.

Filología

- VICENTE ROSSI: *Táta-Mamá-Papá*. (Idioma Nacional Río Platense. Quinta evidencia). Folletos lenguaraces. 10. Río de la Plata. 1929. 1 folleto de 64 págs.

Religión, Teosofía

- ROMAIN ROLLAND: *La vie de Vivekananda et l'Évangile universel*. Essai sur la mystique et l'action de l'Inde vivante. II. Librairie Stock. Delamain et Boutelleau. 7, rue du Vieux-Colombier. Paris. 1930. 2 vol. de 192 y 256 págs respectivamente. Precio de los 2 volúmenes: 24 francos.
- ARTURO MONTESANO DELCHI: *El símbolo del loto blanco y el sello de la Sociedad Teosófica*. Obra ilustrada con 21 grabados y 2 planchas en colores. Buenos Aires. Nicolás B. Kier, editor. Talcahuano 1075. 1929. 1 vol. de 144 págs. Precio: 2 pesos.
- LOUIS COULANGE: *Catéchisme pour adultes. II. Les Institutions*. "Christianisme". Cahiers publiés sous la direction de P. L. Couchoud. Les Editions Rieder. 7, Place Saint-Sulpice. Paris. 1 vol. de 254 pages. Prix: 12 fr.

Educación

- CARLOS D. VERZURA: *Lecciones de Instrucción Cívica*. Escritas en el orden que establece el programa vigente en los Colegios Nacionales. Buenos Aires. Angel Estrada y Cia., editores. Calle Bolívar 466. 1 vol. de 340 págs.
- EZEQUIEL PADILLA: *La educación del pueblo*. Discursos. Editorial Herrera Hnos. Succs. México. 1 vol. de 196 págs.
- JUAN B. JUSTO: *Educación Pública*. Escritos y Discursos parlamentarios. Obras completas. III. Buenos Aires. Imprenta, Librería y Editorial "La Vanguardia". 1930. 1 vol. de 316 págs.
- TOBIÁS BONESATTI: *La educación estética*. Bahía Blanca. 1930. 1 folleto de 64 págs.

Teatro

- JOSÉ R. NOSEI: *Corazón idealista*. Comedia dramática en 3 actos. Buenos Aires. 1929. 1 folleto de 48 págs. Precio: \$ 0.30 ctvs.
- MIGUEL ANGEL ASTURIAS: *Rayito de estrella*. Paris. 1929. 1 vol. de 28 págs.

Varios

- ENRIQUE LARRETA: *Discurso pronunciado en la inauguración del Pabellón Argentino*. Exposición Ibero-Americana de Sevilla. XI de Mayo MCMXXXIX. 1 folleto de 40 págs.
- ALFONSO FRANCISCO RAMÍREZ: *Discursos*. México, D. F. 1929. 1 vol. de 196 págs.
- ALFONSO FRANCISCO RAMÍREZ: *Discurso*. 1º de Mayo de 1929. México, D. F. 1 folleto de 16 págs.
- GUÍA DE CORREOS Y TELÉGRAFOS. Publicación oficial. Año I, N° I. Buenos Aires, Enero de 1930. 1 vol. de 702 págs. Se distribuye gratis. Oficina "Propaganda y Contralor." Palacio del Correo Central, 4º piso.
- Municipal*. Buenos Aires. 1903. 1 folleto de 40 págs. y 4 planos.
- BAJO LA BANDERA DE LA C. S. L. A.: *Resoluciones y Documentos varios del Congreso Constituyente de la Confederación Sindical Latino Americana efectuado en Montevideo en Mayo de 1929*. Imprenta La Lino-tipo. Miguelete 1559. Montevideo. 1 vol. de 304 págs.

NOTAS Y COMENTARIOS

Alfonso Danvila.

VUELVE Alfonso Danvila entre nosotros, esta vez investido con el más alto cargo de su carrera.

Gran amigo de nuestro país, — donde ha pasado un buen espacio de su vida, en distintas épocas, formando parte, con diversos cargos, de la representación de España acreditada ante la Argentina, — al par que gran servidor del suyo, nadie de mejores títulos que Danvila, para ocupar el puesto de Embajador de España.

Si las embajadas representan, como lo pensamos nosotros, algo más que un organismo burocrático, por el tipo de los que Abel Hermant ha satirizado en *La Carrière* y algunos otros libros suyos; si deben ser, sobre todo, representaciones vivientes, para servir de soldadura al afecto y al interés de los pueblos, la elección de embajador comporta el problema más trascendental del gobernante llamado a nombrarlo.

Y si hay hombres que puedan, mejor que nadie, llenar con éxito las finalidades del puesto, esos hombres, hoy en día, deben ser literatos, y más que nunca tratándose de países de un mismo idioma. No miramos el problema, como podría un suspicaz suponerlo, desde el punto de vista interesado y unilateral. Hablamos con más amplios horizontes a la vista. Son las letras, han sido siempre, las que más han contribuido a unir a los pueblos, aun en los momentos en que corifeos del alarmismo sembraban la discordia.

Hoy mismo, después de una lucha cruenta, Francia y Alemania, en el sector en que han empezado a limar su, al parecer

irreconciliable odio, es en el de las letras. Que hable Ludwig. Y Giraudoux. Y tantos otros.

Alfonso Danvila es hombre de letras y de las más finas letras, y hombre de la carrera. Tal vez por esa dualidad en la que — ¿debemos volver a repetirnos? — brilla en primer término al escritor, supo siempre crear la mayor suma de afectos y de intereses recíprocos durante sus estadas entre nosotros, realizando una labor diaria, continua, intensa y firme, de acercamiento, de penetración; llevando a la estima mutua, en progresión ascendente, hombres y constituciones de países, ya tan ligados como el suyo y el nuestro, cuyos lazos van siendo impercederos.

Hoy llega, Embajador, a coronar una obra personal de años. No dudamos del éxito que le espera.

Nosotros le saluda con el viejo afecto de siempre y se complace en reiterar al ilustre autor de *Las luchas fratricidas de España* el ofrecimiento de esta casa, que sabe es la suya.

José Carlos Mariátegui.

EL 16 de abril del corriente año, falleció en Lima José Carlos Mariátegui, una de las mentes más esclarecidas de Sud América.

En un cuerpo de mezquina apariencia, Mariátegui albergaba un espíritu privilegiado, del que hubiéramos podido esperar quién sabe qué nuevas revelaciones sobre la realidad y el destino de América. Porque Mariátegui, dotado de una vasta cultura europea y un conocimiento profundo del viejo continente, donde había residido muchos años, al regresar al Perú había puesto a contribución todo ese acervo, en una tarea minuciosa de observación y experimentación de los fenómenos sociales de su tierra y, por consecuencia, de América.

De ese deseo imperioso en él, tendido a hallar de nuevo a América (por decirlo con Waldo Frank) surgió su obra *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, cuya crítica hizo oportunamente Nosotros, y en el que Mariátegui deja reunido un valioso material de investigación de la historia peruana, útil para quien quiera reordenarlo en base a un método más flexible y amplio que el del economismo histórico.

Este último aherrojaba todavía demasiado al ilustre pensador fallecido y acaso el marxismo ortodoxo, rígido, con que pretendía orientarse en la vida americana, solía bajar sus puntos de mira.

Nada de eso, por supuesto, empaña sus dotes de trabajador y luchador, y obras como la citada y *En defensa del marxismo*, que había publicado en *Amauta*, constituyen por sí solas título bastante para consagrarlo.

Mariátegui era, además, un notable crítico de arte, y sus notas bibliográficas de la revista *Amauta*, que aparece en Lima y de la que era animador, eran modelos de lo que debe ser el rol ingrato de juzgar la obra ajena.

Mariátegui vivía pobre; era ideológicamente izquierdista, y vivía también en izquierda.

NOSOTROS rinde a Mariátegui el homenaje que merece aquel gran talento y gran corazón.

Francisco López Merino.

EL 24 de mayo próximo se cumplirán dos años de la desaparición inesperada del joven poeta Francisco López Merino. Sin embargo, los que fueron sus amigos no le olvidan porque este poeta fino y delicado, tan *en tono menor*, a pesar de su espíritu cáustico e irónico para con los beocios de la literatura, era un sentimental exacerbado con aquéllos que le inspiraban confianza y a los cuales entregaba por entero su amistad. Y por esto, aun más que por sus buenos versos, no se le olvidará fácilmente.

Por iniciativa de la señora Sara Tornú de Rojas Paz, un numeroso grupo de amigos de López Merino prestó su contribución para que se perpetuara en el bronce el recuerdo del poeta, tarea que se encomendó a Agustín Riganelli. Terminado el busto — el cual, sea dicho con franqueza, no nos parece un acierto del celebrado escultor —, se resolvió inaugurarle el día 22 de abril.

En el Bosque de La Plata — ciudad en que nació el poeta —, frente al lago allí situado, se colocó el busto. Asistieron a la ceremonia escritores metropolitanos y platenses y fué presidida por

el gobernador de la Provincia, Dr. Vergara, quien recorrió la tela que cubría el bronce. Inició la serie de los discursos el poeta González Carbalho, quien habló en nombre de los escritores de Buenos Aires, amigos de López Merino. Después hablaron, el poeta Rafael Alberto Arrieta por los escritores de La Plata, el señor Fernando Lizarraga, por los que fueron sus compañeros de redacción en *La Razón*; el Dr. Tomás Rojas en representación de un núcleo de amigos platenses; el ingeniero Ernesto Boatti, por el gobierno de la provincia de Buenos Aires y debía cerrar el acto, por NOSOTROS, nuestro director Alfredo A. Bianchi, pero a causa de estar enfermo en esos días, no pudo cumplir con el grato deber de expresar la adhesión de esta revista a tan justo homenaje al que fué, en los últimos años de su breve vida, nuestro gran compañero y amigo.

La señora de Rojas Paz, iniciadora del homenaje, puede estar satisfecha por el éxito de su noble iniciativa. ¡Cuántos homenajes similares, hemos visto quedar sólo en proyecto!

A propósito del traslado de los restos de Brindis de Salas.

HACE ahora un año, más o menos. El Secretario de esta Revista tuvo, por motivos personales, que visitar el Cementerio del Oeste. Cuando ya se retiraba, advirtió un nicho cuya lápida le trajo a la memoria recuerdos de su juventud. Composiciones poéticas, inflamadas proclamas, sencillas frases, firmas y firmas, llenaban apretadamente los espacios libres del mármol funerario, diciendo a los pasantes que allí no reposaba un común mortal. En aquel rincón, entre los alineados nichos, dormía un negro genial: Brindis de Salas. Nuestro Secretario, siendo casi un niño, lo había conocido en un balneario europeo y se había honrado con su amistad y su frecuentación, que fué diaria durante varios meses. A la orilla del mar, en la terraza de un café, Brindis de Salas desgranaba su animada e interminable charla, entre un corro de amigos, casi todos muchachos de corta edad que lo oían absortos y lo admiraban sin restricciones. A él, tocado ya del grave mal que lo hundió, complaciale rodearse de gente joven y animada.

... Habían pasado tres o cuatro años y un día se anunciaba, al mismo tiempo que la llegada a Buenos Aires de Brindis de Salas, su trágico fallecimiento. *P. B. T.*, la simpática revista desaparecida, fué su amigo de última hora y ayudó a librarlo de la fosa común. Nuestro Secretario recuerda la media docena de personas — a las que seguía desde lejos — que lo llevaban hasta la galería de nichos alineados donde ocupó, como un soldado en las filas, el puesto para la eternidad.

... Con todos estos recuerdos atropellándose en su memoria, nuestro compañero se detuvo a rendir un minuto de reverencia a los restos del amigo ido, y apenas llegado a esta casa cambió impresiones con nuestro director Bianchi sobre la conveniencia de dirigirnos al Ministro de Cuba en la Argentina, que en esos días, casi, acababa de visitarnos, para conseguir la reimpatriación de los restos de Brindis de Salas, no por hallarse en tierra extraña ni ingrata, — la lápida cargada de leyendas decía del recuerdo expresivamente, — sino como para realizar un deseo que de poder expresar, hubiéralo formulado: el de reposar en su tierra cubana, esa tierra que tanto amaba el famoso *rey de las octavas*. Y quedamos decididos, en esta casa, a obtener por un camino u otro, la reimpatriación de los restos de Brindis de Salas.

Por esos días, también, visitónos el escritor y marino Jorge Servetti Reeves, que acababa de llegar de Cuba, donde había ido oficialmente con el buque de guerra que nos representó en el cambio de gobierno último. Venía muy agradecido por la acogida cordial de los artistas cubanos y a traernos el saludo de los compañeros de *Social*. Como con motivo de ese reciente viaje, él estaba en contacto directo con el Ministro de Cuba señor Néstor Carbonell, nos pareció la persona indicada para proponerle el traslado a Cuba de los restos de Brindis de Salas. Servetti Reeves, que es, además de escritor, musicómano, acogió con entusiasmo la idea, que encontró eco inmediato en el representante del país hermano. No nos limitamos a esto: lo recomendamos verbalmente al Administrador del Cementerio del Oeste, señor Juan José Sinópoli, quien cortesmente les allanó toda dificultad.

Y nada más supimos, hasta el momento de enterarnos por los diarios que el día 12 de abril se realizaría un triple homenaje

a la memoria de Brindis de Salas, reduciéndose sus restos para reimpatriarlos. Presidirían el homenaje el Ministro de Cuba y el señor Servetti Reeves, al que figuraban adheridas todas las Instituciones Musicales y Deportivas de Buenos Aires, hasta la Asociación de Boy Scouts... menos la revista NOSOTROS, de donde realmente salió la idea del homenaje y reimpatriación de los restos de Brindis de Salas.

Lo que haya pasado entre telones, se aclarará o no. No nos importa. Mientras tanto, aprovechamos la lección.

"Humanidades".

ENTRE las revistas académicas que aparecen en el país, ninguna, a nuestro juicio, más importante que *Humanidades*, publicación de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata. Diez años de existencia (fué fundada en 1920); veinte sólidos volúmenes publicados, dos por año, de los cuales uno reúne valiosos trabajos inéditos de profesores de esa Universidad o investigadores extranjeros y argentinos, concernientes a la historia; el otro, los trabajos concernientes a las letras y a las ciencias de la educación. Esos veinte volúmenes constituyen ya una colección de estudios de que no puede prescindir ningún trabajador intelectual.

El último volumen aparecido es de historia, y tiene el carácter de especial, celebrando la vigésima publicación. Lo constituye un tomo de unas quinientas páginas, y han colaborado en él, además de los historiadores franceses Albert Mathus y Louis Madelin, con trabajos de su especialidad, los señores José M^a Ots Capdequí, Horacio Urteaga, Emilio Ravignani, Rómulo D. Carbia, Fernando Márquez Miranda, José A. Oría, Adolfo Korn Villafañe, Juan José Nágera, Romualdo Ardissonne, J. Imbelloni, José Torre Revello, Ricardo R. Caillet-Bois, Juan Canter, Antonino Salvadores, Manuel Lizondo Borda, José Luis Busanich, Anibal Cardoso, Abraham Rosenvasser, Luis Aznar, José M. González, Ricardo Levene y Carlos Heras, todos los cuales aportan una contribución valiosa a la información o a la rectificación o a la crítica o a la doctrina histórica.

El actual decano de esa Facultad y director de *Humanida-*

des, doctor Ricardo Levene, uno de nuestros más prestigiosos historiadores, puede estar satisfecho de su obra de cultura, tanto más cuanto que *Humanidades* publica también una biblioteca especial, de carácter científico y filológico, un anuario bibliográfico, algunos de los trabajos de seminario de esa casa de estudios y unos cuadernos de temas para la enseñanza primaria, debidos a los profesores de esa misma Universidad.

“Revista de la Habana”.

CUBA se ha contado siempre, entre las naciones del continente, como una de las más ricas en publicaciones periódicas de carácter científico, técnico o literario. Sin embargo, muerto Carlos de Velasco, fundador en 1913 de *Cuba Contemporánea*, había desaparecido ese brillante órgano de cultura general del tipo de NOSOTROS, sin que ningún otro semejante viniera a sustituirlo enteramente. Procura hacerlo ahora la *Revista de la Habana*, fundada en enero de este año por don Gustavo Gutiérrez, la cual, como lo expresa su subtítulo, desea ser “el Índice de la Cultura Nacional”. Así lo hace esperar su volumen — números mensuales de más de 100 páginas, su esmerada presentación tipográfica, la selección de su variado material histórico, filosófico, literario, crítico, informativo (excluimos alguna que otra poesía poco convincente; pero ¿quiénes no cojamos hoy de ese pie?), y el prestigio de muchos de sus redactores y colaboradores, entre quienes encontramos muchos nombres que nos son desde hace tiempo familiares. Enrique Gay Calbó, viejo amigo de NOSOTROS, que perteneció a la redacción de *Cuba Contemporánea*, hará también en esta revista crítica de libros: señalamos de él, en el número de febrero, la elogiosa nota bibliográfica que dedica a los *21 Ensayos* de Emilio Suárez Calimano, nuestro secretario de redacción.

Camuati.

LA agrupación *Camuati*, cuya eficaz labor de acercamiento intelectual entre los artistas, hemos ya celebrado, ha resuelto rendir un justo homenaje al extinto pintor Reynaldo Giudici,

realizando una exposición póstuma de sus últimas producciones. Ella tendrá lugar el próximo mes de julio en los salones de la Comisión Nacional de Bellas Artes.

Ha resuelto asimismo grabar en las paredes del salón de actos de su local de la Avenida de Mayo, los nombres de Ernesto de la Cárcova, Angel Della Valle, Eduardo Sivori, Julián Aguirre, Lucio Correa Morales, Reynaldo Giudici, Jorge Bermúdez, Martín A. Malharro, Roberto Payró, Joaquín V. González, Ricardo Güiraldes, José S. Alvarez (*Fray Mocho*), Martín Coronado y Evaristo Carriego.

Cuando se recorre esta lista de nombres de pintores, músicos y escritores, todos ellos ilustres entre los contemporáneos fallecidos, se advierte en seguida que ha sido el propósito de *Camuati*, honrar en ellos a quienes mejor expresaron y animaron, con el pincel, en el pentagrama o con la pluma, las bellezas de nuestra naturaleza, los tipos de nuestra raza, las armonías de nuestra música popular, los sentimientos de nuestro pueblo; nuestros paisajes, nuestras costumbres, nuestro folklore. De ser así — porque definir este homenaje como “el tributo de la admiración y respeto a los artistas que pasaron por el escenario de nuestra vida sembrando belleza”, no es decir nada —, señalamos en la lista citada por lo menos dos omisiones: las de los nombres de Rafael Obligado y Florencio Sánchez. ¿No merece ese homenaje el autor del *Santos Vega*, fallecido hace apenas diez años? ¿no merece ese homenaje la más alta figura del teatro rioplatense — no se diga que había nacido en Montevideo — el autor del primer acto de *M'hijo el doctor*, y de *Barranca Abajo* y *La Gringa*?

Si no nos equivocamos en la interpretación del homenaje, reparen el injusto olvido los amigos de *Camuati*.

Groussac en el extranjero.

EL número de 15 de marzo del *Repertorio Americano*, el grande y generoso periódico costarricense que dirige García Monge, está dedicado en buena parte a honrar la memoria de Groussac, fundándose en el homenaje que NOSOTROS le consagró

“en justicia”, declara *Repertorio* con fina conciencia de las categorías intelectuales. Reproduce este número los artículos *Reflexiones sobre Pablo Groussac*, de Alberto Gerchunoff; *Groussac*, de Jorge Luis Borges; *El secreto dolor de Groussac*, de Alfonso Reyes; *Paul Groussac*, de Luis Berisso; y dos retratos del maestro.

Proteccionismo artístico.

AHORA hay quienes están empeñados, por razones a la vez artísticas y económicas, en una campaña por la prohibición del *film* sonoro.

Y el joven poeta Pedro Juan Vignale acaba de decir, en el último número de *La literatura argentina* — la interesante revista bibliográfica de los Talleres Gráficos Rosso —, que “Scalabrini Ortiz le sugirió una idea excelente: la de restringir la importación del libro español traducido”. Quiere Vignale que nosotros nos sustituyamos como traductores a la librería española, haciendo de Buenos Aires un gran centro de cultura que la irradie en Suramérica. Nos parece muy bien; pero no nos resulta muy claro eso de “restringir la importación” de las traducciones españolas.

¿Prohibición? ¿gravámenes aduaneros? ¿Han meditado bien quienes hablan de estas cosas, sobre lo que proponen?

Correo.

C. A., *Friburgo*. — Leyendo su último artículo, juzgamos imparcialmente que la polémica, en lo concerniente a su interés general, está agotada. Si ella prosiguiera, entraríamos en el terreno de las meras personalidades. Discúlpenos, pues, si no lo publicamos, y disponga de esta revista con entera libertad por lo que toca a la publicación de sus trabajos críticos.

NOSOTROS.